

CROQUIS

— Y —

SILUETAS MILITARES

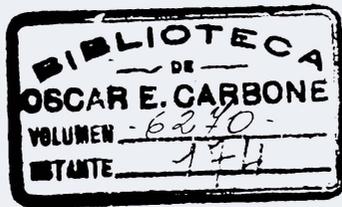
ESCENAS CONTEMPORANEAS

DE

NUESTROS CAMPAMENTOS

POR

EDUARDO GUTIERREZ



BUENOS AIRES

IGON HERMANOS, EDITORES

CALLE BOLIVAR 60 Y ALSINA 90

1886

EN PREPARACIÓN
SEGUNDA SÉRIE DE
CRÓQUIS Y SILUETAS MILITARES

LAS TORTAS FRITAS

Han pasado siete años, y cada vez que me acuerdo se me revuelven las tripas como bajo la acción de la hipecacuana!

Y negruzcas y como amasadas con vidrio molido, me parece sentir las crugir bajo mis muelas de alférez.

Qué cosa! señor, qué cosa! Creo que ni Mr. Lelong, después de una fuerte dieta, se hubiera atrevido á hacerles frente!

Habíamos marchado un día entero, bajo un sol abrasador y sobre un cardal seco que no había más que pedir.

La sed era espantosa y el hambre más espantosa todavía.

Y después de un corto descanso era preciso seguir marchando sin tregua, hasta alcanzar á aquel enemigo más salidor que un gallo criollo.

Porque el enemigo no huía, saltía, para volverse á parar y tirarnos un revuelo.

Y marchamos toda aquella noche y toda la mañana siguiente, escuchando ilusoriamente, como un éco lejano y querido, el toque encantador de la *carneada*.

Pero el toque no llegaba á efectuarse; la corneta del trompa caía perezosamente sobre su cuadril 'derecho, y éste, lánguido y metafísico como el buen Rocinante, miraba en el vacío, como en la tierra prometida, buscando la presencia de un cuarto de carnero.

Pero aquel día no se comía! no había carne!
¡Qué hambre, señor, qué hambre!

*
* *

Después de desensillar y recorrer en la memoria las listas maravillosas del Café Filip ó las vidrieras de la Confeitería del Aguila, me puse á soñar con una carbonada con habas (no el de la agencia) y una tortilla de alcahuciles.

—¿Qué quiere comer, mi alférez?—me preguntó el leal Carrizo con su sonrisa plácida y serena.

—¡Miserable!—contesté mirando á aquel condenado asistente que venía á hacer más terrible la revolución de mi estómago:—traeme un bife con una docena de huevos.

Carrizo se alejó riendo siempre, para volver al poco rato con un mate amargo.

—Aquí está el bife,—me dijo, estirándome el mate:—en cuanto á los huevos, se me ha olvidado la azúcar.

Ah! mazorquero! solo había salvado una cebadura de yerba patria, que venía á partir conmigo generosamente.

Yo tomé aquel mate espantoso, y víctima de una hambre fenomenal, me puse á recorrer los fogones que habían encendido los demás oficiales, para hacerse la ilusión de que más tarde cocinarían.

Dando mis tripas un dó sobre agudo en su milésimo silbido, me acerqué al fogón del coronel Lagos y me detuve un momento.

¡Miserable! ¡él estaba tomando mate, el asesino! Yo le había visto tomar dos y disponerse á tomar el tercero!

Y estaba alegre y conversador y reía como un loco! Ya lo creo, si el trompeta estaba tomando mate, bajo la mirada angurriente de sus ayudantes, á quienes les ví rechazar la invitación de hacer lo mismo.

Tanto me acerqué al fogón y tanto miré, que sin duda el Coronel se apiadó de mí y me mandó alcanzar un mate, que yo recibí enternecido de agradecimiento.

Pero apenas dí una chupada, lo entregué al asistente, creyendo que el coronel se había burlado de mí.

Pero no era así, leal amigo!

El coronel estaba tomando agua caliente sola, para hacerse la ilusión de que tomaba mate, y engañar un poco su plañidero estómago.

Yo había sido más feliz que él, pues Carrizo había partido conmigo su último puñado de yerba patria!

★
* *

Ya me retiraba á mi fogón, cuando siento un olor esquisito.

Doy media vuelta y apercibo el fogón de la negra Carmen, el sargento Carmen Ledesma, rodeado de oficiales.

Y la negra Carmen andaba á manotadas con ellos, como si defendiera algo que le quisieran arrebatár.

—Mama Carmen está cocinando algo bueno!—grité en mi pensamiento, y de tres brincos llegué al alegre grupo.

Allí estaba mama Carmen, que defendía con su sable, de la angurria de mis compañerós, una gran sartenada de tortas.

—Tortas fritas! — grité de una manera descomunal, — tortas fritas!—y me lancé al sartén, á pesar del sable que se alzó sobre mi cabeza.

Pero una arcada formidable detuvo mi mano ansiosa.

Allí, delante de mama Carmen y con el resto de tortas crudas, estaban las caronas que le habían servido de mesa de amasar.

Aquello era indescriptible—las caronas mugrientas, que servían de cama á mama Carmen, que ponía sobre las mataduras de su pangaré, y que le servían para picar su sogá de tabaco negro y patrio, habían sido limpiadas por aquel amasijo nauseabundo.

Y allí se veían las tortas crudas, llenas de pelos de caballo, de costras de matadura, de pedazos de tabaco y pelos de frazada!

Y ese era el banquete que esperaban mis compañeros, frito en grasa del mancarrón manco que habían carneado la noche anterior!

—¡Yo no como de eso!—grité horrorizado y me alejé á paso de trote, en medio de la risa de mis compañeros y de esta sentencia de mama Carmen:

—Ya me vendrás á llorar pa que te dé, pero no habrá más.

Al pensar en aquellas tortas ó lodazales fritos, me acometían unas arcadas espantosas, y resuelto á morir de hambre más bien, me fuí á mi fogón, contando á Carrizo lo que me sucedía.

—Si eso no es malo,—me dijo el noble soldado,—si es una harina muy limpita que el sargento Carmen ha traído entre el seno para que no se le ensuciara en las maletas.

¡Cómo serían las maletas!

—¡Calla, cochino!—le dije,—ó soy capaz de pegarte un tiro.

Pero las tortas de mama Carmen no se apartaban un momento de mi vista y de mi estómago.

El horror y el asco iban cediendo campo al hambre que empezaba á transijir con los pelos de caballo, los de frazada y las mismas costras de madadura.

Vacilé, cerré los ojos y avancé hasta el fogón de mama Carmen.

La fritanga de tortas seguía y solo quedaban sobre la carona una docena apenas de ellas.

Los oficiales las devoraban una tras otra pidiendo más, y mama Carmen, siempre defendiendo su sartén, las repartía como pan bendito.

Un momento más, y aquel banquete iba á terminar sin que quedase uno solo de los granos de tabaco en que estaban revolcadas las tortas.

Un vértigo de hambre me cruzó como una espada, y ciego y devorante estiré la mano en la que mama Carmen depositó con ademan magnánimo dos de aquellas tortas.

Como ocultándome de mí mismo y cerrando los ojos, di vuelta la cara y comí, comí sintiendo bajo mis dientes los pelos, las costras y los tabacos.

Y pedí más y devoré media docena de tortas con una ansiedad espantosa.

Y hubiera comido toda la noche!

*
* *

Desde entonces, tengo siempre bajo la mirada el espectáculo horrible de aquella carona espantable, y siento revolverse en mi estómago, como un manajo de víboras, los pelos, las costras y aquel tufo imponderable.

El asco más descomunal me asalta y la idea de la ipécacuana me hace llevar las manos al estómago.

Oh! han pasado siete años, y cada vez que me acuerdo se me revuelven las tripas!

Todavía no he podido digerir las tortas de mamá Carmen.

EL SARGENTO

No se puede decir que el Sargento era más leal que un perro, porque él no era más que uno de tantos miembros de la familia canina, atorrante en el Fuerte General Paz.

El Sargento era un perro de la genuina familia de los atorrantes, pero de esos atorrantes militares que no tienen dueño ni reconocen más amo que el cuerpo donde han nacido y se han criado.

Los soldados van desapareciendo por las deserciones, las muertes y las bajas, y otras nuevas plazas van llenando los claros que dejó la ausencia de aquellos.

Pero el perro queda en el cuerpo, compartiendo las fatigas y los peligros con los que lo forman, sin averiguar si son soldados viejos ó reclutas de ayer.

Para él todos los soldados son iguales, á todos sirve, á todos obedece, y de todos recibe un bocado ó un golpe, con la misma conformidad.

Y recorre todos los fogones como todos los puestos de guardia, sin ver en ellos otra cosa que miembros de su Regimiento á quienes tiene la obligación de acompañar y proteger.

Y el perro atorrante no solo es la compañía y el amigo del soldado, sinó su protector mismo. Cuando no hay que comer y la cosa se hace difícil, él sale á ayudar á los soldados que ván á bolear el alimento del día, y corre á la liebre, al venado ó al piche, hasta traerlo, jadeante y fatigado.

Y lo pone á los pies del soldado á cuyo lado se sienta, hasta que le dan su ración ó se convence que no le van á

dar nada, y en uno como en otro caso, se retira tranquilamente y se acuesta á dormir.

A este género de perros militares y atorrantes pertenecía el Sargento, grado á que había alcanzado, desde simple soldado, merced á sus servicios prestados en los diferentes cuerpos que guarnecieron el Fuerte General Paz.

*
* *

El Sargento era perro de campamento, y más que de campamento, de la mayoría donde estaba situado el rancho del jefe de la Frontera.

Él había nacido allí, allí se había criado y de allí no había cariño capaz de arrancarlo.

Los regimientos, como los jefes, cambiaban con frecuencia de residencia, pero el Sargento quedaba allí firme, esperando el nuevo jefe que le deparara la suerte. Cuando más salía á acompañar al regimiento que se ausentaba hasta el primer fortín, donde esperaba al que venía para recibirlo con todos los honores y meneadas de cola del caso.

Y acompañaba al nuevo jefe hasta el pobre ranchito en frente al hospital, como si quisiera enseñarle cual era su alojamiento allí y donde podrían hallarlo cada vez que lo necesitaran.

Así el Sargento había venido al lado de Heredia, al lado de Borges, y al lado de Lagos, sin reconocer en ellos á un amo, sinó á un jefe cuyas credenciales no eran otras para él que verlo instalado en el pobre alojamiento donde había nacido.

Entonces el Sargento obedecía á la palabra del nuevo jefe, con un raro empeño, y se constituía en su asistente y centinela de más confianza.

Iba á las cuadras de los nuevos soldados, como para reconocerlos y hacer amistad con ellos; pero regresaba al puesto que él mismo se había señalado, sin que hubiera fuerza suficiente á arrancarlo de allí.

A la noche, sobre todo, el Sargento se instalaba delante

de la puerta, y después del toque de silencio no permitía que nadie pasara sinó á seis ú ocho varas de distancia: y pobre del que intentase avanzar á pesar de sus ladridos.

Solo al oficial de guardia, á quien reconocía cuando se recibía del servicio, permitía la entrada al rancho del jefe de la Frontera.

Después de éste, la entrada estaba vedada para todos.

*
* *

El Sargento era un perro de un valor asombroso: no había peligro capaz de arredrarlo, y bastaba una simple amenaza para que acometiera de una manera decisiva.

Su piel renegrida y lustrosa estaba llena de cicatrices tremendas, recibidas todas ellas peleando valientemente contra el enemigo común.

El había tomado parte en todos los combates que se habían librado cerca del campamento, y herido casi siempre, se venía al hospital, donde sabía que el cabo de servicio tenía orden de asistirlo como á cualquier soldado del campamento.

El Sargento no se movía del hospital hasta no estar bueno, siendo su primera operación ir á visitar al jefe de la Frontera, como para avisarle que estaba de alta y á su completa disposición.

El Sargento conocía perfectamente todos los toques de corneta.

El de oraciones lo escuchaba de pie y con un raro recogimiento.

Parecía participar de la languidez que invade el espíritu en aquella hora grandiosa, y del respeto que le comunica aquel toque severo en un silencio tan viril y solemne.

Al toque de silencio y junto con la larga y sentida nota que lo termina, el Sargento lanzaba un ahullido triste y prolongado, y se instalaba en su puesto de servicio hasta la siguiente diana.

Al toque de carneada, Sargento era infaltable en el paraje donde ésta se efectuaba,

El ayudaba á voltear las reses y participaba de las achuras con una previsión notable.

Pero si el toque de carneada sonaba durante sus horas de servicio, aunque hiciera tres días que no comía, no se movía de su puesto.

Muchas veces el coronel lo había tanteado haciendo tocar carneada después de silencio.

Pero por más apremiante que fuese el hambre, no había logrado hacerlo mover de su puesto.

Eran sus horas de servicio, y no tenía él que hacer con el resto del campamento.

*
* *

El Sargento tenía como única excepción de su vida, una amistad decidida por el cabo Ledesma. Y esta amistad tenía su origen en un bello rasgo del valiente negro.

Un día el Sargento había quedado por muerto en el campo de batalla.

Se había peleado más de tres horas sin tregua, y Sargento, después de tomar parte en lo más ríco del combate, había caído á su vez acribillado á lanzadas.

Después de terminada la persecución, el cabo Ledesma tuvo una inspiración: tal vez no esté muerto, dijo, y alzándolo en ancas lo trajo al campamento, asistiéndolo prolijamente en el rancho del sargento Carmen.

Un mes después el Sargento estaba bueno, gracias á los cuidados que se le habían prodigado, y desde entonces cobró por el cabo Ledesma un cariño que no había demostrado jamás por nadie.

Lo visitaba en la cuadra, y cuando estaba de servicio lo acompañaba en el cuerpo de guardia durante el día y hasta el toque de silencio.

Después de esa hora ya se sabe que no se movía de su puesto.

En cambio allí solía venir á acompañarlo el cabo Ledesma.

Pero entonces sucedía una cosa particular: el perro

salta á recibir al soldado á unas ocho varas antes de llegar al alojamiento del jefe.

Su cariño y su agradecimiento, no llegaban hasta hacerle faltar á la consigna que él mismo se había impuesto: no dejar llegar á nadie hasta aquella puerta sagrada.

★
* *

El día que mataron los indios al cabo Ledesma, fué un día de visible pena para el Sargento.

Se acurrucó allí en el alojamiento del jefe, de donde no se movió en cuatro días, al cabo de los cuales empezó á hacer sus visitas diarias al toldo del sargento Carmen, la madre de Ledesma.

Un mes después de este día amargo para todo el regimiento, porque el cabo Ledesma era un leal veterano, no se volvió á ver más durante el día al Sargento.

Al toque de silencio se le encontraba firme en su puesto de guardia, y al de carneada era infaltable á recoger las achuras.

Pero después de esta hora se perdía hasta el toque de silencio, en que volvía á aparecer.

Nadie se había podido explicar donde pasaba el día.

Intrigados por esto, los soldados decidieron seguirlo, y sin que el Sargento lo notara, se pusieron en su seguimiento, penetrando al fin el misterio de sus ausencias. El noble perro pasaba el día sobre la tumba del cabo Ledesma, que había aprendido siguiendo al sargento Carmen.



LOS ENEMIGOS AMIGOS

Después de la capitulación de Junín, los amigos de ambos bandos estaban hambreado por darse un abrazo macizo.

Habían estado á punto de romperse el bautismo, y ahora querían romper juntos el corcho de una limeta de ginebra.

El ejército del general Mitre se hallaba campado por el Arroyo de la Nutria, á unas veinte cuadras de las fuerzas del coronel Lagos, que eran las más próximas.

Escaparse no era regular, mas, cuando con la mayor facilidad se podía obtener una licencia.

El doctor Julián Fernández tenía interés en visitar al coronel Ramos Mejía, este noble patriota que había recibido una herida de bala.

Y aprovechando el viaje de Julian, algunos oficiales que teníamos allí viejas y queridas amistades, pedimos licencia y nos trasladamos al campo enemigo, donde aquel leal ejército reposaba las fatigas de la más penosa campaña.

Y rodando entre las vizcacheras y con un frio de siete capotes, llegamos por fin á los primeros grupos de soldados.

Una vez que nos indicaron el paraje donde se hallaba campado el coronel Ramos Mejía, nos encaminamos allí con gran trabajo de los pobres patrios que se les obligaba á andar de Herodes á Pilatos, cuando todos reposaban con la mayor placidez.

Todo nuestro capital se reducía á un par de libras de yerba y una botella de mala ginebra, adquirida á cambio de un par de espolines; pero asimismo estábamos seguros

que aquello sería para nuestros amigos algo como un banquete del Club del Progreso.

Llegamos por fin al campamento de aquellos buenos amigos, y nos detuvimos un momento para concertar una sorpresa.

En una gran volanta de campo, perfectamente cerrada, estaba el coronel Ramos Mejía, gozando sin duda de la primer noche de reposo que había pasado desde que se inició la campaña.

El noble patriota herido en la Verde, reposaba allí, y todo lo que le rodeaba revelaba, desde el primer golpe de vista, el cariño que todos le profesaban.

A la izquierda del carruaje había un fogón con buena llama, donde una media docena de oficiales tomaban mate alegremente.

Estos oficiales no eran otros que los que cuidaban al valiente herido, por turnos, y que mataban de aquella manera las frías horas de la noche.

Estos oficiales no eran otros que el doctor José María Ramos Mejía, Pepe Cantilo, Adolfo Lamarque, y otros que en este momento no tenemos presente.

Aquellas naturalezas de bronce, descansaban tomando mate y charlando al calor del fogón, sobre los últimos acontecimientos, sintiendo solo que ya no tenían yerba ni para un par de mates más, y eso que los que ya tomaban más bien podrían servir de enema que de otra cosa.

Nuestras dos libras de yerba iban á ser algo como un presente divino.

Un par de cogotazos fué la palabra de anuncio, y después de pasada la sorpresa consiguiente y habernos reconocido, un fuerte abrazo fué el cordial saludo.

Con cuánta alegría se agregó al fogón una brazada de leña, y con qué lujo de ansiedad se precipitaron sobre la yerba y la ginebra, que venía á ser en aquel caso la rama de olivo!

Tomamos asiento en la rueda, y las preguntas llovían como aguacero.

—¿Y los otros muchachos?—preguntó Julian Fernandez, mirando á todos lados.

—Los acabamos de relevar,—respondió José María; ahí han de haber tendido las osamentas, molidas de una manera fabulosa.

Miramos á todos lados y no tardamos en descubrir á los otros compañeros que buscábamos, soñando tal vez con las damas de sus pensamientos.

*
* *

Debajo del coche del coronel, sobre una carona y tapado con un poncho patrio, dormía Florencio Cantilo el sueño más apacible que haya cerrado ojos humanos.

¡Con qué refocilamiento profundo dormía el miserable, y cómo sonreía su boca, al soñar sin duda que sentía sobre ella el beso infinito de la madre adorada!

¡Qué canalla! ni siquiera daba señales de vida, á pesar del alegre estruendo de nuestra conversación!

A un lado dormía Pancho Elizalde, pegando cada ronquido como un cañonazo, y arrebujado sobre dos cueros de carnero y un poncho pampa de los más vivos colores.

Dormir así, cuando había yerba y ginebra á discreción, era un escándalo inaudito, una insolencia intolerable.

Hubo sus intentonas de despertarlos, pero ¡qué ruido despierta en su primer sueño, á un joven que lleva encima tres meses de privaciones y de fatigas!

Un moquete de Alberto Huergo le haría tanta impresión como la picada de un mosquito!

Aquel era sueño que no podía concluir antes de diez horas de buen descanso.

—Pues señor, no hay más que tirarlo de las orejas,—dijo uno:—un mate y un trago en esta noche y en semejante compañía, es algo que no se debe desperdiciar.

—Yo me encargo de despertar á Florencio,—dijimos,—en cuanto á Pancho Elizalde, dejémoslo dormir: para él valdrá mas ese sueño que está echando, que todos los mates del mundo.

Y con Julián Fernández, nos metimos debajo del galerón.

★
* *

—Oía, mocito!—gritamos, mientras Julián se apoderaba de las botas de Florencio que dormían á su lado.

Y lo tomamos de las orejas obligándolo á levantarse.

—Pronto,—dijimos, mientras Julián reía como un loco —pronto, amigo, levántese que es tarde!

Sacudido así de las orejas, el buen Florencio abrió desmesuradamente sus ojos inteligentes, y sin mirar á Julián los fijó en nosotros.

Qué había de conocernos si habíamos venido á la campaña de Setiembre desde los toldos de Picen, y traíamos una melena hasta la cintura!

—Pero, señor,—nos dijo medio dormido aún,—déjeme usted siquiera poner las botas; ¿qué es lo que usted quiere?

Los muchachos se metían el poncho en la boca para contener la risa, mientras Cantilo buscaba sus botas bajo la volante.

—Pronto, que no hay tiempo que perder y lo mismo se muere sin botas!

—¿Pero qué es lo que usted quiere?

—Llevarlo conmigo para fusilarlo.

--¿Para fusilarme?—preguntó Florencio ya perfectamente despierto—¿pero no hemos capitulado? ¿por qué se hace esta iniquidad?

—Eso puede decirlo al coronel Lagos que es quien me manda.

Yo tengo orden de fusilarlo á usted como á otros cuantos; esto lo ha dispuesto el coronel para escarmiento de pillos.

La broma pasaba ya de castaño á oscuro.

Florencio Cantilo estaba convencido de la monstruosidad y no era posible prolongarla mas.

Fué Julián Fernández quien puso fin á ella, sacudiéndole con sus propias botas por los matambres.

Iba sin duda á creer Florencio que tratábamos de matarlo á botazos, sobre tablas, cuando un formidable coro de carcajadas que estalló en el fogón, le hizo dar vuelta y comprender que se trataba de una chacota de amigos.

Los moquetes llovieron, los abrazos y canchadas se repartieron como pan en tiempo de abundancia, y la jarana concluyó al rededor del fogón, reunión que no se deshizo hasta no dar fin con el último grano de yerba y el último trago de *gin*.

Estaban echando diana.



UN REGIMIENTO ESPARTANO

Cuando la revolución de 1874, las fronteras habían quedado completamente abandonadas, porque las tropas que la guarnecieron habían acudido al llamado del Gobierno unas, mientras las otras se habían plegado á la revolución, siguiendo al prestigioso General Rivas.

En el Fuerte General Paz, comandancia de la frontera Oeste, no había quedado un solo soldado susceptible de dar un paso.

Todos habían marchado al campamento de Mercedes con el benemérito coronel Lagos, jefe de aquella frontera.

La noticia de la revolución los había tomado ignorantes de todo—el Regimiento 2^o venía de corretear unos indios, recibiendo Lagos, en la marcha, la noticia de lo que sucedía en Buenos Aires.

Llegó al campamento, hizo montar á caballo inmediatamente la fuerza que allí quedaba, y se puso en marcha hacia Chivilcoy á esperar órdenes, ó ver qué giro tomaban los sucesos.

Cada cual salió con lo puesto, considerándose feliz el que pudo echarse una muda de ropa á los tientos, por lo que pudiera suceder.

Nadie sabía adonde iba, lo que sucedía y cuanto duraría aquella marcha precipitada.

Todo quedó abierto y tirado, y á disposición del primero que quisiera agarrarlo.

Allí quedaba la ropa, las armas de repuesto, las camas y hasta la correspondencia amorosa.

Los quillangos comprados á los indios para traerlos á sus novias unos y á sus madres otros, los retratos defamilia y de amor, todo, en fin, quedaba á la vista y á disposición del primer indio que allí entrara.

En el Hospital no había más que un soldado moribundo de fiebre maligna, el loco Echavarría, con una indigestión de maíz, y dos soldados más, enfermos de golpes de caballo que les privaban todo movimiento.

*
* *

Los buenos milicos se despidieron de sus consortes que quedaban allí á cuidar las cuadras, los oficiales saludaron aquellas covachas donde dejaban su tesoro, y la columna se puso en marcha, con gran espanto del médico Franceschi, que no sabía andar á caballo y temía lo basureara el mancarrón.

El abandono era peligroso, porque el campamento quedaba situado entre las tribus amigas, que no por ser amigos dejaban de ser indios—Manuel Grande, Coliqueo y Tripailaf.

Allí quedaba armamento en desuso, polvorín bien provisto, y casuchas como la del coronel Lagos que guardaba cuanto tenía éste, y que no había querido llevar nada para quedar en iguales condiciones á sus oficiales.

No había más amparo que la negra Carmen, sargento primero del 2 de Caballería, y á ella se le nombró jefe de la frontera mientras duraba la ausencia del coronel Lagos.

Era mama Carmen el único sargento primero que quedaba en el campamento, y á ella le correspondía el comando accidental de la frontera.

*
* *

La pequeña columna se puso en marcha, y mama Carmen se quedó dando sus primeras órdenes para arreglar el servicio de vigilancia.

Los vivanderos encajonaban apresuradamente sus limetas y galletas revenidas, para apretarse el gorro sobre

tablas, porque podían entrar los indios que son, por lo general, malos marchantes.

Sevilla, Bastos, Don Pedro, todos andaban apuradísimos en arreglar sus efectos, cuando sentimos, ya al salir del campamento, la voz sonora de mama Carmen, que dirigiéndose á Bastos le decía :

—Que se quede ese que se llama como baraja! no quiero que se vaya, porque por un flojo no nos hemos de quedar sin ginebra, ni vicio de entretenimiento.

—Que se quede mi pulpería!—gritó Bastos desesperado,—pues mis matambres los pongo en salvo.

Y uniendo la acción á la palabra, vino á formar á retaguardia de la columna, mientras mama Carmen ponía de guardia en la pulpería de Bastos, á la mujer del sargento Romero, una negra buena moza, más grande que un rancho.

La columna siguió la marcha en medio de las más alegres carcajadas—marcha que fué una verdadera *via crucis* para el médico Franceschi quien, como Cristo, no hacía sino caer y levantarse para volver á caer.

*
* *

Aquella misma tarde mama Carmen vistió con uniforme de tropa á todas las mujeres que quedaron en el campamento, para que en un caso dado pudieran fingirse un piquete dejado de guarnición en él.

En el mangrullo había dos piecitas de bronce, las mismas que tomó Arredondo en San Ignacio, y que estaban en buen estado de servicio.

En aquel mangrullo estaban perfectamente seguras, pues levantando la tabla no había quien trepara á la estrella, y en último caso, mama Carmen sabía manejar las piezas con bastante acierto.

Allí subían á dormir de noche, estableciéndose de día la más estricta vigilancia.

Los indios amigos veían á la distancia que en el campamento habían quedado soldados, y no se atrevieron á llegar.

Manuel Grande era un cacique que siempre había sido leal al Gobierno y que protegería al campamento en cualquier caso de apuro.

*
* *

Una siesta que mama Carmen estaba entregada con sus amigas y los soldados ya mejorados á las delicias de una carne con cuero, sintieron á la centinela que gritaba: «Indios por el Fortín Luna!»

Medio atorándose con un bocado de matambre, mama Carmen mandó formar sobre el mangrullo y subió ella misma á preparar las piezas.

Efectivamente, á la derecha del campamento se veía una indiada que avanzaba con el mayor descuido, como si supiera que el campamento estaba abandonado.

Los caballos estaban atados á la estaca y nada acusaba la presencia de tropas.

La negra Carmen cargó las piezas, levantó la tabla, y se escondió como las demás mujeres detrás del parapeto.

Los dos soldados tenían su carabina con su dotación de tiros, otra carabina mama Carmen, y otras dos tenían la mujer del sargento Romero y la mujer del trompa Martinone, conocido por el alias de Martineta.

Los indios que, sin duda, estaban convencidos que no había nadie, entraron alegremente y mirando á todas partes, como si quisieran descubrir el paraje que habían de asaltar primero.

Aquí fué donde mama Carmen hizo asomar á sus tiradores, asomando ella misma, y rompió el fuego sobre los indios.

*
* *

Aturdidos y aterrados por aquel inesperado fuego de fusilería, los indios se hicieron una pelota y salieron del cuadro dando alaridos terribles.

Mama Carmen que los vió hechos un pelotón que no atinaba por donde romper, hizo un disparo de artillería que concluyó de aterrarlos.

Al segundo cañonazo los indios se ponían en fuga, dejando dos heridos dentro del mismo campamento.

Mama Carmen salió entonces del mangrullo seguida de los dos soldados, montó á caballo y se puso en persecución de los derrotados, haciéndoles frecuentes tiros de carabina.

Si los indios volvían, siempre tendría ella tiempo de volver al mangrullo á jugar su artillería.

Pero los indios no atinaban á volver: los disparos de las piezas los habían llenado de espanto y sólo trataban de ponerse á salvo.

Tres indios que fueron alcanzados, en un trayecto de veinte cuadras que duró aquella persecución, los ató mama Carmen y los trajo al mangrullo diciéndoles:

—No tengan cuidado, hijitos: aquí quedarán hasta que vuelva el coronel y diga lo que ha de hacerse.

Cuando los indios vieron que allí no había más que mujeres, querían morir de desesperación; pero no había remedio, pues estaban fuertemente amarrados al mangrullo.

*
* *

Así se libró de ser invadido el Fuerte General Paz, durante el tiempo que duró la revolución.

Cuando regresó la división del coronel Lagos, halló los tres prisioneros, guardados por aquel cómico destacamento.

No faltaba ni una hilacha en el campamento; todo se había salvado, gracias al valor y previsión de mama Carmen.



LOS HÉROES IGNORADOS

El 6 de línea ha sido un cuerpo donde el espíritu de batallón ha llevado siempre á oficiales y soldados hasta la heroicidad.

Sus filas no han contado nunca un flojo, y si por desgracia lo ha habido, sus veteranos se han manejado de modo que bien pronto lo han hecho cambiar de número.

A pesar de esta bravura soberbia, á pesar de ese espíritu de cuerpo insolente muchas veces, en las filas del 6 había un soldado cuya temeridad lo hacía aparecer más valiente que ninguno.

Este era el negro Leopoldo Montenegro, de la compañía de cazadores que mandaba el teniente José Inocencio Arias.

El negro Montenegro era el soldado más alegre del 6.

Sus farsas se contaban en las cuadras como leyendas fabulosas, y en el campamento raro era el día que pasaba sin alguna aventura traviesa ó un hecho heroico llevado á cabo por Montenegro.

Y no había combate en que el negro no se distinguiera por alguna circunstancia especial, ó por alguna travesura heroica que muchas veces ponía en conflictos serios al teniente Arias.

Dos hechos, sobre todo, recuerdan los oficiales del 6, que pintan admirablemente aquel noble y bravo carácter.

*
* *

La batalla del 24 de Mayo fué la más sangrienta de la guerra del Paraguay.

La sorpresa había sido completa; una gruesa columna de caballería había cargado sobre el campamento, sin que las compañías tuvieran siquiera tiempo de numerarse.

El 6 de línea, que marchaba en protección del 3, se había visto obligado á formar cuadro, para defenderse de los escuadrones que sableaban al 4, sin dejarlo formar.

La compañía de cazadores formaba la cuarta cara y se batía de una manera imponderable.

El campo de batalla estaba en una confusión terrible; por todos lados cruzaban grupos de caballería paraguaya, que se acercaban á matar artilleros hasta sobre los cañones, sembrando el espanto y la confusión por todas partes.

Montenegro, en un descuido, indujo á un compañero y se dispararon de las filas del cuadro, aprovechando un momento de distracción del teniente Arias.

Y cargando el rifle ganaron el monte que había enfrente, verdadero hormiguero de paraguayos.

La falta de los dos soldados fué notada, y el teniente Arias no tuvo más remedio que ir á buscarlos en persona al peligroso monte.

—¿Qué hacen aquí, bribones?—preguntó Arias;—á las filas, pícaros.

—Por Dios, mi teniente,—dijeron,—estamos esperando aquel abanderado que vá á pasar por aquí, para quitarle la bandera.

Efectivamente, el abanderado del Regimiento Paraguayo que cargó primero, único que quedaba como última muestra de su bravura, venía á pasar por el monte.

Pero á pesar de sus buenos deseos, Montenegro y su compañero tuvieron que volver á las filas abandonando su presa.

*
* *

La noche había caído por completo en Lomas Valentinas, y las avanzadas paraguaya y argentina seguían batiéndose, estero por medio, con un encono de perros.

La Legión militar había sido relevada por el 3, el 3 por el 4, éste por el 6, y el combate amenazaba no concluir nunca.

La noche era tan oscura que era preciso espiar los fogonazos para hacer los disparos, porque los soldados no podían ver ni al que tenían al lado.

Y los fogonazos se repetían uno tras otro, sirviendo de blanco al adversario que con tal objeto los espiaba.

El coronel Rivas, jefe de la línea, estaba fatigado de tanto fuego al acaso, que no dejaba de causar bastantes bajas.

—Es preciso que esto termine al fin,—dijo á Campos, jefe del 6º,—porque no se puede estar peleando así toda la noche.

La tropa está fatigada, no ha comido hoy, y según va la cosa, relevando cuerpo tras cuerpo, no podrá comer ni descansar en toda la noche.

Es preciso terminar esto de una vez y me parece que para lograrlo sería conveniente dar una carguita á la bayoneta.

—La cosa es difícil, pero no imposible,—contestó el valiente Campos;—estamos peleando al fogonazo, y cargar á la bayoneta entre el monte y bajo semejante oscuridad, es espuesto.

Sin embargo, si usted manda cargar, yo cargo, con el 6.

—Me parecería bien—prepárese, compañero, y peguen una carguita como las que da siempre el 6.

*
* *

El comandante Campos empezó á pasear delante del 6 que estaba en batalla, tomando todas aquellas medidas que la prudencia aconseja, y recomendando á los comandantes de compañía la mayor vigilancia.

—Vamos á cargar á la bayoneta; que ninguno se separe de sus compañeros porque se vá á perder—que estén todos reunidos, y que ninguno salga de la formación bajo ningun pretesto.

El 6 escuchaba atentamente la voz de su jefe, *saliéndose de la vaina* por cargar cuanto antes.

En cuanto el trompa tocó á la carga, se sintió un feroz golpeteo de boca, y Montenegro se desprendió de las filas y cargó sólo, dando alaridos espantosos.

Sorprendido con aquella gritería, capaz por si sola de alarmar el campamento y hacer fracasar la carga, dió vuelta el comandante Campos y vió al negro que cruzaba el estero redoblando sus gritos y á son de carga.

—¡Ah, negro trompeta!—exclamó, y no pudiendo contenerse le envolvió la cabeza de un latigazo, mandándolo á las filas.

—¡Vean lo que hacen los jefes!—gritó el negro sintiendo la vergüenza de la afrenta y relampagueando los ojos bravíos en medio de la oscuridad de la noche.

Y trémulo y silencioso volvió á ocupar su lugar en las filas, sin que volviera á escucharse su voz alegre.

*
* *

El 6 de línea cargó con el brillo de siempre y los paraguayos fueron pronto desalojados de su posición.

Montenegro había cargado en la punta con imponderable bravura.

El capitán Arias lo había admirado en su valor magnífico, y el mismo Campos lamentaba aquel latigazo que se había visto forzado á darle, castigando en el pobre negro un acto de arrojo que comprometía el éxito de la carga.

El negro cargó en lo mas recio del choque y se metió entre el enemigo bayoneteando sin piedad, como una máquina de muerte.

Y no se volvió á ver más en las filas del 6.

El pobre negro, sin duda para olvidar la afrenta del latigazo, se había metido entre el enemigo buscando la muerte.

En vano se buscó su cadáver al otro día, con el mayor empeño.

Montenegro no volvió á aparecer, ni vivo ni muerto.



PERIBEBUY

Existe en el Brasil una condecoración que solo se da por hechos heroicos y en casos muy especiales.

Esa condecoración tan codiciada, es una medalla de honor al *valor militar*, fundida con uno de los cañones tomados al Paraguay durante la guerra y que tocó al Brasil en el reparto.

El gobierno imperial mandó por decreto solemne que de aquel cañón se fundieran esas medallas que, como eran pocas, no se podrían dar sino en el caso que hemos mencionado.

Aquella condecoración que solo poseen muy contados militares en el Imperio, la poseen entre nosotros cuatro jefes—el general Campos, el coronel Arias, el general Levalle y el comandante Norris, que mandaba un batallón de correntinos.

Esta honrosísima medalla fué ganada por los jefes mencionados, de la manera heroica que vamos á narrar, en el célebre asalto de las trincheras de Peribebuy, el combate más glorioso de toda la campaña del Paraguay.

Al ejército brasilero que mandaba el Conde d'Eu, iba apoyando la segunda división argentina, á órdenes de Luis María Campos, y compuesta de los batallones 6 de línea, 5° de línea, Rioja, Catamarca y Corrientes.

El 6 era mandado por el sargento mayor José I. Arias, el 5° por el comandante Levalle, el de Corrientes por el comandante Norris, y el Rioja y Catamarca por el comandante Fernández.

El Conde d'Eu dispuso el ataque á las fortalezas de Peribebuy, con el cuerpo de ejército brasileiro á la derecha y la división argentina á la izquierda.

El cañón empezó á tronar aquella mañana de un modo poderoso, haciendo grandes bajas en las columnas, cuando el Conde d'Eu mandó atacar.

La división argentina se puso en marcha en columna, yendo á la cabeza el 5°, el Corrientes en seguida, el 6° tercero, y último el Rioja y Catamarca.

El coronel Campos quería llegar primero y puso su columna á paso de trote, mientras los brasileiros cargaban denodadamente á paso de ataque.

Los estragos de la fusilería paraguaya eran tremendos, pero las columnas que atacaban eran de una bravura incomparable, y avanzaban cerrando sus claros con una soberbia admirable.

Para resistir el fuego á pie firme, hay pocos soldados como el brasileiro; para avanzar bajo el fuego más recio, es también un soldado intrépido.

De modo que, aunque la columna argentina iba á paso de trote, los brasileiros no quedaban atrás por eso.

El Conde d'Eu, que creía ganar para su bandera el honor de llegar primero, y que observaba desde una altura la intrépida marcha de aquella infantería, mandó decir al coronel Campos que no avanzara con tanto apuro, que iba á fatigar á sus bravos.

— Diga usted al Sr. Conde,—contestó Luís María Campos,—que puedo llevar el ataque haciendo ejercicio bajo el fuego.

Y contuvo un poco el paso de sus soldados, con lo que las columnas brasileiras ganaron terreno y llegaron primeras, por la derecha, á la zanja de la fortificación.

Pero allí fueron detenidas por un fuego verdaderamente tremendo.

Según es práctica en estos ataques, dos cuabras antes de llegar á la fortificación, los jefes habían desmontado y marchaban á pie, al frente de sus soldados.

Solo el jefe del 6° se mantenía á caballo.

La división argentina llegó á la zanja cuando la columna brasilera se batía con un denuedo magnífico, pero sin poder pasar del otro lado.

Allí cada soldado era un león y cada jefe un héroe.

El 5° llegó á la zanja, con terribles claros y bajo un fuego espantoso, pero como los brasileros, á pesar de heróicos esfuerzos, no pudo pasar y fué contenido.

La parada del 5° interrumpía el paso á los otros tres batallones, en cuyas filas el cañón enemigo abría claros tremendos.

En una de esas inspiraciones felices, que sólo acuden á la inteligencia de los verdaderos militares, el mayor Arias comprende que aquella parada es la muerte estéril.

Manda al 6° de línea variar á la izquierda, y por el flanco izquierdo de la columna llega á ponerse en línea con el 5°, pero abrigando á sus soldados bajo los fuegos paraguayos.

El caballo entonces le sirve de estorbo y baja de él cuando la línea era un volcán.

—¡Avance la compañía de granaderos!—grita con ese entusiasmo hijo sólo de sus veinte y dos años; pero en el momento que da vuelta la cabeza dando esa orden, una bala golpea trás de su oreja izquierda y corre por el carrillo conmoviendo el cerebro.

El mayor Arias rueda al fondo de la zanja, mientras sus leales granaderos empiezan á subir la trinchera, pisando su cuerpo y sirviéndose de las bayonetas como puntos de apoyo.

Aquellos mismos pisotones hacen volver en sí al intrépido Arias, que sólo se preocupa, en su entusiasmo soberbio, de hacer trepar á sus granaderos, haciendo esfuerzos terribles por trepar él mismo.

La sangre brota abundante de su herida, pero su palabra ardiente y entusiasta no cesa de sonar un solo instante.

—¡Arriba el 6°! ¡Empujen á ese oficial! Maldonado, te hago sargento sobre el campo de batalla, si subes primero.

Y con fuerzas increíbles empuja él mismo, sirviéndole de silla con las manos, á Maldonado, que pasa el primero la trinchera.

—Sargento sobre el campo de batalla!—grita, y se precipita detrás, cubierto con la sangre que incesantemente vierte su herida.

Pero Manuel Campos lo sujeta, ayudado de otros granaderos, y no lo dejan subir, porque creen que su herida es grave.

Arias se debate, forcejea, se deshace de las cariñosas ligaduras y pasa la trinchera dando un viva al 6° de línea, cuya bandera no tarda en flamear la primera sobre las trincheras paraguayas.

*
* *

Y todo el 6° está arriba cargando á la bayoneta.

Detrás del 6° suben el 5°, el Corrientes y los brasileros que se han batido heróicamente al pie de la trinchera.

Los paraguayos, estenuados, vencidos, bayoneteados sin piedad, huyen de la trinchera buscando un abrigo en el monte.

Pero allí se encuentran con un regimiento brasilerero que los carga sable en mano, concluyendo la derrota.

El Conde d'Eu que, ha seguido con el anteojo todas las peripecias del combate, pregunta de qué cuerpo es la bandera que ha flameado allí primero, y al saber que es la del 6°, acuerda solemnemente á su jefe el mayor Arias la medalla del valor militar, medalla que se hizo despues extensiva á todos los jefes de la división argentina.



UN BAILE MILAGROSO

El hambre había subido á cuarenta grados centígrados sobre el termómetro del estómago.

Hacia dos meses que estábamos á carne de carnero, de carnero gordo, por todo alimento, así es que una pierna de carnero y una toma de ipecacuana venía á ser lo mismo.

Estanislao del Campo, cuyo espíritu travieso era capaz de sonreír sobre la mayor desventura, había templado su *guitarrita* y endosado al coronel Gorordo, Jefe del Estado Mayor, una famosa composición que empezaba así:

«Señor coronel Gorordo,
permítame que le diga,
que me bala la barriga
de comer carnero gordo.»

Aquello era espantoso: uno se mordía los codos de puro hambre, y no se atrevía á hacerle frente á una pierna de carnero.

Ya habíamos asaltado el botiquín de Julián Fernández para robarle alguna droga que pudiera comerse, y habíamos salido triunfantes con un cacho de manteca de cacao.

Siquiera así el mate tendría gusto á chocolate, y la yerba espantosa, yerba patria con que envenenábamos cristianamente nuestros intestinos, sería privada de su gusto espantoso.

En aquel estado miserable llegamos á Dolores, donde estaba nada menos que el señor Ministro de la Guerra con todo su Estado Mayor, bien comido y mejor bebido.

Hubiéramos dado nuestra parte de paraíso, si es que alguna nos ha de caber en suerte, por un bistek con huevos.

Con el alférez Ricardo Gimenez y el comandante García, entonces capitán, habíamos hecho sociedad de pilchas.

Pero ningún fondero había querido darnos sobre ellas tres *bifes* con huevos.

En Dolores había Guardia Nacional amiga, pero si ésta estaba mejor racionada, su estado de pobreza era como el nuestro.

Entre los capitanes Lucio Vicente López, Santiago Bengolea, Enrique Rodriguez y Roque Saenz Peña, no habían podido juntar diez pesos por todo para favorecernos.

Recurrimos á la eterna munificencia de los comandantes Julián Martinez y Estanislao del Campo, pero el primero nos ofreció su blusa nueva para que la empeñáramos, y el segundo nos ofreció hacernos unas décimas para que cantásemos cada vez que quisiéramos.

Y aquel maldito bife con huevos que se nos había metido entre ceja y ceja!

—A la tarde van á dar ración de vaca!—nos dijeron como quien dice: vas á heredar á Anchorena!

Pero llegó la tarde, y el coronel Villegas nos mandó á montar la guardia avanzada, una legua al frente, bajo una lluvia torrencial, y sobre un campo donde se hubiese podido navegar con una canoa.

Todavía no hemos tomado justa venganza de aquel nombramiento infame!

*
* *

Al otro día nuestro estómago parecía una chuspa de milico pobre.

Ya no estábamos en estado de elegir, y en vez de los bifes con huevos, habríamos aceptado aunque fuera una suela de botín frita en grasa de potro.

Relevados del servicio de avanzada, vinimos al pueblo decididos á comer á toda costa, y á comer bien.

Fuimos en busca de Lucio López, Bengolea, Julian Martínez, Enrique Massot, y no recordamos qué otro salteador más, y expusimos de manifiesto el siguiente pasmoso proyecto.

—Pasado mañana se dará un gran baile y ambigú en obsequio al Ministro de la Guerra y su brillante Estado Mayor, en casa de la familia.....

—Convenido,—respondieron todos,—¿pero quién da el baile?

—Corre de nuestra cuenta si dos de ustedes nos acompañan como comisión, de que seremos el presidente.

Discutida y apoyada calurosamente la idea, nos vestimos con un pantalón de Peña, una blusa de Bengolea y unos guantes de Martínez, y enfilamos á la calle.

Vivía en Dolores una familia muy rica y muy partidaria del doctor Alsina.

Nosotros conocíamos de mentas esta familia, la inocencia crasa de la señora, y el gran partido que podíamos sacar de una broma bien explotada.

Ibamos jugando un sério arresto, pero ¡qué diablo! el hambre podía más que toda otra consideración.

Enfilamos, pues, á la calle y nos metimos en casa de la señora N., donde había gran reunión de muchachas lindísimas y damas de la más famosa respetabilidad.

Pedimos una palabra á la señora y entramos en materia sobre tablas.

*
* * *

—Hemos oído decir al Ministro, de que somos ayudantes, que antes de irse de Dolores, quisiera bailar una noche para conocer esta bella sociedad, y como el tiempo apremia porque se vá pasado mañana, hemos venido á ver á ustedes, en comisión.

Como ésta es la casa más aparente y lujosa y usted una dama tan distinguida,—añadimos sin darle tiempo á re-

ponerse,—hemos creído que usted no tendría inconveniente en prestarnos el local para dar el baile, aunque sería mejor que usted lo diera, pues así invitaría á sus relaciones.

El Ministro tiene de usted muchos buenos recuerdos, y le hemos oído decir que es la dama más distinguida de Dolores.

La pobre señora se encontró envuelta en una red sin salida.

Argumentó que su casa era muy pobre para tanto honor, que sería feliz en complacernos, pero que no podía prestar la casa, pues tal vez lo tomara á mal su marido ausente, pero que ella daría el baile.

El triunfo no podía ser más espléndido!

Agradecemos vivamente á la dama su complacencia, y como ella se mostrara ignorante en la manera de preparar esas fiestas, nos ofrecimos á servirle de maestro de ceremonias, y con aquel pretesto nos quedamos á comer.

Oh! día feliz é inolvidable! mientras nosotros repetimos ocho veces sopa, nuestros compañeros se despacharon un asado de costillas.

Una dificultad seria había surgido de pronto: no había pianista en Dolores; ¿quién tocaría?

—Tocaremos nosotros,—dijimos,—casualmente yo y el Dr. López somos concertistas.

Todo quedó así arreglado para el día siguiente: la mesa para cien cubiertos se encargó al Hotel de Mazzuchi, donde paraba el doctor Alsina, y no se habló más de la cosa.

Todo el mundo estaba invitado, menos el Ministro de la Guerra, en cuyo obsequio se daba la fiesta, porque podría descubrir el pastel, y como nosotros éramos los encargados de invitar á los caballeros, nos guardamos muy bien de decirle una palabra.

Todo Dolores femenino estaba invitado: las muchachas trasnochaban para concluir el traje que debían estrenar aquella noche, y nosotros zurcíamos nuestras pilchas para presentarnos de una manera decorosa.

La hora llegó por fin, y nos lanzamos como una avalancha á aquella casa llena de luz y de bellezas, donde nos esperaba la más opípara de las cenas.

Todo era allí alegría y esplendor; nosotros nos le habíamos dormido al piano, y le sacudíamos un feroz manteo al *Dame Bacaray*.

Todas las muchachas esperaban al Ministro de la Guerra: pero á las doce de la noche se apareció un ayudante pidiendo mil perdones, porque el Ministro se había enfermado y no podía venir.

El baile fué, sin embargo, de lo más entretenido, pues la concurrencia masculina era formada por nuestros mozos mas distinguidos.

A las cinco de la mañana salíamos con el vientre repleto y el recuerdo de nuestra mas salada noche.

En los bolsillos, en el seno y hasta en las cañas de las botas, habíamos llevado provision de masas, pollos, chocolates y pan para una semana.



EL COMANDANTE HEDERRA

Todos sus compañeros de armas han estado acordes en esta opinion: el comandante Hederra fué el militar mas bravo del Ejército Argentino.

Impetuoso y majestuosamente sereno, en el combate como en el duelo, en el cuartel como en el campo de batalla, José Hederra era el mismo tipo caballeresco y noble, el mismo león en diferente escenario.

Era el D'Artagnan criollo, pero más insolente, más soberbio que el D'Artagnan Gazcon.

Hederra no reconocía mas superioridad que la del valor personal, y como no había nadie más bravo que él, no tenía superiores.

Rígido en el servicio y bondadoso fuera de él, se hacía querer de sus compañeros y temer de los que no lo eran.

Hederra poseía mas que el desdén por la vida, porque poseía el lujo de ese mismo desdén: es que yo soy inmortal—decía,—y no hay nadie capaz de matarme.

Todo el ejército ha conocido á Hederra, porque fué uno de sus oficiales más brillantes y lucidos.

Sus hechos de valor como sus travesuras infinitas, han sido el eterno tema del fogon, en aquellos buenos tiempos en que los jefes no usaban camisa de puro pobres, y habían perdido la cuenta de los meses que se les debía.

Y nunca decayó la eterna alegría de su espíritu ni se dobló la soberbia altivez de su carácter.

En lo civil fué un cumplido caballero; pero en lo militar, no hubo calavera que pudiera jamás ponerle el pié adelante.

Hermoso, hermostísimo, en su espresión viril y bien acusada, poseía el secreto de gustar á las mujeres, y él mismo gustaba más de ellas, mientras mayores eran los peligros á correr.

Porque para Hederra no había nada atrayente si no tenía peligros, y peligros difíciles de vencer.

Una mujer que no tenía un marido bravo ó un amante celoso y capaz de agarrarse á hachazos por una mirada, no era mujer que lo entusiasmara.

Porque él no miraba la belleza en las mujeres como un punto de atracción, sinó los peligros de que estaban rodeadas.

Entre los mil episodios de su vida de Bohemia, recuerdo el siguiente, como uno de los más risueños.

*
* *

Mme. Biot, aquella violinista que inauguró el Alcázar y que nuestros lectores recordarán, había ido á hacer una gira por las provincias, acompañada de su marido, un tenor francés más celoso que un turco.

Aquel tenor, que han conocido nuestros lectores y cuyo nombre se nos ha borrado de la memoria, decía ser un militar retirado, en prueba de lo cual usaba varias condecoraciones, de la Legión de honor, el valor militar y otras.

La Biot había tenido varios admiradores de su violín y de su belleza, pero el tenor no la perdía de vista saliendo al encuentro á todos los amantes, con aquella frase pintoresca del General Boum: *«je vous coupe en quatre comme un navet.»*

Cuando llegó la Biot y su tenor á Mendoza, el mayor Hederra se hallaba allí de guarnicion con dos compañías de su cuerpo.

Verla y gustarle mucho, todo fué obra del momento; pero cuando Hederra supo que el marido era un francés más malo, celoso como un gallo y antiguo militar, conci-

bió el proyecto de enamorarle la mujer y alzar con ella el vuelo.

*
* *

La belleza varonil y espresiva del militar, había llamado la atención de la violinista, y hablando con él, encontró que aquel hombre valía la pena de ser querido.

Mujer de poco recato, aceptó sobre tablas los amores de Hederra, pero se presentó una dificultad invencible; ¿cómo sustraerse á la vigilancia continua é incansable del celoso tenor?

No era lo mismo escribir una carta que tener una entrevista, y si el tenor no sabía lo primero, se opondría á lo segundo con todas sus condecoraciones y sus miradas formidables.

—*J'ai une idée*,—dijo entonces Hederra á la Biot, en un francés detestable, y la puso en práctica sobre tablas.

Aquella noche el tenor y la Biot fueron invitados á una cena por el mayor Hederra.

—Es que yo he invitado á otros amigos,—dijo el tenor,—y esta noche no puedo.

—Pues traiga usted á todos sus amigos, y asunto concluido.

*
* *

Y aquella noche se reunían á cenar en el Hotel de Mendoza, el mayor Hederra, la Biot, su tenor y ocho amigos.

El plan de Hederra, el diabólico plan de Hederra, era emborrachar al tenor y sus amigos, y alzarse con la Biot á su cuartel.

Todo anduvo bien al principio.

Los franceses eran gente alegre, y bebían y reían en la mayor franqueza.

Hederra ni siquiera los había mirado á la cara, pues ocupado en su plan y con la hermosura de la Biot, solo se cuidaba en seguir su aventura, como único objeto de aquella comida.

Pero el tenor empezó á desconfiar y á mirar á Hederra de una manera fosca y amenazadora.

Llegó un momento en que Hederra se creyó completamente solo, ó que sus compañeros estaban ya vencidos por el oporto, y fué á dar un abrazo á su dulcinea.

Pero el tenor se levantó furioso, enrostrándole su insolencia y apostrofándolo duramente. Hederra se apercibió que se había precipitado mucho, pero ya no había remedio, y el tenor injuriándolo, había mandado á su mujer se levantara de allí y saliera.

Entonces, con una sonrisa de travesura infinita, detuvo á la mujer con una mano, mientras decía al tenor:

—Musiu le tenor, no me rompa la paciencia y tome vino.

Un vasazo terrible que se estrelló sobre su cabeza juvenil y espresiva, fué la respuesta del celoso marido.

Y como si todo hubiera sido combinado de antemano, todos á una cayeron sobre Hederra, mientras la Biot caía aparentemente desmayada.

*
* *

La escena que se siguió fué tremenda.

Hederra, sin armas y sorprendido, solo tuvo tiempo de dar al tenor uno de sus más famosos puñetazos; pero los enemigos lo cargaban con furioso encarnizamiento, y quien con una silla, quien con una botella, se disputaban el derecho y el placer de pegarle.

Hederra hacía esfuerzos sobrehumanos para defenderse; pero eran muchos los que lo acosaban.

Y despreciando á los otros, solo pugnaba por llegar al tenor, á quien pudo alcanzar de otro puñetazo terrible que le sacó limpiamente la chocolata.

Al estruendo de la lucha acudió el dueño del hotel acompañado de sus mozos, los que lograron hacer salir á los franceses, que querían á toda costa ultimar á Hederra.

El único que había salido lastimado era el tenor, que

aun limpiaba la líquida y roja chocolata derramada sobre su frac y sus condecoraciones.

Hederra quedó en el hotel materialmente molido por aquella paliza sin desquite, pues ni siquiera recordaba el semblante de los que lo habían golpeado.

Pero ¿cómo quedarse sin castigar á aquellos diablos? Esto no podía ser !

Él, por el momento, estaba impedido para hacerlo personalmente, y como al otro día los franceses podían salir de Mendoza para evitar el desquite, era necesario apresurarse.

Hederra mandó traer una volante y se hizo conducir al cuartel, revolviendo en su imaginación algo diabólico.

Inmediatamente de llegar dividió sus dos compañías en diferentes pelotones, mandándolos recorrer la ciudad con esta consigna.

—Toda persona ó personas que encuentren por la calle les hacen ustedes hacer alto, y les preguntan su nacionalidad: á la voz de francés, le rompen el alma á palos.

Eran las diez de la noche.

Los sargentos que mandaban los grupos salieron á la calle, y la consigna fué rigurosamente cumplida.

—Alto ahí, quien vive!

—Patria.

—Qué nacion.

—Francés.

Y una paliza furiosa era el final del diálogo.

Aquella noche los soldados apalearon diez y ocho franceses, entre los que cayeron el Cónsul de esa nacionalidad y los que habían golpeado á Hederra.

*
* *

Hederra era un hombre que llevaba su valor hasta la locura.

Una noche conversaba alegremente con el coronel Lagos, refiriéndole una aventura de amores.

Hederra tenía por Lagos una rara estimación y cariño, nacida tal vez en el valor asombroso de este jefe.

Ambos fumaban un cigarro habano, magnánimo regalo del comun amigo Miguel Martinez de Hoz.

De pronto se detiene Hederra en sus paseos y dice á Lagos:

—Hombre, tengo un capricho.

—Si puedo ayudarte á satisfacerlo,—contestó Lagos,—habla no más.

—Quiero sacarte el cigarro de la boca de un solo tiro: pónte de perfil.

Aquellos dos hombres sonrieron, Lagos se puso de perfil, y Hederra, sacando el revólver de la cintura, tomó los puntos y disparó.

El cigarro de Lagos saltó hecho pedazos de entre los labios.

Hederra era un tirador habilísimo, que varias veces había hecho con su asistente la misma prueba.

—Ahora,—dijo,—vas á hacer tú lo mismo: yo me pongo el cigarro en la boca y tú me lo sacas de un tiro.

—Hombre, eso no es posible,—respondió Lagos,—porque yo soy un gran chambón, y en vez del cigarro puedo hacerte volar la cabeza.

—Razon de más: es preciso que me tires ó que peliemos.

Lagos miró á Hederra, ambos volvieron á sonreir, y éste ocupó la posicion que había ocupado antes Lagos, con el cigarro en la boca.

—Tira ahora,—dijo.

Lagos, que realmente no tiraba de una manera que lo hiciera tentar la prueba, tomó los puntos levantando la puntería mas de medio metro.

La bala pasó sin hacer el menor daño y fué á incrustarse en el techo.

—Tú me has insultado,—esclamó Hederra, pálido,—y no me aprecias; no me has puesto los puntos y te has querido reir de mí.

—No seas loco! si yo apunto á tu cigarro, te llevo las narices!

—Pues esta es la injuria y me debes una reparación:

vamos á cambiar una bala, ó te insulto hasta que te obligue á batirte.

Toda reflexion fué inútil, y los dos amigos, para seguir siéndolo, tuvieron que cambiar una bala con todas las formalidades del acto.

*
* *

La muerte de José Hederra fué una muerte estéril, porque él, destinado á morir de una manera bravía y brillante, murió asesinado de la manera más cobarde.

—Dos oficiales, de sus compañeros, servían de padrinos en un duelo en que era actor un amigo íntimo.

Hederra estaba arrestado en el cuartel, porque era su alojamiento, y la falta leve era una de tantas locuras.

Los padrinos del adversario debían venir á buscar á los contrarios que se alojaban en el mismo cuartel.

Hederra que oyó la cosa, declaró que él también quería presenciar el duelo.

—Pero si tú estás arrestado y no puedes salir! sería un compromiso para el comandante de campo.

—¿Y quién lo vá á saber?—esclamó:—yo voy al duelo y ni Cristo me sujeta.

A la hora convenida vinieron en una volanta padrinos y duelistas en busca del adversario.

Los dos oficiales y el ahijado subieron, despues de haber depositado las armas en el carruaje y Hederra los siguió.

Al querer cerrar la portezuela, sus amigos lo detuvieron diciéndole :

—No seas loco; estás arrestado y es una imprudencia que salgas.

—Con imprudencia y todo, yo voy,—dijo Hederra, y tomándose con ambas manos de los lados de la portezuela abierta, puso el pie en el estribo y fué á subir.

En aquel momento sonó una detonación dentro de la volanta, y el comandante Hederra cayó al suelo para no levantarse más.

Había recibido el proyectil en medio del corazon!

Dentro de la volante venía un hombre que iba á servir de médico, que había tenido un asunto personal con Hederra.

Y este hombre, que un mes antes había pedido perdón á Hederra sobre el terreno del honor y con una pistola en la mano, aprovechó aquella oportunidad y lo asesinó de tan cobarde manera.

Él le quitó la mujer en un tiempo, y no teniendo el valor de batirse en un duelo, pasó un año esperando aquella oportunidad.

*
* *

La muerte de Hederra fué hondamente sentida por todos sus compañeros, y tal vez por todo el ejército.

Era un carácter noble, con mas virtudes que defectos. Su foja de servicios fué brillante, y sus sacrificios continuos.



EL CORONEL BORGES

He aquí un soldado de quién, sin la menor exageración, puede decirse que fué la flor y nata del Ejército Argentino.

Bravo como pocos y de una contracción inmensa en sus deberes militares, el coronel Borges fué siempre un oficial de provecho y lucidísimo en el campo de batalla, no solo por su valor personal á toda prueba, sino por su pericia y conocimientos en el arte de la guerra.

Como oficial subalterno, fué siempre un modelo de delicadeza y de honor militar, nunca dió lugar al menor reproche, ni sus jefes tuvieron que dirigirle ninguna observacion, ni como conducta ni como servicios.

En el cuartel, como fuera de él, Borges era siempre un cumplidísimo caballero, tan celoso de su reputación militar como personal.

Jamás se le veía mezclado en las bromas juguetonas, tan naturales en los cuarteles entre oficiales jóvenes y traviosos: reservado y prudente, las horas de descanso las dedicaba al estudio de la táctica en el arma de infantería, por la que tenía verdadera pasión.

Los duelos, tan frecuentes entre la juventud de espada, y los lances amorosos inherentes á ella, lo encontraron siempre ausente.

Si alguna vez tuvo alguna aventura galante, solo su asistente la conoció; en cuanto á duelos, nadie recuerda haber cambiado con él una palabra destemplada.

La única ofensa lanzada por él á un compañero de armas, fué la siguiente, que pinta admirablemente la hidalguía de su carácter

—Yo no puedo estrecharle la mano,—le dijo,—hasta que Vd. no cambie una bala conmigo.

Sin hacer de esto alarde ni acción meritoria, era el primero que acudía al sitio del peligro y el primero que entraba en fuego.

Duro con el enemigo y tratando de cumplir siempre esactamente las órdenes que recibía, era amable con sus inferiores y bondadoso con sus soldados, al extremo que éstos tenían por él una ciega idolatría.

Es que Borges, sin disculparles la menor falta ni eximirlos de ninguno de sus deberes, atenuaba en lo posible las penurias de la vida militar.

El cariño de sus soldados por Borges está pintado en este hecho.

*
* *

Cuando la revolucion de Setiembre, el coronel Borges había llevado el poderoso contingente de su brazo y su inteligencia al partido que se alzó en armas contra el Gobierno.

Su batallon, el 2 de infantería, á órdenes del comandante Saez, había quedado con el Gobierno, y formaba en el cuerpo del ejército que mandaba el coronel Julio Campos.

Un día fué necesario hacer un reconocimiento peligroso, y el coronel Campos comisionó para ejecutarlo al comandante Saez, con el 2 de infantería de línea.

—Yo cumpliré como es mi deber,—dijo Saez, que se había criado en aquel cuerpo,—pero es mi deber tambien prevenir al señor coronel, que el resultado de este reconocimiento será fatal: yo no tengo confianza en mi batallón.

—El 2 de infantería es un cuerpo glorioso y denodado,—repuso Campos,—habitado al sacrificio y al triunfo.

—Sí, pero no en este caso,—repuso Saez que sabía lo que decía:—el coronel Borges está con el enemigo, y si el batallón lo vé ó sabe que está allí, no solo no obedecerá mi voz, sino que sin la menor vacilación tratará de incorporársele: conozco los oficiales y los soldados.

Fué preciso ceder á la razon y no tentar el cariño del 2 de infantería.

*
* *

El coronel Borges empezó á servir á la causa de la libertad desde sus mas tiernos años.

Oficial de artillería en Montevideo, vino como teniente de esa arma á la batalla de Caseros, conduciéndose con bizarría y brillo desde que se disparó el primer tiro.

Un año después pedía su alta en la infantería argentina y era incorporado en su clase de teniente al batallón 2º de línea, de cuyas filas no volvió ya á apartarse hasta 1874.

Desde la batalla de Cepeda hasta entonces, no se ha disparado un solo tiro en la República y fuera de ella, donde haya tomado parte nuestro ejército, sin la presencia del 2 de línea.

Ese cuerpo glorioso ha asistido siempre á todos los combates y á todas las batallas, tomando en ellos la parte mas activa, sin que la menor nube haya empañado jamás su justa reputacion.

El asistió á todas las batallas de la guerra del Paraguay, conquistando siempre el aplauso de los jefes superiores.

Y el coronel Borges no había estado jamás separado de sus filas un solo momento en los dias de peligro, aumentando así el brillo de su figura simpática y atrayente.

Herido unas veces, contuso otras, ileso algunas, su carácter no desmayó un solo momento, y sus atenciones se prodigaron á manos llenas sobre los que iban quedando en el campo como estela luminosa y triunfante del valiente batallon, que miraba como su parte de paraiso aquel pedacito de trapo desgarrado y mugriento de sangre y humo, último resto de la brillante bandera.

Su posicion de jefe no alteró en nada las condiciones del oficial.

En el campamento y en el cuartel era la misma persona bondadosa y suave, el mismo caballero distinguidísimo en el salón, y el mismo león en el campo de batalla.

Dedicado constantemente á la labor y el estudio, su opinión era respetada por sus compañeros de armas, que la consultaban y acataban con la mayor complacencia.

Los jefes de frontera que estaban á sus órdenes en los últimos tiempos, como los coroneles Lagos y Timote, no tuvieron jamás con él la menor dificultad, secundándolo y ayudándolo con denuedo en su constante y árdua labor.

Fué en las fronteras que comandó con tanto acierto, donde el coronel Borges prestó sus más relevantes servicios, mostrando toda la competencia y tino de que era susceptible.

Los indios sometidos, estaban siempre tranquilos, porque temían y querían á aquel jefe de una rara integridad, que les cumplía sus compromisos hasta en el más insignificante detalle.

En el rudo combate de San Cárlos, traído por Calfucurá al frente de mas de cuatro mil lanzas, fué la presencia del coronel Borges la que salvó la situación y el honor del ejército.

Los indios habían doblado los regimientos de caballería y arrollado los cuadros de infantería, porque combatían con enormes ventajas y en número infinitamente superior.

La sola presencia del coronel Borges vino á restablecer el combate, y bien pronto, gracias á su actividad y su tino, los indios huían en espantosa derrota, dejando en poder de nuestros soldados la mayor parte de sus arreos y gran cantidad de prisioneros.

*
* *

Cuando estalló el movimiento de Setiembre de 1874, el coronel Borges se hallaba en una posición sumamente difícil.

Él estaba comprometido á apoyar la gran revolución con las fuerzas de su mando, el día 12 de Octubre en que espiraba el período presidencial de Sarmiento y en que debía estallar la revolución.

Pero antes del 12 de Octubre, el coronel Borges debía ser leal á Sarmiento, á quien servía hacia 5 años.

Cuando se susurró que algo tramaba el partido Nacionalista, el Gobierno llamó al coronel Borges para preguntarle qué actitud asumiría en el conflicto, y si era leal al Gobierno.

—Hasta el 12 de Octubre el Gobierno de V. E. puede contar con mi lealtad y con las tropas confiadas á mi honor,—respondió el noble Borges;—no hay consideracion en el mundo que me haga faltar á mis deberes.

El Gobierno, que conocía al militar con quien hablaba, dió por terminada su conferencia, enviándolo de nuevo al frente de sus tropas, en la seguridad de que Francisco Borges no faltaría jamás á su palabra empeñada.

Los sucesos se precipitaron y la revolucion se adelantó por motivos que no es del caso tratar.

Y el coronel Borges se encontró con que no podía cumplir con sus amigos políticos y personales.

Estos lo instaron porque los acompañara y traerá el contingente de la division á su mando.

Pero esto importaba para el coronel Borges un acto vergonzoso que él era incapaz de cometer.

—Yo me he comprometido para el 12 de Octubre,—dijo,—y mantengo lealmente mi promesa; antes de ese dia yo no me pertenezco y no puedo faltar á la confianza que el Gobierno depositó en mí, ni á mi propio honor, cometiendo un acto incalificable.

Y el coronel Borges vino á Mercedes y puso á disposición del Gobierno las tropas que éste había confiado á su honor, al mismo tiempo que pedía su separacion de ellas.

Y el 12 de Octubre á la madrugada, el coronel Borges se presentaba al ejército de la revolucion á cumplir gustoso la palabra empeñada.

*
* *

Sus compañeros no comprendieron ó aparentaron no comprender aquel hermoso rasgo de caballeridad y

de carácter, reprochando á Borges, aunque no de frente y con claridad, lo que ellos se permitían llamar su traición.

Y esto hizo una impresion terrible en aquel carácter esencialmente hidalgo y abnegado, concibiendo tal vez entonces la idea de hacerse matar.

*
* *

La *Verde* sucedió á los pocos días, y como siempre, desde el primer momento, el coronel Borges ocupó el primer puesto de peligro, después de haber tomado la parte mas activa en las conferencias que precedieron á aquel brillante hecho de armas.

Cuando el General Mitre mandó la retirada del ejército, porque no quería el sacrificio de un solo argentino más, el coronel Borges observó que aquella retirada no era oportuna.

—Se han perdido ya muchas vidas,—dijo,—y el enemigo, en un minuto más de fuego, habrá agotado sus municiones.

El General Mitre desoyó la observación y reiteró su orden.

El coronel Borges, entónces, con la mirada empañada por una profunda espresion de pena y tristeza, avanzó seguido de dos ó tres ayudantes. entre ellos el valiente León Rivera, hasta donde el fuego era más violento y nutrido.

Y avanzaba tranquilamente, con sus brazos cruzados y la fisonomía iluminada por una espresion de melancólica bravura.

Algunos pasos más, y el coronel Borges cayó para no levantarse más, con dos terribles heridas, ambas mortales.

Fué su leal ayudante León Rivera quien lo sacó del campo de batalla, para que su cadáver no quedara entre el enemigo.

Dos días después el coronel Lagos recogía en el 9 de Julio el cadáver del coronel Borges, que conducía retobado en un cuero el ayudante Rivera, y le daba sepultura

en el panteón construido allí para el comandante Heredia.

Triste coincidencia! Hablando una tarde sobre el destino de los hombres, y ponderando algunos la posición que á fuerza de constancia y de bravura se había conquistado, dijo el coronel Borges:

—Nadie sabe el fin que puede tener!

Quién sabe si algun día no me matan por ahí y me dan por tumba un cuero para retobarme!

*
* *

Así murfó aquel digno y bravo soldado.

El Gobierno y sus amigos políticos han sido para con él cruelmente ingratos.

Y sin embargo, fué el militar más lucido y honrado del ejército. Ninguna lengua se movió jamás para empañar su nombre.



LAS TABLETAS MALDITAS

Los indios habían avanzado la población de Rio IV, haciendo toda clase de iniquidades.

Los cautivos pasaban de cien, el arreo era de veinte mil cabezas entre ovejas y vacas, y la guarnición, á órdenes del Coronel Baigorria, no daba señales de vida.

La confusión era espantosa y el terror verdaderamente pánico.

El coronel Lagos, de guarnición en la Carlota, comprendió que era necesario proteger la población, pero no tenía elementos para ello.

Con la viveza de carácter que le es característica y esa rapidez audaz de concepción que le distingue, se pone en marcha con unos cuantos milicos y vecinos, entre los que iba el Dr. Ávila y otras personas conocidas.

Hace una marcha forzada de catorce leguas, bajo todas las penurias posibles, pero ya los indios se habían retirado, llevando los cautivos y un arreo inmenso.

Del Coronel Baigorria no se tenía noticias y no era posible dejar en poder de los indios aquellos cautivos, sin hacer, por lo menos, un esfuerzo para rescatarlos.

La jornada era penosa y peligrosa en extremo, pero esto mismo era un aliciente para Lagos, á quien los peligros atraen con fuerza desconocida.

Sin más pensamiento que el de salvar á los cautivos, se lanza en persecución de los indios, acompañado de unos cuantos milicos, dos ó tres oficiales y los vecinos, de los que siempre formaba parte el doctor Avila, apasionado á estas aventuras.

Después de galopar toda la noche y gran parte del día, dió alcance á un grupo como de veinte indios.

*
* *

Los indios que se sienten alcanzar, dan vuelta, cuentan el enemigo y encuentran más prudente disparar, abandonando el arreo que llevaban.

Y huyen con toda la rapidez de sus caballos pampas, pues los milicos vienen cerca y alguna bala de revólver les ha pasado ya rascándoles las costillas.

Uno de los indios siente que su caballo se le aplasta y se vá quedando atrás del grupo de sus perseguidos compañeros.

Apura su caballo de todos modos, lo azota, le clava la espuela, pero el caballo no da mas y amenaza caerse.

Entonces el indio, con un ademan bravío y soberbio, empuña la lanza con las dos manos, y echando pie á tierra hace frente al grupo que lo persigue.

Dos de los otros indios que han visto la acción del compañero, retroceden valientemente y se ponen á su lado tratando de alzarlo en ancas, y el combate desesperado se empeña, entre los indios que quieren salvar al compañero, y el grupo de Lagos que desea tomar á los tres.

Solo Lagos tenía revolver, y matarlos, así á mansalva, parecía al bizarro jefe una cobardía.

Saca el sable y atropella resuelto, pero las lanzas y el grito de los indios asusta al caballo que se resiste á la espuela.

Los soldados quieren avanzar, pero les sucede lo mismo.

Un nuevo grupo de indios acude, pero en aquel momento los milicos logran avanzar el caballo y después de una lucha rápida y enérgica, dan muerte á dos de los indios, haciendo huir al tercero.

*
* *

El nuevo grupo, compuesto de treinta indios, había llegado en son de carga y hasta acometido con bríos.

El combate era reñido y al arma blanca.

A los indios se les había hecho bueno el partido al ver el corto número de los enemigos, y peleaban duro, creyendo tener el triunfo seguro.

Era preciso concluir antes de que cerrara la noche, y el coronel Lagos cargó resueltamente.

Poco resistieron los indios: cuando vieron que ocho ó diez compañeros quedaban estirados en el suelo; arremolinaron, dispersándose después en todas direcciones.

Lagos los persiguió una ó dos leguas mas, hasta que tuvo que abandonarlos, pues disparaban de á uno tratando de presentar el menor blanco posible y obligar á fraccionarse al grupo de perseguidores para batirlos después en detalle.

Vuelto al sitio donde había tenido lugar la refriega, decidieron acostarse un momento para dar descanso á los caballos: pero fueron asaltados por un enemigo mas incómodo y cruel; el hambre.

Hacía dos días que no comían, y la imposibilidad de hacerlo en dos días mas, aumentaba el hambre de una manera insoportable.

Estaban á veinte y dos leguas de todo recurso, y tenían que esperar á que descansaran los caballos, pues de otro modo estaban espuestos á quedarse á pié.

Los platos mas suculentos desfilaban por la imaginacion hambrienta, al extremo de no poder conciliar el sueño.

Los milicos, que todo lo urgan, empezaron á matar el tiempo registrando los cadáveres de los indios para quitarles las pocas pilchas que pudieran tener.

Eran indios que venían de invadir, y era natural que algo llevaran consigo.

*
* *

A lo mejor que cada cual pensaba con una voracidad canina en el plato de su predileccion, uno de los milicos lanzó un grito de fabulosa alegría.

—Comida!—gritó—quesadillas y tabletas; viva la patria!

Efectivamente, entre el seno de dos cadáveres, los soldados habían hallado una mina de tabletas, de aquellas famosas cuya masa leve y bien batida se deshace en la boca.

Todos rodearon los cadáveres y empezaron á devorar las tabletas con una ansiedad de sesenta horas de dieta rigurosa.

El doctor Avila y Lagos se le habían afirmado con tanta fé á las quesadillas, que comieron con exeso, dejando de hacerlo, porque ya no les cabía mas en el estómago.

Y tal era la provision de tabletas que llevaban en el seno los indios, que á pesar de haber comido de aquella manera exesiva, quedaron todavía para almorzar al día siguiente.

Satisfecha la imperiosa necesidad del estómago, el cansancio reclamó para el cuerpo el sueño reparador, y despues de colocar la vigilancia necesaria, se acostaron á dormir cada cual sobre sus caronas.

A la mañana siguiente todos estaban en pie y listos para marchar.

*
* *

En el primer momento nadie pensó sino en ensillar su caballo, pues se le había sacado la montura para hacerla dragonear de cama.

Concluida la tarea y viendo á un milico que raspaba una tableta para comer, Lagos y Avila se acercaron y sintieron con espanto que el pelo se les enderezaba sobre la cabeza.

Aquella tableta estaba empapada de sangre.

Horrorizados revisan todas las que habían quedado, y todas presentaban el mismo aspecto espantoso.

Las heridas causadas en el cuerpo de los indios les había llenado de sangre el seno, y las tabletas se habían bañado en aquella levadura horrible.

—Hemos comido tabletas con sangre de indio!—dijo Avila, haciendo un gesto formidable.

—Hemos comido sangre de indio con tabletas!—con-

t estó Lagos, sintiendo que las tabletas le bailaban un malambo en el estómago.

Y ambos se dieron vuelta en un movimiento simil.

La vista de los cadáveres había precipitado el resultado formidable.

Hablando antiyer con el Coronel Lagos, le recordábamos este episodio de su penosa vida militar, y haciendo un gesto espantoso nos decía:

—Cállese, por Dios, se me figura que todavía estoy mascando las quesadillas.



EL CORONEL LAGOS

Es una lámina de acero, que no hay fuerza capaz de torcer.

Pocos militares tan dignos y tan leales, tan bravos y tan abnegados, como Hilario Lagos.

En su arma, es hoy el jefe más distinguido del ejército, bajo todos conceptos.

Gefe esperto, no hay dificultad ni peligro capaz de arreararlo ó dobligar su carácter de rara firmeza y de exclusiva nobleza.

Sereno, sereno y tranquilo en el combate, él acude á todos los puntos, tomando sobre el terreno las prudentes medidas que son del caso, condiciones que le han hecho hacer una figura brillante siempre que ha mandado en jefe.

Humilde y generoso ha salido siempre de los primeros á ocupar su puesto de peligro, volviendo al silencio del hogar cuando aquél ha pasado y la pátria no ha necesitado más el servicio de los buenos.

En el cuartel como en el hogar, en la sala como en la calle, de lejos ó de cerca, en el combate como en la fiesta, siempre es el mismo hombre, igualmente bueno, igualmente digno y generoso, sin que los reveses de la suerte y los contrastes de la vida, dolorosos muchas veces, hayan logrado quebrar la altivez legítima y noble de su carácter.

Como jefe, en el servicio y fuera de él, ha sido siempre el mejor amigo de sus subalternos, quienes jamás encontraron cerrada su puerta para pedir una justa reparación.

Magnánimo y bueno, fué siempre enemigo de los castigos brutales aplicados á la tropa, que tuvo siempre en él un protector y un padre.

El alferez como el capitan, el teniente como el coronel, eran para él iguales, y paseaba y se daba indistintamente con el uno ó con el otro, pues fuera del servicio no reconoció nunca más gerarquía que la que cada uno lleva en su corazón.

El amor de sus soldados puede juzgarse por este simple hecho.

Cuando Lagos se separó del mando del brillante 2 de Caballería de línea, parecía que éste hubiera perdido todo aliento y todo espíritu de cuerpo.

Los soldados empezaron á desertarse y el regimiento parecía haber perdido todo cariño á aquel número 2, por cuya gloria y buen nombre tantos sacrificios habían hecho.

Un día se presentó un grupo de soldados en la puerta de su casa, calle de Charcas.

El coronel los hizo entrar y les preguntó qué deseaban, quedando sorprendido al ver que aquel grupo no era otra cosa que una compañía de su Regimiento, con sus clases á la cabeza.

—¿Qué es eso?—preguntó el coronel—¿ha llegado el regimiento?

—No señor, mi coronel,—respondió el sargento Suarez, que venía al frente de la compañía,—es la segunda que se ha desertado y viene buscando la incorporacion de su jefe.

No queremos volver al cuerpo si usted no vuelve también.

—¿Pero no saben ustedes las penas que tiene el delito de deserción?

—Cómo no! seremos fusilados, pero no queremos separarnos de nuestro jefe viejo.

El coronel conmovido con aquella profunda demostracion de cariño, sacó el indulto para los nobles soldados, y los mandó incorporarse nuevamente al Regimiento.

*
* *

Es en la guerra ingrata y penosa con los indios, que el

coronel Lagos ha prestado sus servicios más importantes, luciendo todas las condiciones de su bello carácter.

Buscado siempre para ocupar los puestos de mayor peligro, siendo Sargento Mayor del Ejército, fué nombrado por el viejo general Paunero, para el comando del Fuerte la *Carlota*, en la Provincia de Córdoba.

Aquel Fuerte era entonces el punto de mayor peligro en toda la frontera.

Los indios estaban habituados á avanzar, pasar á cuchillo sus guarniciones y hacer todo género de iniquidades y depredaciones.

Días antes se habían internado en el corazón de la provincia, haciendo numerosos cautivos y saqueando infinidad de casas de negocio.

El Mayor Lagos aceptó el nuevo puesto de peligro y de sacrificios que se le ofrecía, y marchó inmediatamente á ocuparlo.

Pocos días después, los indios se presentaban en demanda del nuevo jefe, en respetable número.

No los hizo esperar mucho el Mayor Lagos, que formó un pequeño destacamento aceptándoles el combate.

Y los indios, habituados á triunfar siempre de la guarnicion de aquel Fuerte, sufrieron su primer revés, perdiendo más de cincuenta lanzas y teniendo que retirarse sobre tablas. El Mayor Lagos fué tan tenaz en la larga persecucion que les hizo como en el combate, arrebatándoles más de dos mil cabezas de arreo, los cargueros que habían robado antes en los negocios, é infinidad de cautivos.

Desde aquel día los indios no volvieron á avanzar á la *Carlota*.

Este hecho de armas valió á Lagos las más ardientes felicitaciones del Gobierno y del Ministro de la Guerra entonces, General Paunero.

*
* *

Nombrado mas tarde jefe del batallón 7° de infantería

de línea, hizo toda la campaña del interior que dirigió el general Paunero, siendo de los jefes que en ella más se distinguieron.

El segundo jefe que Lagos tenía entonces, era el capitán Julio Roca, á quién él hizo dar el grado y empleo de sargento mayor.

Siempre en constante servicio, fué llamado después por el Ministro Gainza para ocupar un nuevo puesto de peli-gro y de sacrificio.

Este era el comando de la frontera Oeste de Buenos Aires, vacante por muerte de Heredia.

Los indios estaban ensoberbecidos en aquel punto, y su última hazaña había sido el asesinato del comandante Heredia, con cincuenta individuos de tropa.

El cacique Picen tenía por lujo invadir aquel punto y burlar su guarnicion ó batirla con éxito.

Como á la Carlota, Lagos marchó al Fuerte General Paz, donde lo esperaban nuevas victorias.

Los indios no tardaron en venir en buen número á tantear al nuevo jefe y conocer sus aptitudes.

Un buen día á las 12, los indios de Picen sorprendieron el campamento y arrebataron sus caballadas, no dejando más que los pocos caballos que estaban atados dentro del cuadro.

Aquel era un golpe maestro que no tenía remedio, puesto que los indios habían llevado los caballos y no había como perseguirlos.

Con la paciencia del que espera pronto un buen desquite, Lagos mandó traer caballos al Nueve de Julio, haciendo montar ciento ochenta plazas de su regimiento.

—No los alcanzaré,—se dijo,—pero los encontraré en su campamento.

El coronel Lagos, comandante entonces, se puso en marcha con toda tranquilidad, avistando, á los diez días de marcha, los toldos del terrible Picen.

Los indios estaban festejando su último golpe; hasta entonces no había llegado allí ningún soldado, y no podían imaginarse que hubiera un jefe tan audaz para ir á llevarle

una sorpresa en medio de sus lanzas, á él, el terrible Pícen.

Al otro día á la diana, Lagos caía en sus toldos por sorpresa y como verdadero malón, tomando más de doscientos prisioneros, rescatando sus caballos y arrebatando el rodeo de los indios.

Fué ésta la primera sorpresa que se llevó á los indios.

El Ministro Gainza dió á este hecho su verdadera importancia, haciéndolo figurar como la pieza más importante en la memoria de aquel año.

Este triunfo no costó á la Nación ni un solo peso, ni un solo caballo, pues soldados y prisioneros regresaron montando las tropillas de los indios.

La guarnición del Fuerte General Paz fué la más respetada por los indios, que desde entonces no quisieron tratar sino con este jefe.

*
* *

En la gran campaña al desierto, iniciada por el doctor Alsina y terminada por su sucesor el general Roca, fué Lagos la figura más lucida.

Venciendo mil género de pequeñas hostilidades y contratiempos por parte de los directores de aquella campaña, tuvo la suerte de hallar el mayor número de indios que batió y destrozó con el brillo de siempre.

El resultado de la campaña de Lagos fueron más de quinientos prisioneros y numerosos arreos de toda clase de hacienda.

El mismo general Roca decía despues, en documentos ya publicados, que en la campaña de Lagos reposaba todo el brillo de la expedición, opinion que emittan también los mas notables jefes que en ella tomaron parte.

*
* *

Los tristes sucesos de 1880 separaron á Lagos de las filas del ejército y se quedó á formar bajo las banderas de Buenos Aires.

El necesitó de todo su carácter para sobreponerse á

todas las miserias de que fué objeto y blanco; pero el verdadero mérito se abre camino por todas partes, y Lagos llegó á la meseta de los Corrales, histórica desde aquel día.

Todos conocen este espléndido hecho de armas, fresco aún en la memoria de los hijos de Buenos Aires que combatieron á su lado.

Desde entonces, el ejército se vió privado de tan brillante espada y tan clara inteligencia, perdiendo la caballería argentina su jefe más lucido.

El espacio de que disponemos en las *Siluetas Militares*, no es suficiente para consignar la mitad de sus servicios.

Quedan, pues, dos veces mas en el tintero.

La silueta de Lagos, viene á ser aquí, el digno *pendant* de la silueta de Borges.



LUIS MARIA CAMPOS

He aquí, puede decirse, el oficial modelo en el ejército Argentino.

Luis María Campos pertenece á la escuela antigua, á esa escuela rígida y seria, que convertía al oficial en una verdadera máquina de guerra, de acciones precisas y dadas, de las que no es posible discrepar.

Él es imperativo en el mando, y no admite réplica ni dilaciones, pues como subalterno ha estado habituado á obedecer ciegamente las de sus superiores, sin la menor dilacion y sin el menor comentario.

Como servicios es en estos últimos veinte años la más brillante foja en la República, pues fueron veinte años que pasó en campaña, ilustrando su nombre en todos los combates que se han dado, y sin faltar del campamento un solo día: y es por esto que hemos dicho al principio, que es el oficial modelo en el ejército argentino.

Instruido en su arte, leal en sus afecciones y bravo hasta la exageración, ha sido un notable jefe de brigada en las situaciones más difíciles.

Él, como Levalle y como Arias, posee la medalla dada por el Brasil al valor militar, después del terrible combate de Peribebuy, únicos tres jefes que la poseen en nuestro ejército.

Campos mandaba entonces la brillante brigada formada por el 5° y 6° de línea.

Desde el primer combate con que se inició la campaña del Paraguay, hasta el último, que creemos fué Peribebuy, no faltó un solo día de la brecha.

Herido en Curupaytí, bajó á Buenos Aires á curarse, y fué ésta la única vez que estuvo separado del ejército, al que se incorporó convaleciente aún.

Constante y abnegado en el servicio, bravísimo é infatigable en la batalla, Luís María Campos formó su reputación con el filo de su espada y la importancia de sus servicios. Las charreteras de General están pegadas sobre sus hombros con la sangre de su cuerpo y los girones de su carne.

Como hombre puede tener sus defectos, todos los tenemos: como militar es intachable: no hay una sola sombra que pueda nublar el brillo de aquellos galones tan dignamente ganados.

*
* *

En el General Campos hay dos individualidades: el hombre y el soldado.

Bajo la mirada franca y noble y la sonrisa bondadosa del primero, desaparece toda la aspereza y rigidez del segundo.

El General Campos es un hombre de palabra breve, vigorosamente acentuada, seca y terminante.

En su mirada soberbia hay algo del brillo del fogonazo, y sobre sus labios enérgicos ondula siempre algo de dominante y severo.

De la misma manera que atiende al coronel atiende al soldado, contra quien jamás ha levantado la hoja de su espada.

En las filas del ejército no se conoce ningún acto de crueldad cometido por él, ni una injusticia que se le pueda enrostrar.

Porque el soldado ha sido siempre para él una entidad digna del mayor respeto, á quien no se puede ajar, sin ajar la dignidad nacional que representa.

Luís María Campos es otra cosa distinta.

Luís María Campos es siempre un joven: bajo su mirada espresiva y mansa, brilla siempre una espresion ju-

guetona y estudiantil, la misma espresion traviesa que forma el sello especial de su persona, y que se vé en el kepi y en el levita, como en su cara, en sus manos y hasta en sus botines.

Es esa espresion de independendencia inimitable que se imprime hasta en la ropa misma, porque ella nace en el espíritu.

Luis María sonríe siempre, aunque no quiera, aunque se ponga sério, y hace sonreír hasta el cigarro que fuma: es el soldado franco, que sacude toda la rigidez del servicio durante aquellas pocas horas que es dueño de su persona.

Su palabra es cariñosa y suave, y nadie más expansivo que él en el seno de la amistad.

En el hogar, Luis María Campos es un hombre digno del cariño y del respeto que le profesan los suyos.

Ama á su familia como la ama el soldado, que aprecia la inmensa felicidad de poder estar reunido á ella. Su honradez es como su valor—jamás hemos oido el menor murmullo que pueda querer dañarlas. Luis María es honrado como todos los Campos—es cuestion de temperamento y de raza.

*
* *

El General Campos empezó sus servicios en el 6 de línea, cuando el distinguido General Arredondo formó aquel lucido cuerpo, antes de la batalla de Cepeda, y desde allí datan sus servicios. Exclusivamente dedicado á la profesión que abrazaba, se contrajo de tal modo, que en poco tiempo se hacía notar entre sus compañeros por su buena instruccion militar, y la que había sabido imprimir á su compañía.

Desde este instante Campos no descansa un momento; tras de Cepeda viene Pavon, el Paraguay, las campañas del interior y Entre Ríos, estando presente siempre allí donde se ha quemado un cartucho.

Su rigidez en el servicio llegaba, ya como oficial, ya

como jefe, hasta no haber faltado jamás á una lista de diana, ni hubo pasado jamás un parte de enfermo, aunque muchas veces lo estuvo seriamente.

La batalla de San Ignacio es uno de los lindos episodios de esta vida militar tan pura y tan rica.

*
* *

El General Arredondo había sido desprendido por Pau-nero con el 6º, el San Juan y Mendoza y el 1º de Caballería, en demanda de Saá, que operaba con seis mil hombres.

La orden era de no comprometer combate, vista la superioridad del enemigo.

Pero Arredondo se encontró con Saá en los campos de San Ignacio, y la batalla se produjo.

La tropa empezaba á fatigarse en una lucha tan larga y desigual, y el triunfo se inclinaba hasta entonces por las armas de Saá, siendo necesario uno de aquellos golpes de audacia que deciden un combate.

• Así lo comprende Arredondo con ese golpe de vista que lo caracteriza, y manda al 6º dé una carga á la bayoneta al centro de la infantería enemiga, arrebatando los cañones que aquella defiende.

El 6º se pone en marcha con el arma á discrecion, veinte pasos antes de llegar al enemigo rompe el fuego y carga á la bayoneta.

El choque fué tremendo: la infantería de Saá en su desesperacion de defender los cañones, cala también bayoneta, y se traba una furiosa lucha al arma blanca.

Luis María Campos ha adelantado su caballo hasta la bandera enemiga, que toma del asta y empieza á luchar con el porta.

Entonces la custodia de la bandera rompe sobre él un fuego más nutrido y Campos desaparece entre una nube de humo.

Pero no por esto se arredra, y sin soltar la bandera, sigue peleando hasta que cae, acosado de todos lados, herido de dos bayonetazos.

—Han muerto al comandante! —grita el trompa que no lo ha perdido de vista, y el teniente Arias y el cadete Manuel Campos corren en su auxilio, seguidos de oficiales y soldados.

En aquel momento Luís María se hallaba tendido de espaldas, como los leones, sin soltar la bandera, y tratando de evitar como podía la lluvia de bayonetazos con que pretendían ultimarle.

Al rededor de su cuerpo se traba entonces una lucha desesperada.

Manuel Campos ha caído con la cabeza partida de un fusilazo y Arias ha sido herido de bayoneta.

Y desde allí mismo, con una entereza magnífica, Luís María manda cargar al 6, que arrolla en su desesperacion cuanto tiene por delante y llega á la artillería arrebatando las indicadas piezas.

Y aquella carga impetuosa dá la batalla y salva á su bizarro jefe.

*
* *

Batiéndose de una manera heroica, Luís María Campos fué herido también en la batalla de Curupaití y en Lomas Valentinas, pero restablecido bien pronto, regresó al ejército hasta concluir la campaña, de la manera brillante que conocen ya nuestros lectores.

Luís María Campos no se ha dedicado tan solo á las armas; también ama las bellas letras, sin duda pensando con Cervantes, que no están reñidas las letras con las armas.

Conoce los más selectos autores de literatura é historia, y es un inteligente amante de la buena poesía.

Cualquiera que lo vea por la calle, sonreirá al ver aquel chiquilín de facha tan traviesa y varonil; pero ese cualquiera no sabrá que aquel chiquilín es una gloria de las armas argentinas.



LA BANDERA DEL HÉROE

Yo soy la abnegación desconocida
y la pena ignorada.
soy la sangre vertida
con todo el sacrificio de la vida,
y sin otra ambición en mi carrera,
que un girón de bandera
que sepulte mis miembros en la nada.

R. Gutierrez.—(El poeta y el soldado).

La guerra sangrienta del Paraguay^f parecía llegar á su término.

Las últimas batallas habían estenuado al enemigo que se retiraba perdiendo terreno, pero de una manera heroica.

Cada cuadra de terreno conquistado costaba un combate ó una batalla, donde cada soldado era un héroe, pero donde cada batallón era diezmado, y áun quintado.

Sin embargo, el ánimo de aquellos valientes no decaía; cada día parecía que se presentaban al combate con nuevos bríos y nuevo aliento.

Los paraguayos, por su parte, peleaban con toda la bravura de su raza indómita y la desesperación del que defiende su patria, su hogar y su familia.

Aquella guerra amenazaba no concluir sinó como concluyó, con el esterminio del último Paraguayo.

El ejército marchaba ya hacia Humaitá, último baluarte de los paraguayos, donde éstos habían aglomerado todos sus elementos.

Los paraguayos mantenían su comunicación con el

Chaco, comunicaci3n que era perjudicial para los aliados, que dominaban los r3os.

Fué entonces que el General Rivas decidi3 cortar á toda costa aquella comunicacion.

*
* *

Al efecto, se mand3 desembarcar en el Chaco á los batallones 1ª Legion de voluntarios, mandada por el coronel Matoso, el 3 de línea mandado por Pagola, el batallon Córdoba que mandaba el hoy general Racedo, y el bizarro batall3n Rioja que mandaba el valeroso y esforzado Gaspar Campos.

En el batallon 1º de voluntarios estaban los capitanes Roca, Casullo, Perez, Patricio Ezcurra y José Cherlo.

La bandera se hab3a confiado aquel día al alf3rez Est3ban Guelves, por hallarse en comision el abanderado.

La Legion salt3 á tierra primero y empez3 á marchar hacia el punto que deb3a ocupar.

El coronel Matoso marchaba alegremente á la cabeza de la valiente Legion.

Se cre3a que los paraguayos no disputar3an la posicion por no debilitar á Humaitá, aunque les interesaba seriamente conservarla.

Apenas hab3an marchado unas diez cuadras, cuando fueron atacados bruscamente por una gruesa columna de infanter3a, que se hallaba emboscada allí cerca.

Los paraguayos hab3an atacado al arma blanca y sin disparar un tiro.

*
* *

La sorpresa fu3 grande, el batallon no tuvo tiempo de formar cuadro y fu3 envuelto por aquel ataque impetuoso y bravío.

Muchos de los soldados hab3an abandonado el inútil fusil, que no pod3an esgrimir, y peleaban con sus cuchillos, á puñaladas, uno contra seis ú ocho.

Los oficiales, rotas las espadas, combatían cuerpo á cuerpo con pedazos de éstas, que hacían servir como cuchillos.

Ya no se obedecía voz de mando, cada oficial peleaba por su cuenta, como cada soldado, y Matoso se contentaba con mirar aquella carnicería, sin poder hacer otra cosa.

Los soldados caían aquí y allí sin exhalar una sola queja y con el pecho acribillado á puñaladas y bayonetazos.

Y los cuerpos que venían mas atrás no podían tampoco proteger á la Legion, porque también habían sido atacados por otras columnas que, emboscadas, habían estado esperando el desembarco.

En menos de un cuarto de hora de combate desesperado y magnífico, la 1ª Legión había perdido la mitad de sus plazas y más de la mitad de sus oficiales.

Cherlo, Ezcurra y Perez, se batían en un grupo, de una manera imponente, al extremo que los paraguayos no se atrevían á estrechar la distancia que de ellos los separaba.

La banda se había retirado á la orilla del río, con el abanderado que, tratando de salvar la reliquia á su valor confiada, se había retirado de lo récio del combate, donde la hubiera perdido, indudablemente.

Los momentos eran solemnes y la Legión no veía llegar protección alguna.

Los soldados caían cada vez en mayor número y se esperaba el momento en que ninguno quedara en pie.

Y oculta en una espesura, la banda no había sido aún apercebida.

*
* *

Por más grande que sea el peligro, el soldado argentino no pierde nunca el ánimo.

Y mientras sus compañeros caían bajo el puñal y la bayoneta paraguaya, fin que les esperaba á ellos mismos, entre los milicos de la banda y el abanderado, sostenían un diálogo muy chusco.

—Lo que es á mí,—esclamaba el heróico Esteban Guelves,—no me arrancan la bandera ni con la vida, pues en cuanto los vea dirigirse aquí, me envuelvo en ella y me arrojo al agua.

—Pero tendrá que morir en aguas enemigas, puesto que éstas son aguas paraguayas,—dijo el sargento de la banda, criollo de imponderable bravura.

—Eso no es cierto—terminó Guelves;—estas son aguas argentinas porque están bajo la bandera de la patria que flamea en ellas; desde aquí veo la insignia del almirante Murature.

Y en verdad, el viejo león de los mares, cruzaba en aquel momento frente al Chaco, con su viejo buque empavesado, como era su costumbre.

Ya de la 1ª Legión de voluntarios solo quedaba un pelotón de soldados y un grupo de oficiales: todos los demás habían perecido á consecuencia de heridas horribles.

*
* *

No bien había terminado Guelves la última palabra del diálogo, cuando fué visto por los Paraguayos que se lanzaron sobre él inmediatamente, dando gritos de placer al ver la bandera.

Rápido como el pensamiento, el alférez Estéban Guelves se envolvió con la bandera por sobre los brazos, calzando las puntas en el cinturón de la espada y se arrojó de cabeza al río, en cuya superficie no volvió á aparecer más, arrastrado por la corriente

Ante acción tan heróica los mismos paraguayos quedaron asombrados.

Un momento más tarde acudieron los otros cuerpos, y cambiaban la faz del combate.

El heróico Guelves quedó entre el fondo fangoso del río, tumba elegida por él para sí y la gloriosa bandera de la 1ª Legión de voluntarios.

«Yo soy la abnegación desconocida y la pena ignorada?»

EL POETA SOLDADO

El día de la batalla de Caseros, ocupaba el célebre Palomar una division de infantería con algunas piezas, de cuya division formaba parte como cirujano, el médico y poeta Mamerto Cuenca.

El doctor Cuenca era un hombre jovial y bravo; dedicado á la ciencia que profesaba, para nada se había mezclado en los sucesos políticos.

Había marchado á Caseros como habría marchado á Flandes, porque el Gobierno lo había ordenado así. ¿ Y quién se atrevía a desobedecer?

En el campamento como en su hogar, el doctor Cuenca se distraía en escribir versos, pasion favorita del joven cirujano, á que ha debido toda su gloria, pues Cuenca es más conocido como poeta que como médico.

Tenía suma facilidad para escribir—su inspiración era inagotable, y los versos bellos y de especial colorido brotaban de su pluma con una fluidez magnífica.

Cuenca tenía consigo una pequeña balija de la que no se separaba un momento.

Al conocer su profesion cualquiera hubiera pensado que aquella balija era algún botiquín ó alguna caja quirúrgica.

Pero aquello nada tenía que ver con su profesion, pues lo que el poeta llevaba en la balija eran los originales de sus mejores cantos, y los que iba escribiendo á medida que la campaña se prolongaba.

Y no hubo ejemplo de verlo separado de su querida balija.

Ella le servía de asiento como de almohada, de mesa y de estorbo, porque había veces que no sabía que hacer de la baliya para quedar con las manos libres.

Sus compañeros le soltaban sus más risueñas pullas que él aceptaba sonriendo y devolvía con algun epigrama ó redondilla picante.

*
* *

El día de la batalla llegó y las tropas empezaron á batirse reciamente.

Nadie suponía que Rosas fuese á abandonar el ejército, y creían que iba á disputar de una manera sangrienta el triunfo de aquella jornada.

Cuenca había hecho la noche anterior una composición poética y se disponía á hacer otra aquella mañana, cuando en el Palomar empezaron á sentirse algunos disparos de cañon.

Allí la resistencia estaba bien organizada—se habían colocado cuatro piezas de artillería que asomaban sus bocas formidables por entre los agujeros de la planta baja.

Cuatro ó seis compañías de infantería sostenían la entrada, y en el interior se hallaban algunos jefes, personas estrañas á la division, y el cirujano doctor Cuenca.

Las piezas del Palomar empezaron á hacer fuego sobre una columna que se aproximaba, á las órdenes del heróico jefe oriental coronel Pallejas.

Esta columna traía orden de atacar el Palomar y tomarlo por asalto, en caso que no quisiera rendirse.

El coronel Pallejas era un jefe bravo y denodado y no podía esperarse de él otra cosa que el cumplimiento de las órdenes recibidas.

El coronel Pallejas atacó con su habitual bizarría, y á pesar del rudo fuego con que se le esperó, llegó á formar sus tropas á la entrada del Palomar.—Si la vista de los gavilanes no impone á los pichones,—dijo alegremente,—será preciso imponerlos de otra manera.

*
* *

Como Pallejas avanzaba haciendo un vivísimo fuego de infantería, al aproximarse al Palomar los artilleros abandonaron las piezas, y corrieron en dirección á las habitaciones altas.

—Me parece que todo está perdido,—dijo Cuenca,—cerrando su balija y guardando entre ésta todos sus papeles.

Es bueno tomar las medidas necesarias para que en la confusión no se pierda nada.

—Así me parece,—respondió el jefe del Palomar;—el enemigo ha ganado la batalla y es inútil la resistencia aquí, cuando allí todo está perdido; voy á capitular.

Y en este propósito bajó y envió al coronel Pallejas un ayudante manifestándole que estaban rendidos.

—Nadie hará fuego,—añadió,—puede entrar el señor coronel con la más absoluta confianza.

Pallejas recibió con agrado aquel mensaje que le evitaba hacer mayores destrozos que los ya conocidos.

Hizo adelantar una compañía que puso á las órdenes de su ayudante, y envió á éste para que recogiera las armas del Palomar, mientras él quedaba allí con el resto de las fuerzas, que algún descanso necesitaban.

Aquel ayudante era un joven oriental á quien el coronel Pallejas tenía especial cariño y estimación.

Lo tenía á su lado desde muy niño, y acariciaba la esperanza de sacar de él un soldado de mérito y de brillo, pues su protegido tenía sobresalientes condiciones.

Así el coronel Pallejas lo envió á desarmar al enemigo rendido, y mandó poner entretanto á sus tropas las armas en pabellón.

*
* *

Apenas el joven ayudante había disminuido el frente de su compañía y entrado al Palomar con la mayor confianza, cuando se sintió una descarga tremenda.

No había tenido tiempo Pallejas de volver de su sor-

presa, cuando se siente el trueno de una segunda descarga y su ayudante cae acribillado á balazos.

La infantería del patio hacía fuego de la manera mas villana.

Solo dos de los soldados enviados al desarme estaban en pie: los demás yacian sobre un inmenso charco de sangre.

Pallejas sintió que la cólera le ganaba ante villanía tan cobarde, formó inmediatamente sus tropas, y se lanzó sobre el Palomar con una soberbia carga á la bayoneta.

Las infanterías del patio no pudieron resistir el empuje de aquellas tropas y huyeron en todas direcciones arrojando las armas.

Oficiales y soldados penetran por todas partes, matando y destruyendo para saciar la sed de venganza que los anima.

Y allí en la pieza del centro está de pie, con su balija, el joven poeta Cuenca, mirando espantado aquella carnicería que no se puede explicar.

Cuenca viste el uniforme de los oficiales de Rosas, que es el que corresponde á los cirujanos del ejército, y por tal lo toman aquellos hombres que no se cansan de matar.

Y el joven poeta es acometido á tiros, á bayonetazos y á puñaladas.

Quiere defenderse, opone como coraza su débil y pobre balija.

Pero de qué le puede ella servir contra un grupo de hombres enfurecidos que quieren matarlo á toda costa?

Pronto cae acribillado por toda clase de heridas, en un suelo enrojecido y lleno de cadáveres.

Y aquellos hombres pasan sobre su cuerpo inanimado, no sin haberse antes apoderado de la balija, creyendo que tal vez fuera dinero.

Poco después en el Palomar reinaba el más completo silencio : el silencio de la muerte.

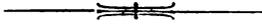
★
* *

Al otro día el coronel Pallejas recogía de manos de sus

soldados la famosa balija, imponiéndose por ella, con profunda pena, que el inspirado poeta había muerto víctima de un error.

Lo habtan tomado sin duda por un oficial de Rosas.

Y esta balija arrancada á las manos de su cadáver, fué la que sirvió para imprimir el volumen de sus más bellos versos, únicas poestas que de él se conocen.



EL CORONEL MUZLERA

Desde el suceso de Las Flores, del año 74, los que no lo conocen ni tienen idea de sus servicios á la causa de la libertad, han dado en llamar *flojo* al coronel Liborio Muzlera.

Los que no tienen idea de lo que es un campo de batalla ni el acto más simple del servicio militar, repitieron, sin darse cuenta de lo que decían, que Muzlera era *flojo*, y por flojo ha ido pasando sin que los mismos que lo repetían pudieran darse cuenta del dicho.

¿Cuál era el hecho en que se fundaba este rumor vergonzoso é infamante?

Un suceso muy común en nuestras guerras civiles, suceso de que tantas veces fueron víctimas el General Hornos y el coronel Machado mismo, sin que nadie se atreviera jamás á decir que estos dos jefes eran flojos.

El coronel Muzlera es enviado á Las Flores, acompañado de Guardias Nacionales arrebatados á sus hogares, que no tenían ninguna simpatía por la causa que iban á defender.

Aquellos pelotones de hombres mal armados, sin idea de lo que es el servicio, sin organizacion y forzados por el temor á un castigo duro, fueron á órdenes del jefe que debía sostener al pueblo impidiendo el paso al ejército del noble Rivas, compuesto de fuerzas superiores en número y calidad.

Muzlera, habituado á obedecer y sin preocuparse de lo descabellado de aquella comision, ocupa Las Flores y empieza á organizar aquella masa de hombres más dispuesta á la huida que á la pelea.

Apenas trata de dividir aquellos hombres por cuerpos, cuando se presenta el enemigo con dos fuertes guerrillas de soldados de línea desplegadas á su frente.

Los reclutas no esperan más y se desbandan en todas direcciones, abandonando al coronel Muzlera.

Este se encuentra solo, abandonado hasta de los compañeros que debían haberlo sostenido, piensa que aún podrá ser útil á su Gobierno, y se retira para no ser hecho prisionero.

Este es el hecho desnudo por el que se ha clasificado de flojo al coronel Muzlera.

Otra cosa muy distinta dicen los antecedentes militares de este jefe, digno de mayor respeto y consideración, y que nosotros queremos diseñar hoy, en cumplimiento de la misión que nos hemos impuesto, haciendo conocer al pueblo sus más leales soldados.

*
* *

El coronel Muzlera es un salvaje unitario de raza.

Todos los Muzlera lo fueron, regando con su sangre los campos de batalla donde se luchó por la libertad.

Cuando la sociedad argentina se encontraba gimiendo bajo el puñal de la mazorca, los hermanos Muzlera emigraron y fueron á ofrecer sus servicios y su sangre á la causa de la libertad, bajo las banderas del brillante General Lavalle.

Ambos empezaron á servir en el Regimiento *Auxiliares de los Andes*, que fué la base gloriosa en que se organizó el 4 de línea.

En el primer combate récio que tuvo la vanguardia de Lavalle, antes del Quebracho, fueron prisioneros el hermano del coronel Muzlera y un joven Cabanillas, cuya bravura era proverbial.

El comandante Algañaraz, sin ningún miramiento y reducido solo á la pasión de ensangrentarse, como todos los jefes federales, hace lancear á aquellos dos jóvenes y remitir sus cabezas á Buenos Aires.

Liborio Muzlera, solo desde entonces, con su pesar y su amor á la patria por únicos compañeros, sigue combatiendo bajo las banderas de Lavalle, sin descansar un día, llamando la atención del General mismo, por su bravura y actividad pasmosa.

Era él á quien se le confiaban las más difíciles comisiones y el más pesado servicio de vanguardia.

El General Paz, el rígido y puro General Paz, que estimaba en lo que valían sus leales oficiales, vengó más tarde el asesinato de Muzlera y Cabanillas, haciendo juzgar á Algañaraz, que fué pasado por las armas.

Liborio Muzlera, ya bajo las banderas de Lavalle, ya bajo las de Paz, siguió batiéndose contra la tiranía de Rosas.

*
* *

En el sitio del 52, cuando Buenos Aires se batía diariamente, con la proverbial heroicidad de sus hijos, el mayor Liborio Muzlera, al Sud de la ciudad y al frente de cien hombres, se batía con las avanzadas enemigas con una bizarría estupenda.

Con su gente á pie ó á caballo, descalza ó calzada, en grupos ó en guerrillas, Muzlera combatía diariamente, siempre rechazando al enemigo, y haciéndole dejar dos, cuatro ó mas prisioneros.

Él se había hecho la figura más lucida de la plaza, al extremo de que, sabiendo que era imposible que pasase un día sin batirse, los grupos de jóvenes venían á la Concepcion, á verlo pelear de á pie, ó cargar sable en mano, ó arrollar cuanto se le ponía por delante.

Alegre y sonriente siempre, se le veía de pie y pronto en todos los momentos de angustia, al extremo de que nadie sabía á qué hora descansaba aquel joven extraordinario.

Muzlera no era un jefe de sus subalternos sinó en el momento de peligro, y cuando era necesario batirse récio.

Entonces se volvía rígido, y batiéndose á la par del más bravo, exigía que cada cual cumpliera con su deber de la manera más lucida que le fuese posible.

Fuera del combate, era el mejor amigo de su oficialidad y de su tropa misma, partiendo con ellos, así como partía el peligro, su único paquete de cigarros y su única cebadura de yerba.

El no reconocía más jerarquía militar, que la que se adquiere por el valor en el campo de batalla; así es que para mostrarse verdadero jefe de los suyos, siempre ocupaba el puesto de mayor peligro, tratando de ir siempre adelante del más bravo.

Así Muzlera se conquistó el profundo cariño de sus tropas, y el aprecio de cuantos conocían sus virtudes.

*
* *

Después del sitio del 53, Muzlera ha estado presente en todos los combates hasta Pavón, haciendo siempre una figura digna y respetable, y ganando sus galones uno á uno, con todo género de sacrificios y abnegación.

El General Hornos, que tenía un gran aprecio por las condiciones militares del coronel Muzlera, trataba de tenerlo siempre á su lado, porque según decía, era su brazo derecho.

Estando á las órdenes de Hornos el coronel Muzlera, comandante entonces, hizo una hazaña que basta ella sola para hacer la reputación de un jefe.

Antes de la batalla de Santa Rosa, en Entre-Ríos, el General Hornos debía hacer un desembarque en Gualaguay, y montar allí las numerosas caballerías que llevaba consigo, embarcadas en los buques de la escuadra.

Peró antes de desembarcar era necesario hacer un reconocimiento, y un reconocimiento sin caballería era imposible, porque aquello estaba lleno de fuerzas de aquella arma.

Hornos, sabiendo que el enemigo tenía reunidos en aquel punto más de seiscientos caballos, llama á Muzlera y le dice:

—¿Se anima, comandante, á ir con treinta hombres á tomar esa caballada y traerla para montar la división?

—Yo siempre me animo á cumplir las órdenes que se me dén,—respondió Muzlera.

—Entonces tome treinta hombres y trate de traer la caballada.

Muzlera elige treinta hombres, llevando cada uno un maneador y un freno, y se dirige al paraje donde estaban las caballadas.

Diez varas antes de llegar á ellas, Muzlera es atacado por una fuerza de cien hombres de caballería que lo acosa de todos modos.

Muzlera hace una especie de cuadro, acepta el combate, que sostiene más de cinco minutos como un verdadero león.

Él mismo se encuentra con el comandante de la fuerza, á quien logra matar después de un reñido choque en el que recibió algunas heridas de poca consideracion.

Muerto el jefe y varios soldados, se desbanda el resto de la tropa, no sin dejar en el campo ocho prisioneros.

Muzlera monta sus veinte y ocho hombres, pues habia tenido dos bajas en la refriega, y se apodera de la caballada, recorre el pueblo juntando más caballada, y dos horas después se presenta á Hornos con más de dos mil caballos, debiéndose á este hecho el triunfo de Santa Rosa.

*
* *

Durante la guerra del Paraguay, Muzlera combatió diariamente, siempre en la vanguardia, á órdenes del General Hornos, haciendo un rol lucidísimo.

Todo el ejército del Paraguay lo ha visto combatir y ha admirado su valor sereno y aquella pasmosa actividad.

Y si esto es ser flojo, vive Dios! que queremos serlo nosotros mismos.

Modesto y exageradamente humilde, el coronel Muzlera que tenía en su foja de servicios su mejor justificativo, no ha querido hacer uso nunca de ella, dejando el campo

libre á los que hablaban, ya que la prensa oficial lo abandonó con cobardía al encono de sus adversarios políticos.

Es que el coronel Muzlera no se ha ocupado nunca de sí mismo—ha cùmplido su deber de soldado y de patriota, contentándose con la satisfacción del deber cùmplido.

Muzlera fué hecho coronel en los campos del Paraguay, y nunca ascendió por antigüedad, sino por *méritos* y *servicios*.



EL PASO DE CUEBAS

Era el *25 de Mayo* la nave capitana de la escuadra argentina, que montaban aquellos dos lobos de mar, el Coronel Murature y el comandante Pi.

El *25 de Mayo* era un canasto miserable que amenazaba irse á pique todos los días.

Pero á su bordo iba Murature, y el solo ¡qué diablo! valía, por lo menos, tanto como una cañonera.

La oficialidad del *25 de Mayo* era digna oficialidad de aquellos jefes.

Allí estaban el teniente Obligado, que mandaba las cuatro piezas de popa, el teniente Monetta, que mandaba las dos piezas de 24 del centro, el teniente Lawry la de 32 de proa, y el teniente Correa las dos colisas del castillete de proa.

Allí estaba tambien el noble Pepe Murature, como capitán de mar, el teniente Cárlos Arzac y los guarda marinas Pi y Ferrer, hijo el primero del segundo comandante del *25 de Mayo*.

Tambien estaba Urtubey, y tal vez algun otro oficial que no recordamos en este momento.

Tal era la oficialidad del bravo *25 de Mayo*, aquel día memorable del *Paso de Cuebas*.

Esta era una especie de herradura donde se habian fortificado los paraguayos, y que era necesario pasar, á cuyo objeto se mandó la primera division naval que mandaba el comodoro Barroso, compuesta del *Amazonas*, la *Paranahiba*, el *25 de Mayo* y tres ó cuatro naves mas poderosas.

Esta division debía pasar por Cuebas, precisamente para cortar la comunicacion del ejército paraguayo, que de aquel paso estaba posesionado.

La escuadra marchó sin el menor inconveniente hasta llegar casi al frente del peligroso paso.

*
* *

Antes de llegar la division frente á la herradura, se desprendieron cinco ó seis canoas que pedían auxilio.

Eran paraguayos que hacían toda clase de señas para que se les escuchara.

El comodoro Barros mandó hacer alto á la division para recoger aquellos pasados, é informarse de lo que sucedía en tierra.

Según ellos dijeron, eran pasados, que querían subir á bordo de los buques con sus familias.

El comodoro dió orden que fueran alojados, pero resultó que éstos querían ir á buscar sus familias que estaban en tierra, porque no querían dejarlas entre los paraguayos.

Y como llamaban y exigían aquel amparo en nombre de la humanidad, el comodoro mandó formar los buques en línea de batalla y esperar el regreso de las canoas, aumentadas con muchas mas, segun dijeron.

La noche había cerrado, y como durante el día no se habían visto cañones ni nada que acusase una fortificacion seria, la division naval se creyó al abrigo de todo contra-tiempo.

Pasó la noche y empezó el día, notándose con sorpresa que en la herradura que formaba el paso de Cuebas, habían aparecido cuarenta cañones, sostenidos por una columna de seis mil hombres, mas ó menos.

Todo había sido una treta de los paraguayos para detener la escuadra durante la noche, y preparar lo necesario para evitarles el paso al siguiente día.

Se reunieron los jefes mas caracterizados en consejo para resolver lo que había de hacerse, siendo dos las opiniones que prevalecieron, adoptándose en el orden siguiente.

*
* *

En caso que hubiera agua bastante, la escuadra se dividiría en tres grupos: uno aguas arriba, que tomaría la punta de la herradura del otro lado; otro que se situaría aguas abajo, en la otra punta, y cruzando los fuegos con el primero; y el tercer grupo que atacaría por el frente.

Una vez que apagarán los fuegos de las baterías se acercarían á tierra, desembarcando las tropas, para tomar el punto.

Pero para practicar esta operacion, era necesario que hubiera por lo menos diez pies de agua.

En caso de no haber agua, lo mejor era pasar el paso á toda fuerza de máquina, y seguir aguas arriba hasta ponerse fuera de tiro.

La *Paranahiba* fué comisionada para ir á sondar el río y hacer desde el punto indeciso la señal de si había ó no agua suficiente.

La valiente cañonera deslizó su elegante quilla sobre las aguas, y bajo una lluvia de metrallas y cohetes á la congrève, practicó el sondaje del río.

No había el agua necesaria y su bravo comandante hizo la señal convenida.

El primer plan quedaba sin ejecucion por falta de agua, y no había mas remedio que adoptar el segundo.

La *Paranahiba* regresó bajo un infierno de fuego y balas de todo calibre, y se hizo formar la division para cruzar por delante de la fortaleza, uno tras otro, y á toda fuerza de máquina.

La marcha se rompió por fin y la division empezó á desfilarse por delante de aquel tremendo volcan en erupcion, que vomitaba cientos de metrallas.

*
* *

No se veía sobre cubierta mas que el baqueano y un oficial de guardia, pues la orden que se había dado era, que todo el mundo estuviese bajo de cubierta.

En el 25 de Mayo sucedía lo contrario: los 175 hombres que lo tripulaban estaban allí sobre cubierta, ocupando su puesto, segun lo había ordenado el coronel Murature.

Solo el médico y el boticario estaban abajo, aumentados con un sargento, cuya consigna era no permitir que ninguno bajara.

Al entrar bajo los fuegos de la fortificacion, Murature hizo responder con las colisas de proa, y se fué al timon.

—Comandante Pi!—gritó—¿no le parece que pongamos el buque á media fuerza para responder al fuego?

—Iba á pedir permiso á V. S. para hacerlo,—contestó el otro lobo, y mandó:—á media fuerza!

Las metrallas llovían sobre la cubierta, y el teniente Urtubey había recibido una herida que le inutilizó las dos piernas.

Cárlos Arzac ocupó el puesto de Urtubey, mientras éste era conducido abajo para ser curado.

—Cuarto de fuerza y ¡viva Buenos Aires!—gritó Murature, al tiempo que una metralla hacia volar por el aire el cuerpo de un timonel. Y aquella tripulacion valerosa empezó á hacer prodigios.

Una granada que estalló á los piés de Monetta, le llevó los dos artilleros que tenía á los costados, quedando él milagrosamente ileso, mientras el teniente Obligado hacia saltar de un tiro la bandera paraguaya que flameaba sobre la fortaleza.

El entusiasmo á bordo era indescriptible.

Pepe Murature ayudaba al coronel en el timon, porque el otro timonel acababa de saltar hecho pedazos.

*
* *

Las baterías de tierra eran dos: una colocada en la herradura, casi á flor de agua, y otra, la mas poderosa, sobre la barranca.

Era necesario ponerse al abrigo de esta última, porque sus disparos habían ya roto un tambor y arrancado un pedazo de la borda.

—Para estar al abrigo de esa batería, es preciso acercarse á tierra—gritó Murature, y empezó á recostarse en aquella direccion, de tal manera, que los prácticos temie-

ron fuera á varar. El fuego de fusileria era verdaderamente enloquecedor.

—Coronel!—gritó entonces Pí;—que le parece á usted: parar la máquina un poco, para ver las averías que tenemos?

Aquellos dos hombres eran verdaderamente rivales en bravura y en heroicidad.

—Alto la máquina!—gritó entonces Murature, y el *25 de Mayo* paró de golpe como si hubiera varado.

En aquel momento el guarda marina Pí recibió un metrallazo en el cuadril, y su compañero Ferrer saltaba partido por un cohete á la Congreve.

El comandante Pí mandó llevar á su hijo abajo, para que se le curara, y con los ojos nublados siguió apuntando él mismo las piezas de babor.

Era aquel un leon, en todo el sentido de la palabra, pero un leon que acallaba las heridas del alma para seguir combatiendo.

Sobre la cubierta del *25 de Mayo* se habían producido 31 bajas.

Aquel era el colmo de la heroicidad.

*
* *

Las naves brasileras que vieron parado así al *25 de Mayo*, aunque respondiendo al fuego, creyeron que estaba allí á consecuencia de las averías sufridas, y se envió nuevamente á la *Paranahiba*, para que lo remolcase y lo sacase de allí.

—No es necesario—respondió el coronel Murature, con una sonrisa de suprema felicidad;—todavía el buque obedece al timon y flamea sobre sus mástiles la bandera argentina y la insignia del almirante.

Y poniendo su buque á media fuerza, regresó á reunirse con el resto de la escuadra, satisfecho de la nueva gloria que orlaba á la bandera azul y blanca.

Solo el corazon del bravo comandante Pí quedaba de luto.

Sobre la cubierta del *25 de Mayo* habian caído unas treinta y dos granadas, veinte metralas, dos cohetes á la Congreve y unas tres mil balas de fusil.

Y el *25 de Mayo* se incorporó á la escuadra, ocupando alegremente su puesto.

Este fué el glorioso episodio del Paso de Cuebas, que todos conocían, pero no con tanta esactitud.



EL GENERAL RIVAS

Mis arreos son las armas
y mi descanso el pelear,
mi cama las duras peñas,
mi dormir siempre velar.

Infatigable y valiente soldado de la libertad!

Su espada estuvo siempre al servicio del pueblo y de las grandes causas, formando siempre en las filas de los que empuñaron las armas por la noble causa.

Rivas era un soldado benemérito y de una inteligencia clara y valiente.

Soldado por vocacion y por principios, habia abrazado la carrera de las armas desde sus mas tiernos años, dedicando á ella toda la sávia de su vida poderosa.

Su corazon grande y magnánimo, estaba abierto siempre para el soldado, en quien miró siempre un compañero de armas digno de toda consideracion y respeto.

Hombre de altura y de honradez moral incorruptible, fué siempre el eterno enemigo de las torturas bárbaras á que se ha sometido y se somete al soldado de línea, siendo él el primero que nizo oír su voz viril, en contra de las penas infamantes que degradan al hombre sin corregir al soldado.

Así su espada de subalterno no se alzó nunca sobre las espaldas de la tropa, que recuerda con amor y veneracion al digno General Rivas.

Rivas ha sido el único general hecho sobre el campo de batalla, sobre el mismo campo que acababa de ilustrar con su conducta y su bravura.

Era la voz del Presidente de la República y general en jefe del ejército, que recibió al valiente coronel, cubierto de sangre, con el grito de: ¡Viva el General Rivas!

Esto sucedía despues del heróico asalto de Curupaití, en el que Rivas jugó el rol principal.

En sus largos años de servicios, Rivas no ha reposado un momento estando en contínuo y activo servicio, siendo el que mas ha batallado por el honor y la civilización de la República Argentina.

No hay una sombra en su estensa foja de servicios, ni un leve cargo que hacer al soldado y al hombre honrado.

Honrado y puro, nadie ha tenido jamás que murmurar de él, lo que es un fenómeno entre nosotros, que hay la manía del *pero*, de ese pero fatal de que es muy difícil librarse.

El respeto de sus conciudadanos y sus compañeros de armas, es el mejor testimonio de su pureza, pureza que no intentó nunca enturbiar el vértigo de sus enemigos políticos.

*
* *

Los servicios del general Rivas datan del sitio de Montevideo, cuando apenas su corazon se abría á las emociones de la vida.

Despues de aquel sitio terrible y capaz por sí solo de abatir el espíritu del mas animoso, Rivas vino á Caseros con Borges, Arredondo y tantos otros.

Concluídos los sucesos de Caseros y ya oficial en el 2 de línea, Rivas estuvo presente en todo el sitio de Buenos Aires, asistiendo mas tarde á la batalla del Tala, bajo las órdenes del benemérito General Hornos.

Rivas era ya teniente coronel graduado, en el 2 de infantería.

Siendo jefe del 3 de línea, el comandante Rivas pasó á prestar sus servicios en la frontera Sud de Buenos Aires, á órdenes del General Hornos, primero, y de Don Emilio Mitre después.

Con su valiente 3 de infantería, el comandante Rivas asistió á todos los sangrientos encuentros que en los años 56 y 57 tuvieron lugar con los indios de Calfucurá, que muchas veces causaron á las tropas pérdidas de consideracion.

En todos estos encuentros y combates, el comandante Rivas hizo una distinguida figura, revelando sus magníficas condiciones militares y un valor verdaderamente asombroso.

El comandante Rivas marchó de la frontera Sud á proteger la frontera Oeste, amenazada por una gran invasion que mandaba Calfucurá.

A la aproximacion de la division de Rivas, los indios que conocian el jefe que se les venía encima, huyeron despavoridos, á pesar de los esfuerzos que por contenerlos hacia el célebre coronel Olivencio, edecan de Urquiza, que venia como consejero de Calfucurá.

Disipado el peligro por allí, regresa á la frontera Sud, donde recibe orden de incorporarse al ejército que marchaba á Cepeda.

Sitiado entonces el puesto *Cruz de Guerra*, por la misma invasion que habia hecho huir Rivas con su sola presencia, marcharon en la proteccion de ese puesto el coronel Diez y el coronel Gonzalez.

Este jefe logró penetrar, burlando á los sitiadores, al punto sitiado, dando á los indios un buen golpe, con el auxilio del comandante Rivas.

*
* *

Con una actividad asombrosa, Rivas á marchas forzadas se incorpora al ejército de Buenos Aires seis dias antes de la batalla de Cepeda.

Rivas, con una heroicidad y una inteligencia suprema, combate, á la izquierda, hasta arrollar la derecha enemiga que, impotente para contener á aquella bizarra infantería que la acosa y deshace, se repliega en la mas terrible derrota.

Rivas se corre entonces á proteger la izquierda que vacila, pero entonces el toque de retirada hace inútiles sus esfuerzos.

Despues de tomar parte en el célebre combate á bordo del *25 de Mayo* y pequeño sitio de Buenos Aires, Rivas marchó á pacificar la campaña de que se habian apoderado los señores federales.

En esta dificil comision que desempeñó con gran tino y acierto, llenando su cometido á entera satisfaccion del pueblo y de su gobierno.

Concluida su comision, regresó á la frontera Sud nuevamente, que reorganizó á fuerza de inteligencia y constancia.

No habia concluido este penoso trabajo, cuando amenazada nuevamente la soberania de Buenos Aires, llama sus hijos al servicio y reclama la brillante espada á Rivas.

Rivas concurre á Pavon, donde como en Cepeda, hace una de las figuras mas lindas y dignas.

Fueron las cargas de su brillante infantería las que iniciaron el triunfo que se siguió despues en toda la línea.

Concluidos los sucesos de Pavon, el coronel Rivas marcha al interior á contener el Chacho que se levantaba con un fuerte ejército, y hace esta nueva campaña que dá por resultado la paz con Peñaloza, despues de la cual vuelve de nuevo á hacerse cargo de la frontera Sud que estaba en completo estado de desorganizacion.

«Mi descanso el pelear»

Rivas trabaja de una manera incansable, combatiendo diariamente con los indios, que se habian habituado ya á traer sus invasiones al corazon del Azul y de Olavarría.

No habia concluido aún de reorganizar la frontera, cuando se declara la guerra del Paraguay, marchando Rivas en la primera division que llevó á Corrientes el general Paunero.

Con una constancia y abnegacion sublimes, asiste á todos los combates y á todas las batallas, hasta la célebre de Curupaití, cuyos episodios interesantísimos narramos en uno de nuestros cróquis militares.

El general Rivas habia recibido una grave herida en la mano derecha, herida que no le impidió seguir llevando al asalto sus bravos veteranos.

Cuando se presentó al brigadier Mitre para saludar en él al heróico ejército argentino, su poncho de brin blanco estaba rojo de sangre.

Fué entonces que Mitre saludó al coronel herido con el título del General.

En Corrientes, Yatay, Paso de la Patria, Uruguayana, 2 y 24 de Mayo, Curupaití, Boqueron, Lomas Valentinas, etcétera, el General Rivas ocupó siempre un puesto de peligro.

Terminada la guerra del Paraguay, el General Rivas vuelve á la frontera Sud de Buenos Aires, puesto que ocupó lucidamente hasta los sucesos del 74, en que, como siempre, la causa de la libertad y los principios lo contó entre sus leales.

*
* *

En 1872 tuvo lugar aquella célebre invasion y combate de San Carlos, al que concurrieron todas las fuerzas de la frontera Sud y Oeste de Buenos Aires.

La invasion se componia de unas 2,500 lanzas reunidas por Calfucurá, que asolaron aquellos partidos, llevándose un arreo de cien mil vacas.

Con una insolencia estupenda, Calfucurá esperó en San Carlos las fuerzas nacionales, dándoles la mas reñida batalla de que haya memoria en la guerra de los indios.

Rivas combatió como un héroe contra aquella indiada soberbia y embravecida.

Pero el soldado tenia que triunfar sobre el salvaje, y cuando el coronel Borges llegó en su auxilio, ya Rivas decidia la victoria.

Todas las haciendas fueron rescatadas, dejando los indios como quinientas lanzas entre muertos y cautivos.

Rivas fué uno de aquellos soldados nobles y dignos, cuyo nombre conservará la patria para ejemplo de sus hijos.



ALEJANDRO MURATURE

Con toda la inocencia de un niño, era un hombre capaz de afrontar las situaciones más difíciles de la vida.

En aquella alma bondadosa y brava, verdadera alma de marino, no cabía nada pequeño, nada mezquino.

Allí no se anidaba sino lo noble y lo grande, en todas sus manifestaciones poderosas.

Aquel bello gigante, sonreía con todo el candor de un niño y el soberbio semblante destacado de la magnífica barba rubia y crespa, era el reflejo más exacto de la bondad suprema de su corazón magnánimo.

Alejandro Murature era una justa esperanza de la patria y la felicidad de su hogar que parecía animarse al sonido de su voz melodiosa y abaritonada.

Puro como una niña, su pecho viril y generoso sabía siempre disculpar los errores y las miserias ajenas, teniendo siempre una palabra de perdón para responder á la ofensa.

Educado en una atmósfera de libertad, él había bebido é infiltrado en su corazón las ideas sanas de libertad y principios rígidos, que fueron siempre el norte de sus padres.

Su juventud se desarrolló durante la tiranía de Rosas, en épocas en que el *viejo Murature*, el glorioso viejo Murature, había puesto su sangre y su fortuna al servicio de la causa unitaria.

Así Alejandro, con el ejemplo de su heróico padre, incrustó en su corazón y su sangre aquellas ideas liberales á que sirvió hasta su muerte, y aquel sagrado amor á Buenos Aires que lo llevó á la tumba.

Destinado á la mar, Alejandro hizo su aprendizaje desde grumete en los barcos que hacían la travesía á Europa, de modo que de muy joven aun, era un marino de primera fuerza.

Conocía su arte á la perfeccion y hablaba el francés y el italiano como su idioma patrio.

Alejandro Murature había mandado ya buques de la marina mercante como capitán, cuando el Gobierno de Buenos Aires lo llamó al servicio de la Armada, con el grado de capitán de la marina de Buenos Aires, marina que ilustró con tantos hechos heroicos que referiremos mas adelante, el coronel Murature, su padre.

Estos son los rasgos prominentes de aquel carácter que hemos querido diseñar, al referir la tragedia de la muerte inesperada que le arrebató de pronto á la patria y á la familia.

*
* *

Durante los sucesos de Cepeda, el gobierno del doctor Alsina llamó al servicio á padre é hijo, dando al primero el mando de la escuadra, y al segundo el comando del vapor *Buenos Aires*, de que era jefe el teniente Moris.

Doña Luisa, cuya vida es tambien una mezcla de heroicidades y desventuras, miró con dolor la partida de aquellos dos pedazos de su corazón.

Pero ¿qué iba á hacer? la Patria necesitaba el esfuerzo de sus hijos mas leales, y los Murature eran la vida de la escuadra de Buenos Aires.

El coronel Murature, á bordo del *Pintos*, y Alejandro en el *Buenos Aires*, marcharon con rumbo al Paraná, en cuyo puerto debían situarse para mantener libre la comunicación con Buenos Aires. Al pasar por el Rosario, la escuadra y las baterías de Urquiza hicieron sobre los dos buques, un fuego infernal de artillería y fusilería.

El coronel Murature, de pie sobre la cubierta y los brazos cruzados sobre el pecho, miraba el fuego y las balas que picaban sobre el *Pintos* y el *Buenos Aires*, con aquella sonrisa de bondad suprema que le era característica.

El capitán Murature, también de pie sobre la cubierta de su buque, manda pedir permiso al almirante para contestar al fuego.

—Déjalos no más,—contesta el noble marino,—son hermanos los que te hacen fuego; no hagas hablar tus cañones.

Y los dos serenos, los dos magníficos y de pie sobre la cubierta de sus buques, pasaron el Rosario y fueron á fondear al Paraná, un par de cuadras uno de otro.

*
* *

A bordo del *Pintos* iba una compañía del 2 de línea, compuesta de veinte y cinco hombres á órdenes del sargento Ortega.

Estos veinte y cinco hombres eran otros tantos ladrones y asesinos sacados de las cárceles para remontar el ejército, que es hasta hoy una pena de galeotes.

Esta fuerza estaba descontenta con el comandante y el comisario del *Pintos*, que economizaban sobre sus raciones y los tenían con hambre.

Entonces como hoy, se hacía negocio entre algunos proveedores y comisarios, con perjuicio de la tropa, que era la directamente perjudicada.

Desde que el coronel Murature pisó la cubierta del *Pintos*, el sargento Ortega pidió permiso para hablar con él, pero calculando lo que podía decirle, le negaron el permiso cuantas veces lo pidió.

—No importa,—dijo el sargento, y desde aquel día empezó á trabajar á la tropa para sublevarse y matar al capitán y al comisario, que ya no podían soportar vida tan miserable.

Hecho el trabajo entre la tropa, ya el sargento Ortega no esperó más que el momento oportuno para hacer estallar el motín, y el momento deseado no tardó en venir.

*
* *

Alejandro Murature había venido á bordo del *Pintos* á comer con su padre querido y consultarle algunas medidas que pensaba adoptar á bordo del *Buenos Aires*.

Mientras comían, empezó á llover de una manera copiosa, y el coronel Murature rogó á su hijo que se quedara á dormir en el *Pintos* y mandara un guarda marina á llevar sus órdenes al *Buenos Aires*.

—Están dadas antes de venir,—respondió Alejandro,—me quedaré.

Y se preparó á dormir en la cámara del viejo.

El sub-teniente Carreras estaba de servicio hasta las cuatro de la mañana, hora en que debia ser relevado por el su-teniente Jorge.

Despues de comer, el almirante ordenó que á la mañana siguiente se hiciera ejercicio, á cuyo efecto debta hallarse la compañía formada sobre cubierta, con todo pronto.

El momento no podía ser mas oportuno para la venganza del sargento Ortega.

Cuando todos se retiraron á dormir, habló á su tropa, previniéndola que en cuanto les entregaran los cartuchos y fusiles para el ejercicio, se apoderarían de la cubierta del *Pintos* y matarían al comandante y al comisario, atando á los Murature si querían oponerse.

A las cuatro de la mañana entregaban al piquete sus fusiles y dos paquetes por hombre, para hacer el ejercicio, retirándose de la cubierta el sub-teniente Carreras para despertar á Jorge, que debía relevarlo.

Todo dormía á bordo del *Pintos* y del *Buenos Aires*.

Ortega habló á sus hombres y se apoderó de la cubierta del buque, donde no había mas que el marinero de guardia, y distribuyó su gente de manera á dominar todas las escotillas, con los fusiles apuntando á la entrada.

*
* *

Cuando llegó Jorge, el sargento le apuntó con su fusil, mandándolo volver abajo.

Vino Carreras en su auxilio, pero entonces no fué uno sino diez fusiles los que les apuntaron.

Los oficiales fueron á dar cuenta de lo que sucedía, mientras sobre cubierta se pedía la cabeza del capitán Susini.

Alejandro Murature fué el primero que estuvo en pié al saber lo que pasaba, y subió á sofocar el motín antes que despertara su padre y fuese á venir al peligro.

Alejandro asomó por la escotilla, y antes que Ortega pudiera hablar, estuvo sobre cubierta mandando bajar las armas.

—Abajo! capitan Murature!—gritó Ortega—no es con usted ni con su padre; queremos matar al capitan y al comisario.

—Abajo las armas!—gritó Alejandro con una energía suprema, y levantó su sable.

Diez fusiles se apuntaron sobre su pecho.

Alejandro desvió el fusil del soldado que tenía mas cerca, y tomándolo de la cintura, con sus brazos de Hércules, lo arrojó al agua.

Fué á hacer lo mismo con Ortega, y sonó una descarga terrible; todos los soldados habían hecho fuego, y Alejandro, el noble Alejandro, cae sobre cubierta acribillado á balazos.

En aquel mismo momento salía el coronel Murature y se presentaba sobre cubierta con una hacha de abordaje en la mano.

Siente la descarga, vé rodar á su querido Alejandro, á aquel hijo que amaba con toda su alma, y levanta su hacha descargándola sobre el soldado que tiene mas cerca.

Los soldados se ven perdidos, el leon no les perdonará la muerte del hijo y apuntan al coronel Murature.

Quiere éste avanzar blandiendo su hacha, pero resbala sobre la sangre generosa de su hijo, y cae sobre su cadáver, al mismo tiempo que suena la segunda descarga.

El coronel Murature, herido en el costado y en la cabeza, se vé prontamente oprimido y atado sobre el cadáver del hijo amado.

Tremendo momento, aun para un espíritu del temple heróico de aquél.

El alférez Jorge es herido tambien y los sublevados se hacen dueños del buque, hacen señas á tierra y entregan al Gobierno de Urquiza al almirante, al cadáver del hijo y al *Pintos*.

El *Buenos Aires* había sentido los tiros y el tumulto, y sin saber lo que sucedia al *Pintos*, corta amarras y se viene aguas abajo con la noticia de que los Murature se habían vendido y pasado alenemigo.

Horrible fué el efecto de aquella noticia en Buenos Aires.

—Es mentira;—decía el Gobernador Alsina;—no hay dinero para pagar al coronel Murature.

Doña Luisa, indignada de una manera imponente, se había trasladado á la casa de Gobierno, porque el doctor Velez daba crédito á la noticia.

—Habrá muerto Alejandro,—sollozaba la noble dama temblorosa de indignacion,—habrán despedazado á Murature, habrá volado el *Pintos*, pero los Murature no se pasan, y el que tal diga es un miserable calumniador.

Dos días despues llegaban á Buenos Aires los terribles detalles que hemos apuntado.

Los Murature habían crecido ante la admiracion de la Patria.



EL 24 DE MAYO

El 23 de Mayo á la noche, se había dado orden al general Arredondo, entonces coronel, para que al otro día practicase un reconocimiento sobre el campamento paraguayo, con su division, compuesta del 6 de línea, que mandaba Luis María Campos y el 3 que lo mandaba el valiente Fraga. Arredondo, soldado previsor y activísimo, no esperó al día siguiente para hacer sus preparativos, y desde que recibió la orden empezó á hacer todos los arreglos del caso.

Pasó revista á las tropas prolijamente, revistando en seguida los fusiles, los tiros y los correaes, de manera que ningun inconveniente viniera á interrumpirlo en su reconocimiento.

El 24 á la diana, tanto el 6 como el 3, estaban prontos para marchar á la primera orden, con sus fusiles en pabellon.

Siendo el general en jefe el que había de indicar el momento oportuno para la marcha, Arredondo esperaba tranquilamente en su carpa situada en el centro de su batallon, la espada sobre una especie de silla ó cajon que dragoneaba de tal, con los espolines ensartados en el cinturon.

El coronel Arredondo tenía la costumbre de mandar pedir á la artillería un oficial, para que desde el mangrullo que había al lado de su carpa, observara el campo enemigo.

Aquel día había tocado el servicio al porta Dónovan, que desde temprano estaba sobre el mangrullo.

Acababa Arredondo de mandar traer su caballo para que nada le faltase en el momento que recibiera la orden, cuando sintió á su derecha un fuerte cañoneo.

La derecha de Arredondo la ocupaba una division brasilera de artillería é infantería bastante numerosa.

Como un cañoneo era cosa que sucedía con harta frecuencia, para llamar la atencion, Arredondo no se inmutó por esto, limitándose á preguntar al porta Dónovan que era lo que sucedía.

—Es un cañoneo del lado de los brasileros,— contestó éste,— y parece que el fuego arrécia.

Arredondo hizo bajar entonces á Dónovan y subió él mismo al mangrullo á cerciorarse de lo que sucedía.

No había subido cuatro escalones, cuando vió una division paraguaya compuesta de unos cinco mil hombres, que venian cargando á toque de degüello.

Sin concluir de bajar los escalones que había subido, hace tocar generala con el tambor de órdenes que estaba al lado de su carpa, y salta sobre su espada.

Una division de cinco mil hombres de caballería avanzaba sobre su division á dos cuadras de distancia.

Felizmente, los batallones estaban prontos para entrar en combate, de modo que en un minuto estuvieron formados en columna.

El bizarro 6, á órdenes del brillante Luís Maria Campos, marchó en columna á la derecha, con distancias convenientes para poder formar cuadros, lo que tuvo que hacer á las pocas varas.

Los paraguayos cargaron con un ímpetu extraordinario, pero se estrellaron contra los fuegos y bayonetas del 6, en que un momento estuvieron encerrados tras una muralla de cadáveres y caballos, detrás de la cual fusilaba al enemigo que rechazaba, pero que se rehacía detrás de un montecito y volvía á la carga con mas ímpetu que nunca.

*
* *

El asistente no había tenido tiempo de llegar con el caballo, por cuya razon Arredondo andaba á pié, sin poder

prestar toda la atencion que requería aquel duro campo de batalla. De pronto cruza por allí Manuel Campos, ginete en un mancarroncito blanco.

Arredondo aprovecha aquella casualidad, y se apodera del mancarroncito de Manuel Campos, desde cuyo lomo de cuchilla puede dominar mas la sangrienta accion que allí se desenvuelve.

El 3 no había sido tan feliz como el 6; tal vez no habia sido tan bien dirigido.

Despues de formar el cuadro, abre una de sus caras para dejar entrar á unos soldados, y detrás de ellos se mete una compañía, un escuadron, y un regimiento luego, que empiezan á sablear á mansalva, eligiendo entre los jefes y la oficialidad.

Arredondo vuela al 6, que ha rechazado completamente al enemigo, y lo trae en auxilio del 3 que vacila por la muerte de la mayor parte de los oficiales.

El 6 carga con todo el empuje y brio de sus heróicos soldados, y salva los restos del 3, amenazados de perecer bajo el número brutal de aquel enemigo que los acosa de todos modos, á sable y lanza.

El 6 carga, siempre con Luís Maria Campos á la cabeza, y cinco minutos después, aquella caballería tan soberbia y brava, se retirá estenuada, dejando sobre el terreno un gran número de muertos.

En la division brasilera se battan heróicamente, pues habían sido sorprendidos y solo tuvieron tiempo de tomar sus fusiles, para servirse de ellos como maza de armas.

El combate se ha hecho general; por todas partes se pélea fragorosamente; la division oriental ha saltado en pelo y en calzoncillos, y se bate con bizzarria inimitable.

Solo los paraguayos van aflojando poco á poco, aterrados con el número de cadáveres que van dejando.

★
★ ★

Los paraguayos cargan con tal denuedo que vienen encima de los cuadros á elegir los oficiales en la punta de la lanza.

Hay un oficial paraguayo que busca con la punta de su lanza al coronel Arredondo, que está dentro del cuadro del 6 de línea.

Y aquel oficial se acerca hasta rozar con la punta de la lanza el pecho de Arredondo que se vé acosado de todos lados.

Un ayudante del coronel intenta descargar su revólver sobre el oficial paraguayo, pero el revólver no da fuego, y la lanza aquella sigue amenazando por sobre los soldados el pecho del coronel.

Entonces, un cabo le pone los puntos, y el oficial cae exánime con un balazo en la frente.

En toda la línea se combate de una manera heróica, pues el ejército paraguayo que ha invadido es de veinte y cinco mil hombres.

Cuando los paraguayos se retiran, han dejado allí 8,000 cadáveres.

El ejército aliado, despues de un combate espantoso, quedó por fin triunfante sobre aquel inmenso campo de batalla.



EL CORONEL MORALES

Pocos hombres tan patriotas y dignos como el coronel José María Morales.

Amó su patria sobre todas las cosas, y allí donde se luchó por la libertad y los principios, estuvo siempre á ofrecer el contingente de su sangre generosa, para sostener el imperio de las leyes.

Él, en el sitio de Montevideo, él, en el sitio de Buenos Aires, él, en Cepeda, en Pavon, en el Paraguay y en el Puente de Barracas, con una heroicidad rara y una fuerza de voluntad asombrosa, acompañó y condujo á sus tropas, y siempre bajo las banderas de Buenos Aires, fué un modelo de virtud cívica y militar.

El Coronel Morales es un raro ejemplo del soldado de la libertad.

Jamás ha claudicado un átomo en sus ideas, ni ha abandonado un momento el partido político en cuyas filas hizo el primer disparo y recibió la primera herida.

Valiente y sereno, ha acudido al peligro á ocupar el puesto que se le señalaba, y pasado el momento amargo, ha regresado á su casa, á ese hogar que ha formado el Coronel Morales con el austero ejemplo de su vida, sin desear mas recompensa que la sonrisa de su esposa y de sus hijos.

Ellos lo amaban sobre todas las cosas, y sus aspiraciones quedaban llenas con esto, puesto que ya tenía la conciencia del deber cumplido.

El 20 de Junio, un jefe que desconocía las condiciones del coronel Morales, quiso ponerlo á órdenes subalternas, á lo que no halló, por parte del noble Morales, la menor objecion.

—En todas partes se puede servir á la patria,—pensó;— á la cabeza de los soldados, ó uno de tantos entre sus filas.

Y marchó al Puente de Barracas con los batallones Mitre y Sosa, cuando el coronel Levalle traía su ataque mas impetuoso.

Y aquellos dos batallones que había formado en quince días, combatieron de una manera heroica, rechazando á un enemigo bravo y diez veces más poderoso.

Este es el coronel José María Morales.

*
* *

Morales era Senador por la Provincia de Buenos Aires, cuando el Senado quiso elevar al rango de generales á los coroneles que habían luchado por la integridad de la Provincia madre y por la libertad electoral de la República entera.

Contra la opinion del doctor Lastra y los mas ilustrados senadores, el coronel Morales combatió el proyecto que iba á elevarlo al rango de general, sosteniendo que el Senado no podía hacer la promocion, y que los sacrificios hechos no merecían tan grande recompensa.

El Senado, débil y cobarde hasta cierto punto, dejó prevalecer la delicada opinion de Morales, y éste como Arias, como Lagos, como los que habían sido el alma de la defensa heróica, no fueron promovidos á generales de la Provincia de Buenos Aires, por la que acababan de jugar hasta el pan de sus hijos.

El coronel Morales ganó su hogar, como siempre, descansó de todas sus fatigas, y buscó con verdadero ahinco y grandeza de alma el sustento de los suyos.

Este es el ciudadano José María Morales.

*
* *

El coronel Morales es el heredero de la gloriosa tradicion del antiguo batallon de Patricios, que se cubrió de gloria imperecedera, desde los combates de 1806 y 1807.

Los negros y mulatos cuya sangre generosa se ha mezclado á la nuestra en todas las batallas por la libertad, formaron el antiguo batallon de patricios, donde sirvió el mismo padre de Morales, formando mas tarde aquel batallon de leones que mandaba el heróico coronel Sosa, en cuyas filas gloriosas hizo su aprendizaje el coronel Morales.

Allí se formó luchando siempre y ascendiendo desde soldado hasta que llegó á reemplazar á Sosa.

Morales asistió á Cepeda y su batallon cargó á la bayoneta conducido por el mismo general Mitre.

Y es el mismo general Mitre quien nos ha dicho que aquella carga fué brillantísima, y es de su boca misma que hemos escuchado esta opinion, que trasmitimos complacidos al viejo soldado.

—El coronel Morales,—nos dijo,—es uno de los jefes más beneméritos y que más han servido á la patria.

Él se bate por la libertad desde criatura, y en la guerra del Paraguay fué de los primeros en marchar y de los últimos en retirarse.

*
* *

Morales combatió, efectivamente, en la guerra del Paraguay, tomando parte en todos los combates, desde el primero hasta el último.

Los batallones á él confiados, fueron siempre de la heróica y brillante guardia nacional de Buenos Aires, la misma de Pavon, del Paraguay, del Puente de Barracas y del 21 de Junio.

Y siempre fué ella la misma, bajo cuyo esfuerzo gigante se cubrieron de gloria las banderas de Buenos Aires.

Y á pesar de todos estos servicios tan largos y útiles á las libertades patrias, hemos sabido con asombro que Morales no es coronel del ejército de línea, sin duda porque jamás se acercó al poderoso á pedir la recompensa de sus sacrificios.

Concluida cada campaña, Morales se ha retirado siem-

pre al hogar; el pan de sus hijos lo ha buscado de todos modos, lo mismo trabajando de hojalatero, que ocupando una banca en la Legislatura de Buenos Aires, durante tres épocas diversas.

En la vida militar como en la civil y en la privada, el coronel Morales ha sido un modelo de virtudes, honrado y caballero hasta la exageración.

Él ha ocupado puestos públicos en los que ha podido lucrar, y sus amigos levantan hoy una suscripción para aliviar las amarguras materiales de una vida consagrada al bien y á la patria.

Si los gobiernos han olvidado sus servicios, ellos están grabados en el corazón del pueblo que lo ama y lo respeta.

Su nombre y sus virtudes serán un ejemplo para los que vienen detrás.



EL GENERAL RACEDO

Él dice siempre que no es mas que un soldado sencillo, fiel servidor de la patria. Su aspiracion la reduce á su bandera, á su familia, y á la provincia que está bajo su mando.

Otra cosa dicen su mirada, su palabra fácil y el lineamiento de su fisonomía entera.

Racedo es un hombre grueso, muy grueso, moreno, de ojos negros, vivos y penetrantes, y de cabello y barba color ébano.

Hay grosuras que acusan una pesadez de espíritu igual á la de las formas—son las canónicas; hay otras que, por el contrario, destacan en ellas la línea fina, aguda, de inteligencia de águila.

Esto es lo que sucede con Racedo.

Inútilmente se buscarán en él los labios gruesos, las narices dilatadas, la densidad de los rasgos carnosos.

Su boca es pequeña y fina, de labios delgados y de terminacion aguda, su nariz pequeña y aguileña corriendo en una línea firme, su frente despejada, y sus ojos penetrantes tienen la acentuacion del carácter inquebrantable y del pensamiento vasto.

Una espresion de bondad, hace el tono general y suave de la fisonomía; pero todo aquel alineamiento agudo, armónico en su espresion, revela un espíritu sutil y una claridad de observacion segura.

Conversa sencillamente, sin pretension de ningun género, pero poco á poco y segun el orden de ideas á que se viene, con la misma sencillez del principio, desarrolla su

poder intelectual y se muestra superior al campo de su observacion.

La sorpresa viene y se descubre en el soldado al hombre de estudios refinados, hasta el extremo de que una noche conversando de bellas letras, le hemos oido repetir un pasaje de la Biblia, otro de Shakespeare, otro de un autor clásico latino, de memoria y sin una sola falta.

La vida del campamento absorbe, y es necesario un verdadero amor por el saber para formarse en las cosas bellas y útiles ajenas á las armas.

Así hoy ha reformado en poco tiempo la provincia que hasta él no había sido sinó hacienda de sus capataces gobernadores.

Racedo, por su inteligencia, su carácter y su posicion, despues de haber sido una figura en el ejército, lo empieza á ser en el desenvolvimiento general del país.

*
* *

A los catorce años, cuando su corazon no había salido aun de la adolescencia, Eduardo Racedo ingresaba al batallon 2 de línea, el año 59.

Ya hemos hablado en otras siluetas, de este cuerpo distinguido, cuya brillante oficialidad la formaban Arredondo, Borges, Rosseti, etc.

Para distinguirse entre aquella oficialidad inteligente y brava, era preciso tener condiciones de inteligencia y de carácter, condiciones que debía tener Racedo, bien acusadas, cuando en aquel cuerpo y entre aquella oficialidad, pudo sobresalir y distinguirse hasta llegar al grado de capitán y comandante de compañía.

Jamás sufrió un arresto, ni dió lugar á que la menor sombra se proyektara sobre su nombre puro.

Es que Racedo, en todos sus actos, reflejaba la hidalguía de su corazon y el temple raro de su espíritu.

Tranquilo y comedido siempre, era respetado y querido de sus compañeros que veían en él una figura gloriosa para el porvenir.

Y así se fué formando, debido á su propio esfuerzo, hasta llegar á general, sin que una nube haya empañado sus largos y constantes servicios.

Así el general Racedo es una de las figuras mas puras y mas simpáticas del ejército.

Hablando un dia con el benemérito coronel Arias de nuestros hombres de espada, nos decía con aquella sonrisa fina y franca:

—Racedo es de los mejores soldados del ejército, porque á un valor sobresaliente, reúne una inteligencia verdaderamente militar.

*
* *

Iniciada la guerra del Paraguay, el capitán Racedo marchó en el 2 de línea, ya con el grado de sargento mayor.

Todo el ejército sabe que no se ha quemado un sólo cartucho en la guerra del Paraguay, sin la presencia del 2 de línea.

Racedo tomó parte en todas las batallas hasta el año 67, en que fué nombrado jefe del 12 de línea que mandaba el general Mansilla.

Sobresalir de valiente en el ejército argentino, es cosa por lo menos difícil, sinó imposible.

Sin embargo, Racedo, sin hacer en ello el menor mérito, llamaba sobre sí la atención de sus compañeros de armas.

En toda la campaña del Paraguay, y cuando el ánimo de los mas esforzados empezaba á desmayar, Racedo estaba tan satisfecho como el primer dia, y tan contento y ágil como en el primer combate.

El puesto de 2º jefe del batallón 2 de línea era codiciado por cuatro mayores, que tenían verdadero empeño en conseguirlo, y que viendo en Racedo un rival temible, empezaron á hostilizarlo de todos modos.

El mayor Racedo, habituado á vencer todo género de obstáculos, luchó al extremo de tener que batirse con sus cuatro rivales, para ocupar tranquilamente el puesto que

había conquistado á fuerza de labor y de constancia incansante.

Desde Corrientes hasta Curupaytí, y desde Curupaytí hasta la terminacion de la guerra, no faltó un solo dia á su puesto de honor y de sacrificio.

En la célebre y terrible sorpresa del 2 de Mayo, en que el general Flores montó descalzo á caballo despues de perder dentro de su propia carpa á su asistente, Racedo fué de los primeros que se presentó al fuego con su compañía perfectamente formada.

Sobre su noble pecho, figuran todas las condecoraciones de la guerra del Paraguay, y por Dios que han sido bien ganadas.

Al prendérselas en los días de grandes fiestas, el general Racedo debe sentir su corazon conmovido de justo orgullo, pues ellas representan todas sus penurias, sus miserias y sus peligros.

*
* *

Ya teniente coronel, y de los más bizarros, Racedo pasó á la frontera de Córdoba, mandando en jefe el 12 de línea, que mas tarde fué 10.

Y Racedo empezó á descollar en la guerra de los indios, como había descollado en la guerra regular.

Los jefes que vieron á este jóven militar que descollaba de aquella manera, y amenazaba sobreponérseles, empezaron á hacerle una guerra sorda y de recursos á la que al fin tendría que sucumbir.

Pero el carácter del comandante Racedo era de un temple magnífico, y capaz de resistir á todo golpe que se le dirigiera.

Por un caballo que se moría, por un soldado que se desertaba, por cualquier acontecimiento insignificante, se le mandaba instruir un sumario que, por lo menos, debía mortificar la altivez de su espíritu.

Comprendiendo donde iba el tiro, Racedo soportaba todo aquello con una resignacion suprema, y luchaba y lu-

chaba, en la seguridad de que el triunfo habia de ser suyo.

Y así sucedió: á pesar de todos los esfuerzos y de todos los sumarios, el general Racedo se mantuvo en su puesto, de donde no hubo un motivo razonable para arrancarlo.

Sus servicios en la frontera fueron de la mayor importancia, hasta que tuvo que dejarla para marchar á Entre-Ríos, donde su espada hacía mas falta.

*
* *

En las tres campañas de Entre-Ríos, Racedo hizo una figura lucida, aunque no pudo desarrollar todo su vuelo porque hasta entonces no había mandado en jefe.

Vuelto á las fronteras del interior, como jefe, fué Racedo el que sugirió al doctor Alsina la idea de avanzar las líneas mostrándole de una manera clara y precisa, que era necesario llevar el ataque á los indios, invadiéndoles las tolderías.

Este fué el gran plan de Adolfo Alsina, el gran caudillo autonomista, plan que llevó á cabo el general Roca, poderosamente secundado por el general Racedo.

El general Racedo posee una rapidez de concepcion asombrosa, y una audacia infinita para la ejecucion de sus concepciones.

Espíritu que nunca flaquea, no hay obstáculo que le arredre—él buscará pacientemente el lado vulnerable hasta hallarlo, y entonces cae como una tormenta que todo lo envuelve y avasalla.

Estas son las grandes condiciones de este soldado sencillo y bravo, inteligente y finamente ilustrado hoy, en todo aquello que puede irradiar alguna luz sobre el espíritu.

*
* *

En la campaña del 74, Racedo fué la gran columna donde se apoyó el general Roca.

La base de su ejército fueron las tres compañías del 10 de línea que mandaba Racedo, y su inteligencia el chispazo que iluminó la sorpresa de Santa Rosa.

—Arredondo es discípulo de Mitre y solo cuidará su frente—decía;—para vencerlo es preciso flanquearlo, movimiento que él no puede esperar.

Y el movimiento se hizo y fué el triunfo de Santa Rosa.

La honradez del general Racedo es proverbial: ahí está como prueba latente, la administración de los cuerpos que ha mandado.

El general Racedo está destinado á ser una de las mas lucidas figuras del ejército, porque es un hombre que lee, lee mucho, y comprende y aprecia los libros que estudia.

Su conducta como subalterno y superior, está revelada en este hecho palpitante por sí solo:

En su larga carrera él no ha servido mas que en dos cuerpos; en el 2 de línea hasta sargento mayor, y en el 10 hasta general.

Al hacer su pálida silueta, saludamos al digno y valiente soldado, con la simpatía á que es tan digno acreedor.



EL CORONEL MANUEL ROSSETI

Pocos, muy pocos jefes de las condiciones morales é intelectuales del coronel Rosseti, en el ejército argentino.

Táctico profundo, carácter noble y corazon valiente, el coronel Rosseti estaba llamado á ser uno de nuestros generales mas lucidos: tal vez el mas lucido de todos.

El coronel Rosseti, era un caballero en toda la estension de la palabra;—pertenecía á la escuela de los Borges; los Lagos, los Arias, que no han tenido mas norte ni mas guia que el cumplimiento del deber, con toda la brillantez posible.

Bueno y generoso, en aquellos tiempos en que el soldado era tratado con un rigor inhumano, jamás su espada se levantó contra el débil, ni su palabra contra el subalterno.

Suave y breve, se imponía por la superioridad de su personalidad moral, que se levantaba á un nivel poco comun.

El soldado hallaba en él siempre á un amigo, pero á un amigo magnánimo, que se daba cuenta de las flaquezas humanas y disculpaba aquellas debilidades tan frecuente en el soldado, para quién rara vez hay compasion y justicia.

Rosseti, nunca trataba de ir mas allá de las órdenes recibidas, pero jamás dejaba lo mas mínimo que desear en su cumplimiento.

Lo mismo marchaba impasible sobre el enemigo, sin mirar su número ni sus ventajas, que se mantenía en su puesto, sin preocuparse de la cantidad de balas que pudiera llover sobre ellos.

En el fuego á pié firme, ó en las retiradas al paso y dando frente al enemigo, Rosseti era un oficial inglés: impassible, impassible y sereno, no hubiera cedido un ápice, ni hubiera acelerado su paso, si para ello no recibía una orden terminante.

En el ataque era impetuoso y bravío, pero siempre dentro del límite de las órdenes recibidas—entonces dejaba de ser soldado inglés, para ser soldado argentino.

Su tipo físico era atrayente y fuertemente simpático.

Su fisonomía de águila, espresaba toda su inteligencia y toda la hidalguía de su espíritu.

Y allá, en el fondo de su mirada dulce y mansa, brillaba toda la bondad de su carácter caballeresco.

Era un buen mozo, en toda la estension de la palabra, que, vestido á estricto rigor de ordenanza, como andaba siempre, tenía todo el exterior de un oficial francés.

Rosseti tenía pasión, verdadera pasión por la carrera militar, al extremo de renunciar por ella á un enlace ventajoso.

*
* *

De novio con una de las niñas mas bellas y distinguidas de la sociedad de Córdoba, el coronel Rosseti miraba aquel enlace como la suprema felicidad de su vida.

Amaba inmensamente á su jóven prometida, con todo el reposo y conviccion de que era susceptible.

Rosseti, que no había economizado sacrificio por brillar en su carrera, conquistando todos sus ascensos por el esfuerzo de su espada, ofrecía á la novia como uno de sus mejores presentes, su foja de servicios, bella y gloriosa.

Pero en los últimos dias y cuando se hacían los últimos preparativos, la novia y la familia exigieron de Rosseti un sacrificio que éste no se sentía con fuerzas bastantes para consumir: el abandono de su carrera.

Para casarse, necesitaba pedir su baja y completa separacion del cuerpo donde se había formado y crecido, y del ejército mismo.

Rosseti miró á su corazon y no se sintió con fuerzas para el sacrificio: sofocó en él el amor inmenso que atesoraba y marchó al Paraguay.

Hace muy pocos dias que narramos el interesante episodio de su muerte.

*
* *

El cariño de sus soldados por aquel jefe escepcional, está pintado en dos hechos elocuentes.

Cuando se declaró la guerra del Paraguay, Rosseti estaba en la frontera Oeste, con el batallon de su mando, el 1º de línea, donde recibió órden de ponerse en marcha inmediatamente.

Rosseti montó á caballo su batallon y á trote y galope se vino hasta Mercedes, que era la última estacion del ferrocarril, donde llegó con sus 320 plazas; no había desertado un solo soldado.

Algunos que andaban con licencia en el Azul, al saber que el cuerpo marchaba, vinieron inmediatamente á buscar su incorporacion.

Cuando cayó herido de muerte al pié de las trincheras de Curupaytí, sus soldados lo alzaron en una manta para sacarlo del campo de batalla.

Dos veces las balas y cohetes á la congrève, dieron muerte á los soldados que llevaban la manta. Pero otros ocuparon el puesto inmediatamente, hasta sacarlo del campo de batalla.

Y se hubieran renovado abnegadamente en el cumplimiento de aquel deber último, hasta haber perecido todos, antes que abandonar el cuerpo exámine del jefe querido.

*
* *

El coronel Rossetti empezó á servir en el 1º de línea desde 1852, durante el sitio.

Hizo todas las campañas contra los indios que se iniciaron mas tarde; campañas penosas, en que se puso á

prueba verdaderamente la constancia y valor de nuestros batallones.

En seguida marchó á Cepeda y Pavon, siendo el 1° de infantería uno de los cuerpos que hizo mejor figura, lo que es mucho decir, sobre todo, en esta última batalla, en que los esfuerzos bizarros de la Guardia Nacional de Buenos Aires llegaron á oscurecer á la misma tropa de línea, que se batía de una manera heroica.

Siempre en servicio activo, Rosseti no había sufrido un solo arresto, en su penosa vida de oficial, ni había recibido una sola amonestacion de sus superiores.

Sin embargo, hasta Pavon, no tuvo ocasion de lucirse ni de hacer una figura sobresaliente.

Era necesaria una guerra como la del Paraguay, para que el espíritu de aquel hombre extraordinario se desarrollara y se presentara á su verdadero nivel.

Sus mismos compañeros de armas iban á sorprenderse, porque no tenían idea de lo que era el coronel Rosseti.

Los episodios brillantes, empezaron entonces á repetirse en cada combate, en cada batalla, llenando de asombro á todo el ejército.

Tres episodios de estos se han hecho generales en todo el ejército, siendo uno de ellos el asalto de Corrientes.

Allí, por orden de su jefe, el 1° de línea saltó á tierra sin disparar un solo tiro, y á pesar de la granizada de balas que recibía, avanzó impasiblemente á la bayoneta, arrojando y barriendo cuanto se oponía á su paso.

Aquella marcha á la bayoneta, fué la admiracion de todos.

*
* *

En el campamento de Tuyucué, había un montecito que separaba los dos ejércitos.

Esta especie de campo neutral donde ambos colocaban sus guardias, era el teatro de un combate diario entre las avanzadas de ambos ejércitos.

Allí se turnaban centinelas de uno y de otro, y en cada combate de aquellos, se perdía un buen número de soldados, que al fin de la semana sumaban una cantidad dura.

Una mañana el General Rivas hizo presente al General Mitre que era preciso ocupar aquel montecito, aunque fuera necesario hacer un sacrificio que ahorrara los que se hacían estéril y diariamente.

Autorizado por el General Mitre, Rivas envió á Rosseti con el 1° de línea.

—Ocúpelo y permanezca allí, — fué la orden que le dió.

Rosseti marchó, y á vista del ejército, empezó á tirotearse con los paraguayos.

Estos mandaron refuerzos y el 1° de línea se vió pronto envuelto por una gruesa columna de infantería.

Rosseti peleaba como un héroe, pero el enemigo era diez veces superior, y el 1° veía caer sus mejores plazas.

El General Rivas mandó entonces ordenar á Rosseti que se retirase al paso.

Rosseti obedeció la orden y empezó á retirarse paso á paso.

Pero el enemigo lo acosaba por todas partes y las compañías desorganizadas, se retiraban en completo desorden, lo que desesperaba al coronel Rosseti.

El General Rivas, tuvo una corazonada del momento, y mandó ordenar á Rosseti que cargara y ocupara la posición.

Asimismo, con el batallón en desorganización completa, Rosseti lo hizo cargar á la bayoneta, arrolló al enemigo triunfante y ocupó el montecito.

Aquel hecho heroico arrancó un bravo unánime á todo el ejército.

*
* * *

En el Boqueron, hubo un episodio mas lucido todavía.

El coronel Rosseti peleaba con un número superior de fuerzas.

Estenuado y rendido, con sus filas diezmadas, el 1° empezó á ceder, se hizo un peloton, y se negó á obedecer la voz del gefe.

Este, entonces, arrancándose las presillas se puso delante de la tropa, y arrojándoselas á la cara les gritó:

—Cobardes! ahí están las presillas que he ganado en el primero de línea! paso, cobardes, para morir solo!

El batallon reaccionó, dió media vuelta, y aquel fué el dia que combatió con mas lucidez.

Desde Corrientes hasta Curupaytí, en que cayó heroicamente, Rosseti asistió á todos los combates y á todas las batallas, sin haber pasado una sola vez, parte de enfermo.

Paso y honor, pues, á la memoria del heroico coronel Rosseti!



AMOR DE LEONA

Nada mas espléndido que aquella noche de luna, en que el aire á penas movía las hojas de sierra de las cortaderas.

Aquel pequeño destacamento compuesto de quince hombres marchaba tranquilamente á relevar la guarnicion del fortin Vanguardia.

En el destacamento iba el cabo Ledesma, acompañado como siempre de su anciana madre, el sargento 1° Cármen Ledesma, que no lo desamparaba un momento.

Mama Cármen, como se la llamaba en el Regimiento 2, no tenía sobre la tierra más vinculo que el cabo Ledesma, su último hijo vivo, y en él habia reconcentrado el amor de los otros 15, muertos todos en la filas del Regimiento.

Y era curioso ver como aquel gigante de ébano, respetaba á *mama Cármen*, en su doble autoridad de madre y de sargento.

En sus momentos de mayor irritacion y cuando era difícil contenerlo, un solo grito del sargento Cármen lo hacía humillar como una criatura.

Aquellos dos seres se amaban con idolatría profunda: ella dividía su vida entre el servicio y el hijo, y él no tenía mayor encanto que las horas tranquilas que pasaba en el toldo de la madre.

*
* *

En aquella marcha, como siempre, el sargento iba al lado del cabo Ledesma, acariciándolo y alcanzándole un mate que se baba de á caballo, á cuyo efecto no saltaba nunca al mancarron sin llevar la paba de agua caliente.

Todo estaba tranquilo y el piquete marchaba fiado en aquella tranquilidad del campo que indica no haber gente en las cercanías.

Al bajar un médano de los muchos que hay por aquellos parajes, se sintió un inmenso alarido, y el piquete se vió envuelto por un grupo de mas de cien indios, que sin dar tiempo á nada, cargaron sobre los soldados con salvaje brio.

Acababan de caer en una emboscada hábilmente tendida.

Soldados viejos y aguerridos, pronto volvieron del primer asombro, y bajo las puntas de las lanzas que evitaban como podían, obedecieron la voz del oficial, que les mandaba echar pie á tierra y cargar las carabinas.

El momento era solemne; casi todos los soldados habían sido heridos mas ó menos levemente, cuando sonaron los primeros tiros.

El piquete había formado un grupo compacto en disposicion de poder atender á todos lados, y hacia un fuego graneado que algo contuvo en el principio á los indios. Pero comprendiendo que esto era su pérdida irremisible, mientras mas tiempo se sostuvieran los soldados, cargaron con terrible violencia.

Un grito inmenso se escuchó á la derecha del grupo, grito terriblemente conmovedor que acusaba la desesperacion del que lo había lanzado.

Era mama Cármen, á cuyo lado acababan de dar dos lanzasos de muerte á su hijo Angel.

La negra arrancó á su hijo el cuchillo de la cintura, y como una leona saltó sobre los indios, á uno de los cuales había agarrado la lanza.

Este desató de su cintura las boleadoras y cargó sobre la negra, á golpe seguro.

*
* *

Aquella lucha fué corta y tremenda.

La negra, huyendo la cabeza á la bola del indio, se

había resbalado por la lanza hasta tenerlo al alcance de la mano.

Entonces le había saltado al cuello, sin darle tiempo á usar de la bola.

El salvaje se habia abrazado de la negra y había soltado lanza y bolas, para buscar en la cintura el cuchillo, arma mas positiva para el momento apurado de la lucha cuerpo á cuerpo.

Se puede decir que indios y cristianos dejaron de luchar un momento, embargados por aquel espectáculo tremendo.

Indio y negra, formando un solo cuerpo que se debatía en contorsiones desesperadas, habían rodado al suelo.

Ambos se buscaban el corazon.

A los pocos segundos se escuchó algo como un rugido y se vió á la negra desprenderse del grupo y ponerse en pié, mientras el indio quedaba en el suelo, perfectamente inmóvil—el puñal de la negra le había partido el corazon.

Mama Cármen volvió al lado del cabo Ledesma que agonizaba.

El fuego continuó unos minutos mas, causando á los indios algunas bajas, que los hicieron retirar abandonando la empresa de cautivar al piquete.

Toda persecucion era imposible, pues el piquete tenía cuatro heridos graves, y el cabo Ledesma, que espiró pocos minutos despues sobre el regazo de mama Cármen.

La pobre negra miró á su hijo con un amor infinito, le cerró los ojos, y sin decir una palabra lo acomodó sobre el caballo, ayudada por dos soldados.

En seguida, y siempre en su terrible silencio, se acercó al indio que ella había muerto, y con tranquilidad aparente le cortó la cabeza, que ató á la cola del caballo donde estaba atravesado su hijo.

E incorporándose al piquete, regresó al campamento con su triste carga y su sangriento trofeo.

A la siguiente noche y á la derecha del campamento, se veía una mujer que, sable al hombre, paseaba en un espacio de dos varas cuadradas.

Era el sargento Cármen Ledesma, que hacía la guardia de honor al cabo Angel Ledesma, enterrado allí.



JOSÉ MIGUEL ARREDONDO

He aquí una de las bravas y bizarras figuras del ejército argentino.

Su foja de servicios se puede reasumir de esta manera:

Desde el año 1852 no se ha disparado un solo tiro, en la República Argentina, sin que él haya estado presente.

Arredondo en su aspecto general, es siempre un arma desnuda.

En sus ojos penetrantes y de astucia suprema, hay mucho del brillo del acero, como hay mucho de acero, en toda la espresion de su fisonomía inteligente, donde ondula con frecuencia algo de águila, que viene á completar el interés atrayente que inspira.

Arredondo es un militar de una actividad vertiginosa y de una audacia infinita.

Su valor es frío y sereno: un cañonazo disparado á su oído no haría mas efecto que el canto de un mosquito.

Su pequeña talla crece y se agiganta en el combate, hasta dominarlo todo y hacerse notar entre todos los demás.

Militar de principios y de escuela, luce siempre en un campo de batalla por su táctica inimitable, de que es una prueba saltante y heróica la batalla de San Ignacio, lo que no impide que en las guerras de recursos y de montoneras, sea el General mas competente que haya tenido el ejército.

Sus largas é interesantes campañas contra el Chacho, Saá y Varela, han constatado sobradamente esa verdad.

Y si esto no fuera bastante, ahí está su campaña del 74, en que habiendo salido de Buenos Aires solo, sin recur-

sos y sin mandò, pocos días despues formaba el ejército que trajo á Santa Rosa.

Arredondo puso sitio á la ciudad de Córdoba, con seis armones de cañon, mandando decir al Gobierno que si no se sometia bombardearía las iglesias.

Y Córdoba se entregó con sus batallones de Guardia Nacional que desarmó Arredondo, licenciando la tropa, pero llevándose los fusiles para armar con ellos á soldados que merecieran mas su confianza.

Cuando en Córdoba se apercibieron que se habían rendido ante cuatro armones inofensivos, ya era demasiado tarde y los batallones de Guardia Nacional estaban desarmados.

*
* *

La actividad de Arredondo en campaña es incalculable, siendo igual la actividad del cuerpo á la del espíritu.

Para él no hay trance difícil, ni distancia larga; su cuerpo de fierro es hecho á prueba de la mayor fatiga.

Es capaz de andar un mes á caballo, sin bajarse ni aún para dormir, operacion que hace tan plácidamente como en su propia cama.

En su larga foja de servicios no hay una sola sombra —en la frontera como en el campo de batalla, con los indios como contra los paraguayos ó los montoneros, su espíritu incansable ha sido el mismo é igual en constancia y empeño.

A pesar de haber estado en todas las batallas, desde Caseros hasta Santa Rosa, Arredondo no ha sido herido mas que una sola vez: en la Rioja contra los montoneros, y de una manera feliz.

Había destacado al coronel Julio Campos quedándose solo con dos compañías de línea, cuando fué atacado por ochocientos montoneros, que se le vinieron á son de carga.

Arredondo empezó á tirotearlos en guerrilla, y al dar vuelta á la derecha para mirar á un soldado que se enco-

gía, recibió una bala que le atravesó el brazo izquierdo partiéndole el cúbito; á haber estado de frente, la hubiera recibido en el centro del corazon.

Aquella herida bárbara lo aturdió en el primer momento, pero habiendo retrocedido los montoneros, se retiró á su alojamiento, situado en la misma plaza de la Rioja, donde el distinguido doctor Alvarez lo curó y vendó prolijamente.

Calculando que al saber que estaba herido lo asaltarían los montoneros, hizo fosear las dos esquinas, dejando sus dos compañías frente á la casa.

Como lo había calculado, poco antes de amanecer los montoneros le trajeron un ataque vigoroso, ante el cual la escasa tropa empezó á vacilar y á retroceder.

Arredondo tomó entonces su revólver, y vacilante y débil salió hasta la puerta.

Al ver los soldados á su jefe pálido y ensangrentado, que los miraba con su mayor desprecio, reaccionaron con tanto vigor, que pocos momentos despues los montoneros se retiraban dejando la plaza llena de cadáveres.

Esta es la única herida que ha recibido Arredondo, á pesar de ser uno de los jefes que mas ha combatido.

*
* *

Arredondo en su físico es un cóndor—su cabeza sale de entre sus hombros cargados, con todo el vigor y brillo de su espresion aguda y valiente.

En su espíritu, es el Lagardere de nuestro ejército, que vivió encogido y empequeñeciéndose, hasta que pudo estirarse en toda la esbeltez y arrogancia de su talla.

A fuerza de constancia y de desvelos, fué pisando todos los ascensos, uno por uno, hasta llegar á ser el coronel y el General mas jóven del ejército.

Lleva ya trece á catorce años de general, y solo tiene cuarenta y ocho años.

Su brazo es hoy tan vigoroso como á los veinte años, y su espíritu agudo y fecundo parece que rejuveneciera á medida que pasan los años.

Siempre es en su aspecto, el mismo cóndor en actitud de volar.

Arredondo vino á Buenos Aires en la heróica division oriental á órdenes del coronel Lezica, para tomar parte en la batalla de Caseros.

No traía más contingente que las nobles aspiraciones de su corazon, y el valor soberbio y brillante de la raza oriental; contaba entonces solo 17 años.

Vuelto á Montevideo, regresó á tomar parte en el sitio, como el coronel Borges, siendo dado de alta en seguida en el batallon 2 de línea, cuya bandera nó se ha abatido jamás.

Fué en este batallon en que sirvió Arredondo hasta el grado de teniente coronel, donde empezó á distinguirse como oficial bravo y aventajado.

El 2 de línea contaba entonces con oficiales distinguidísimos como Borges, el hoy general Racedo, Zavalla y otros.

Y Arredondo se hizo siempre notable entre todos, por sus dotes poco comunes de inteligencia, sagacidad y carácter.

Con el 2 de infantería hizo aquella terrible campaña que dirigió Hornos hasta Tapalqué.

En Tapalqué fueron atacados y batidos por mas de mil indios, que los obligaron á dar vuelta y guarecerse á espaldas del 2, que con la compañía del capitán Arredondo oponía á los indios una barrera insalvable.

En este combate, el mas duro que se haya tenido con los indios, el ejército de línea perdió mas de doscientos hombres.

Pocos dias despues, estos mismos indios, á órdenes de Calfucurá y Catriel, llegaron á San Benito, dieron de bolazos al cura y ocuparon el pueblo.

La division del ejército volvió á ser batida, perdiendo mas de cien hombres.

Como en el combate anterior, el dos de línea y la compañía del capitán Arredondo, fué la salvacion del ejército.

Cuando la campaña de Pavon, el comandante Arredondo fué comisionado para formar el 6 de línea con los presos de San Nicolás por plantel.

Y Arredondo, no solo formó un batallon de primer, órden, sino que educó oficiales que, como Luis María y Julio Campos, Arias, etc., fueron despues la gloria del soberbio 6 de línea.

Despues de Pavon, Arredondo pasó á Córdoba como Jefe de Estado Mayor del coronel Marcos Paz, pasando en seguida á la Rioja en persecucion del Chacho, en su primer revolucion, quedando luego como Jefe de Fronteras del Interior, donde prestó grandes servicios.

Cuando se inició la campaña del Paraguay, Arredondo marchó con las fuerzas que tenía en la frontera.

Desde el primer combate, hasta el desastre de Curupaytí, Arredondo se ha encontrado en todos ellos, haciendo siempre una figura notable y mandando siempre en jefe.

Sublevados en el interior el Chacho, Juan Saá y Felipe Varela, como el jefe de mayor confianza, fué enviado el Coronel Arredondo en proteccion del General Paunero que andaba bastante apurado.

Paunero desprendió á Arredondo con ochocientos hombres, para que picara la retaguardia á Saá, pero Arredondo se encontró con el grueso de la montonera, y dió la brillante batalla en San Ignacio, concluyendo con la montonera.

De esta batalla en que tan magnífica figura hicieron Arredondo y el 6 de línea, nos hemos ocupado detenidamente en nuestra obra *Juan Sin Patria*.

Despues de San Ignacio, Arredondo operó sobre Varela que había ocupado á Salta.

Ocupó la Rioja, tomó Salta, concluyó con la montonera de Varela, y volvió al Paraguay.

Poco despues el ejército que á órdenes dei general Rivas operaba en Entre-Rios contra Jordan, se alzó contra Rivas y se negó á obedecerle.

Fué mandado Arredondo, y con el mismo ejército desor-

ganizado, combatió á Lopez Jordan y le persiguió hasta terminar con él.

*
* *

La campaña contra el Chacho hasta su terminacion y muerte de éste, es una de las mas soberbias páginas de los servicios de Arredondo.

El fué quien restableció aquella guerra bárbara y salvaje, al nivel moral de un ejército civilizado, terminando para siempre con aquellas montoneras que costaban á la Nacion tantos miles de duros y tantos años de rémora.

He aquí compendiados en el corto espacio de una Silueta los rasgos prominentes de este distinguido militar, á quien tantos y buenos servicios debe la patria.

Como hombre de principios, Arredondo ha sido siempre un soldado incansable en la causa de la libertad, de cuyas filas no se apartó jamás.



EL ESPÍRITU DEL 6

El 6 de línea ha sido indudablemente uno de los cuerpos mas soberbios en el amor á su número.

Cada soldado del 6 creía que bastaba llevar ese número para ser invencible, y de ahí venía aquel lujo de valor asombroso que desplegaban en el combate, hasta llegar el solo 6, como en San Ignacio, á arrollar la infantería enemiga, con una sola de sus bizarras cargas á la bayoneta.

El 6 no solo tenía orgullo en su número, sinó en la brillante oficialidad que lo había guiado al combate, y este orgullo era muy justo, puesto que en sus filas habían descollado oficiales como Luis María Campos, Arias, Chassaing, Carlos Mayer, Julio Campos, Dominguez y tantos que abandonaron las filas para ocupar puestos de importancia.

El 6 de línea ha dado jefes como Arredondo, Arias y Campos, capaces de hacer soldados con un pedazo de palo.

El orgullo del 6 en su número hacía de cada soldado un héroe y de cada clase un general.

Basta conocer el siguiente episodio para comprender que clase de espíritu había en la tropa de aquel batallón glorioso.

*
* *

El general Arredondo se había quedado en la Rioja con unos treinta hombres, habiendo mandado á Julio Campos con el resto de las fuerzas á sus órdenes á desempeñar una comision importante.

En aquella situacion fué atacado Arredondo por los montoneros, que en número de seiscientos hombres próximamente, le trajeron un rudo ataque.

Arredondo desplegó sus treinta leones del 6 y empezó á hacer una defensa heróica.

Pero los soldados iban cayendo á su lado, hasta que él mismo, con un cúbito roto por una bala, fué sacado del campo de batalla.

Los montoneros sitiaron entonces aquel puñado de bravos, protegidos éstos por una zanja que improvisó Arredondo con sus mismos soldados.

La situacion era peluda, pues el fuego arreciaba y los milicos disminuían cada vez mas, al mismo tiempo que veían disminuir su municion.

Tan crítica era la cosa, que los mismos soldados comprendieron que en un cuarto de hora mas no quedaría uno en pié.

Arredondo estaba postrado y no podía tomar disposicion alguna.

—Es preciso pelear mientras haya uno en pié,—decían los milicos—y no permitir que estos lleguen á donde está el coronel.

El número del enemigo y lo nutrido del fuego les había hecho perder terreno insensiblemente, al extremo de que ya estaban sobre la puerta de la casa donde estaba postrado Arredondo.

Los soldados conferenciaron y mandaron al sargento Langué que los encabezaba, fuera á tomar órdenes del coronel.

*
* *

Conmovido por el estado de su jefe, Langué entró hasta la pieza donde el noble Dr. Alvarez curaba al coronel.

—Mi Coronel, —dijo,—el enemigo es fuerte y nuestra municion se agota; hemos quedado pocos, y poco mas puede durar la lucha.

—Y bien, ¿qué quieres?

—Vengo á preguntar á V. S. el puesto donde debemos tirar el último tiro, para ocuparlo en seguida hasta que nos toque caer.

—La orilla de la zanja y firme el fuego,—contestó el coronel lacónicamente.

El sargento Langué llevó la respuesta á sus compañeros y todos á una cargaron para recuperar la distancia perdida.

Arredondo, pálido y ensangrentado, se asomó entonces á la puerta á reanimar con su presencia á los soldados, y todos al verlo en aquella actitud, cargaron de tal manera, que el enemigo retrocedió lleno de respeto y temor.

Poco despues llegaba el bravo Julio Campos, y llevaba por delante al enemigo, causando en sus filas un verdadero destrozo.



EL CAPITAN PIEDRA BUENA

Fué el verdadero lobo que ha cruzado por nuestros mares del Sud, desde su mas temprana edad.

Audaz é insolente en el peligro, guiaba su nave con la seguridad del absoluto dominio que debía ejercer sobre la mar, á pesar de todas las tempestades y todas las tormentas.

Y sonreía lleno de bondadosa complacencia cuando veía á la tripulacion ponerse seria y medir la intensidad del huracan, con ojos recelosos.

El mar lo atraía con la fuerza de una mujer hermosa, y cuando las desventuras de la vida encanecieron su cabeza, rompieron su corazon de padre y de esposo, encontró en el arrullo de las tormentas la sola música que debía acallar la pena que consumió su espíritu valiente.

Marino en el corazon y en el deseo, fuera del agua, se sentía mal, huyendo de la tierra como de un elemento hueraño á su naturaleza especial y valerosa.

Su vida, desde su mas tierna edad, fué dedicada al bien de la patria y de la humanidad.

Así, cuando las mas terribles tempestades despedaban sobre las rocas del Sud los buques que se creían mas seguros, se veía al capitán Piedra Buena echar al mar una de sus lanchas, y venciendo todo género de dificultades y peligros, salvar á los desgraciados que creían llegado su último momento.

Y en aquella frágil embarcacion que á cada momento parecía ser despedazada al solo choque de las olas, volvía tranquilo é indiferente, con diez ó doce hombres á quienes acababa de arrebatár á la muerte.

En la noches de tormenta, cuando toda esperanza de salvacion se había perdido, se pensaba en Piedra Buena como se piensa en Dios, pues era él la esperanza la sola esperanza de los náufragos.

Porque en aquellas noches tremendas en que cada cual buscaba un puesto de abrigo tomando todas aquellas medidas que aconsejaba la prudencia, Piedra Buena levaba anclas y se hacía á la mar.

¿Qué lo llevaba á provocar el peligro que hacía huir á los mas bravos y á los buques mas seguros?

Piedra Buena marchaba sin rumbo, y buscando á la luz de los relámpagos los buques que se habían despedazado entre las rocas, para salvar sus náufragos y muchas veces sus cargamentos.

Allí estaba el encanto de toda su vida, tan llena de agitaciones y de peligros.

Jamás hizo mérito de ninguna de sus acciones, verdaderamente heróicas, sonriendo siempre que alguno las llegaba á elogiar en su presencia, como estrañando se diera mérito á una cosa tan natural.

Cuando el peligro arreciaba, se veía animarse su rostro gradualmente y tomar el mismo la direccion del timon, desafiando el embate de la mar embravecida.

Y no soltaba el timon hasta que el peligro había pasado y la tranquilidad vuelto á todos los espíritus.

Entonces se tendía sobre el puente mirando con una especie de complacencia la marcha segura del buque, y escuchaba con rara complacencia el zumbar del viento en los mástiles que gemían muchas veces amenazando saltar hechos pedazos.

Nacido en el Carmen de Patagones el año 33, fué en las márgenes del Rio Negro donde empezó su aprendizaje, haciendo él mismo las pequeñas embarcaciones, donde se lanzaba en medio del mayor peligro, ó subiéndose á los botes y lanchas que quedaban amarradas á la orilla, á cuyo bordo se perdía por semanas enteras, con gran sobresalto y susto de sus buenos padres que temían con razon por su vida.

Entonces Piedra Buena contaba apenas diez años y no había peligro capaz de arredrarlo.

Su espíritu valiente se retemplaba en medio del mayor peligro y volvía al hogar paterno, donde refería encantado todos los percances de su peligrosa travesía.

Ageno á las miserias y ruindades de los espíritus pequeños, su vista de águila se tendía siempre sobre el mar, buscando entre sus olas la suprema aspiracion de toda su vida: mandar un buque.

*
* *

Sus buenos padres contrariaban sus aspiraciones é inclinaciones naturales, porque ya presentían que el amor del mar les arrebataría el cariño del hijo querido.

Pero estas mismas contrariedades parecían aumentar su amor por la vida del mar, deseando ver llegar la ocasion de realizar aquel deseo que cada día se hacía en él mas vehemente.

Cuando llegaba algun gran buque, era aquel un dia de infinito placer para el niño, pues era el primero en llegar á la playa y presenciar, con incomparable atencion, todas las maniobras y movimientos, que repetía él mas tarde en las pequeñas embarcaciones que aparejaba con trapos y jergas.

Y Piedra Buena no se movía un solo momento de la playa durante los dias que el buque permanecía fondeado, siendo necesario que fueran sus padres á buscarlo, para que viniera á la casa á comer y á dormir.

Y cuando el buque hacía sus aprestos de marcha, ya estaba Piedra Buena en la playa observando sus menores movimientos y acompañándolo con la vista hasta que el último palo se perdía en el horizonte infinito.

—Yo he nacido para el mar,—decía entonces,—y el dia que me vea á bordo de uno de esos buques, será el mas feliz de mi vida.

Un dia Piedra Buena encontró una especie de piragua que la corriente había arrojado á la orilla.

El niño la saca del agua, y aparejándola con una jerga y dos palitas de madera por todo remo, se lanza en ella navegando por espacio de mas de veinte millas, donde fué hallado por el señor Lemon, capitan de un pailebot norte americano, allí anclado.

Curioso de inspeccionar de cerca tan singular navegante, el capitan Lemon toma un bote y marcha á su encuentro.

Piedra Buena, al ver la nave que se le acercaba, detiene su piragua, y cuando aquel llega al alcance de su voz lo invita á correr una carrera.

Asombrado el yankee y deseoso de ver hasta donde llegaba la audacia de aquel niño, aceptó la carrera y se le pone al costado.

El niño hacía todo género de esfuerzos para pasar al bote, manejando su original embarcacion con una habilidad asombrosa.

Admirado el yankee de tanta audacia, toma al niño en sus brazos y lo colma de felicitaciones.

Pocos dias despues fué á ver á los padres de éste, con los que tenía alguna relacion, y despues de mil instancias y promesas, consiguió se lo dieran para llevarlo á Norte América.

Poco tiempo despues Piedra Buena volvía al hogar de sus padres en compañía del capitan Harris, por no haber podido soportar el carácter duro y poco comunicativo del capitan Lemon.

Pero poco le duró alli su estadía, pues poco despues volvió á embarcarse á bordo del pailebot *Davison*, con el capitan Smiley, que se hizo cargo de ponerle en carrera, dedicándose desde aquel momento á la educacion completa de su jóven é inteligente grumete.

Smiley era un viejo tiburón de mar, de magníficas prendas de corazón y de notables conocimientos marinos.

No podría haber encontrado Piedra Buena un maestro mas completo y cariñoso.

Piedra Buena se hizo amar como un hijo, de aquel ma-

rino valiente y generoso, quien lo puso en carrera atendiendo hasta sus menores necesidades.

Y él mismo refería que el día que zarparon de Patagones, el capitán Smiley le dijo señalándole la *escandalosa* del palo mayor: En adelante nadie mas que tú aferrará y largará aquella vela; y mostrándole el *petifoc*: y cuando estés de cuarto harás lo mismo con aquella otra, y cuidado que los tiburones andan siempre hambrientos.

Desde esa época, 1848 hasta 1860, Piedra Buena no se separó de su maestro y protector.

Navegando siempre por los puertos del Sud, de Norte América, Cuba, Haití, Méjico, Puerto Rico y Santo Domingo, fué ascendiendo hasta que llegó á ser el brazo derecho de su maestro, que se sentía orgulloso de su obra.

Un niño como Piedra Buena había llegado á ser un verdadero lobo de mar, poseyendo una instruccion sólida y general.

Fué en 1860 que Piedra Buena compró á su protector y amigo Smiley el velero *Nancy*, que armó en guerra para proteger las costas del Sud, abandonadas á la mas bárbara piratería.

*
* *

Aquí empieza la verdadera vida gloriosa de Piedra Buena.

Los buques piratas que espiaban el naufragio de las embarcaciones para lanzarse á robar su cargamento, tuvieron que huir desde entonces, porque en vez de hallarse con una presa inerme, se encontraron con los cañones del *Nancy* y la mano firme de su capitán, que les hacía abandonar la presa espiada en medio de la tempestad y de la tormenta.

Sin desmayar un momento, era en los días de verdadero temporal cuando se hacía á la mar, para proteger á los que se hallaban en peligro ó próximos á naufragar.

Espòniendo su vida y su buque á cada momento, salva

tripulaciones y cargamentos sin exigir jamás la menor recompensa.

Muchos de estos salvatajes le valieron preciosos regalos de los soberanos de Europa, entre otros dos magníficos cronómetros que le envió la Reina de Inglaterra, como un recuerdo de sus dos mas importantes salvatajes, que llevó á cabo con gran peligro de su vida y de su buque.

Dedicado á la pesca de la ballena, por cuya diversion tenía locura, pasaba sus ratos de ócio que eran muy contados.

Y había que ver la habilidad suprema con que clavaba el arpon y hacía las demás operaciones de aquella peligrosa pesca.

Con sus economías y buenos cargamentos, compra el bergantin *Carlitos*, que envía á Montevideo cargado de carbon de piedra; pero pierde buque y cargamento, que importaban para él toda su fortuna, quedando en la ruina mas completa.

Esto no arredra al bravo marino que sigue impasible en la eterna lucha por la vida, hasta que logra reconstruir su fortuna á costa de inmensos sacrificios y nuevos peligros.

Dedicado á la pesca de elefantes marinos, focas y ballenas, compra los bergantines *Esposa* y *Julia*, con los cuales se viene á Buenos Aires, buscando realizar su cargamento, y es aquí que se casa con la señorita Julia Dufour, modelo de belleza y sencillez, que no trepida en partir con él su vida azarosa.

El bravo marino, pasada su luna de miel sobre la cubierta de su *Julia*, vuelve con mas firmeza que nunca á sus peligrosas escursiones.

Y ya salvando náufragos, ya construyendo chozas en los parajes mas peligrosos para que sirvieran de abrigo á estos mismos, pasa su vida enteramente dedicado al bien de la humanidad.

El Gobierno, para aprovechar las condiciones de este hombre extraordinario, lo nombra primero comandante del crucero *Santa Cruz* y de la *Cabo de Hornos* mas tarde, donde asciende hasta el grado de teniente coronel.

En uno de esos viajes á Buenos Aires, lo recibe la terrible noticia de la muerte de su jóven amante compañera.

Este golpe abate su espíritu y parte en seguida buscando nuevas emociones que mitiguen su pena.

Pero el segundo golpe que le esperaba la suerte, es mas amargo todavia, porque es su hijo mas querido quien ha abandonado el mundo de los vivos.

El espíritu del hombre se agovia por completo ante este nuevo golpe, y busca el consuelo en algo que ofusque su razon y le haga olvidar lo que sufre.

Y siempre en el mar y siempre entregado á sus obras de salvataje, parecía haber cobrado ódio á la tierra.

En todos los puertos donde ha tocado un buque del insignie marino ha quedado impresa la memoria de sus conocimientos ó de sus hechos.

En los puertos de Chile se asistia á una fondeada de Piedra Buena como al mas bello de los espectáculos.

En el vigor de la edad todavia, la muerte arrancó á la patria uno de sus insignes hijos y á la humanidad el mejor de los hombres.

Los marinos como Piedra Buena no surgen sino de siglo en siglo.



MAÑANITA

Mañanita era el soldado mas alegre del Regimiento 1° de caballería.

El mas desastrado de todos ellos, no tenía pena ni gloria, como vulgarmente dicen las señoras.

Siempre sucio, siempre en la mala, venía á ser el trapo donde todos se limpiaban las manos, ó mejor dicho, el quita-rábias de todos.

Mañanita había perdido su nombre en el Regimiento.

Por Mañanita se le conocía, como Mañanita hacía el servicio y como Mañanita revistaba en los pagos.

Y este sobrenombre le venía de que, desde que se levantaba hasta que se quedaba dormido contra cualquier tronco de árbol, se lo llevaba cantando unas canciones entre-rianas que se llaman Mañanitas.

Mañanita, sin ser tuerto, tenía solo un ojo abierto: el otro estaba eternamente pegado por un torrente de lágrimas congeladas.

Mañanita era un ser monstruoso, de cara ancha y achata, á los lados de cuya nariz problemática jugaban á las escondidas sus ojos imponderables.

Mañanita era la mañana del juicio final, en traje de soldado de caballería.

Sus piés enormes y chapinos no encontraron jamás un par de botas que les vinieran bien; pero la continuidad de andar descalzo habia criado en su pié una cáscara que le prestaba el servicio de un par de botas de baqueta.

El perfume de su piel descomunal, como el olor de los

toldos, se apercibía de cuatro cuadras de distancia, y su boca espantable era una salamanca con toda su corte de sabandijas.

Oh! Mañanita no podrá ser mirado impunemente—solo con la poción anti-hemética de Riviere, podrá resistirse aquel aspecto desconocido en la farmacopea humana.

Una rasqueta se habría quebrado contra su piel de escamas, como una horquilla se hubiera roto contra el fardo de su melena, movable y habitada.

Cobarde y sin vergüenza, Mañanita soportaba los mas tremendos manteos, sin inmutarse, y si alguien le estimaba algun sopapo lo recibía con la mayor indiferencia.

*
* *

Y sin embargo de esta monstruosidad irresistible, Mañanita tenía quien lo quisiera.

Su amante era una boliviãna de piel de cobre y ojos magníficos.

Su hermosa cabellera sedosa y crespa, caía en negros rizos sobre sus hombros mórbidos y admirablemente cortados, bajando hasta una cintura graciosa y moviente.

Era tan linda Lucinda, era tan brillante el fulgor de sus ojos negros, que los oficiales la llamaban Luzlinda.

Los ojos de Lucinda, sobre todo, llamaban la atención de una manera poderosa; mirándolos fijamente se sentía el vértigo del abismo—daba ganas de arrojarse á ellos de cabeza.

Lucinda tenía un tipo fino: había en sus manos algo que revelaba un estado mejor en su pasado, y la corrección de su frase no era vulgar en el campamento.

¿De qué cielo había caído aquella estrella misteriosa? ¿Cómo había ido á enamorarse precisamente de Mañanita, el ser mas monstruoso que puede imaginarse?

Este era un misterio con el que nadie acertaba y que Lucinda se había negado siempre á aclarar.

—¿Cómo tienes valor de ser la amante de semejante inmundicia?—solta decirle algun oficial.

—No hay dos hombres como Mañanita—decía ella—
siquiera es el mas valiente de todos.

—¡Pero si es un cobarde á quien todos apalean!

—Porque hasta ahora no lo han herido en su punto
vulnerable: sostengo que Mañanita es el mas valiente de
todos.

—¿Y por eso lo quieres?

—Puede ser muy bien.

Raro capricho en una mujer tan linda como aquella!
Sabe Dios qué misterio guardaría Mañanita.

*
* *

Por aquellos cambios que suelen hacer los jefes, de sol-
dados inservibles, Mañanita fué cambiado por el loco
Chavarria, viniendo á formar parte del Regimiento 2º.

Aquel Regimiento, bajo las órdenes del coronel Lagos,
era el cuerpo mas altivo y soberbio de todo el ejército.

Un soldado, el mas ruin de todos, no habría cambiado
su número 2 por una fortuna.

—Somos del 2—decían aquellos valientes soldados,
como cualquiera podía decir: somos de los Napoleones, ó
somos de los Césares.

Porque aquel número 2 que adornaba sencillamente el
pobre kepí, guardaba una tradicion rica en hechos de
armas y acciones heróicas.

Mañanita vino al Regimiento, y junto con él Luzlinda,
la hermosa Boliviana, cuya presencia hizo una revolucion
en las cuadras.

Los soldados la miraban con el asombro con que se
mira á un astro, y mostraban en la sonrisa de sus lábios,
todo el encanto que irradiaba la persona bellísima de
Luzlinda.

Todos se enamoraron de la Boliviana, y entre los mas
interesantes y los mas bravos soldados de la Compañía
Tigrera (1ª del 1º) entró la ambicion de hacer una con-
quista.

Mañanita era un inservible—ya le habían caído y visto que era mas flojo que tabaco patrio.

Pero Luzlinda no daba oído á aquellas ternezas de línea, permaneciendo fiel á su monstruoso compañero.

—Esto no puede ser,—dijo un día el sargento Rivera, un hércules de ébano mas bravo que las armas.

Yo le voy á quitar esa estrella á Mañanita, aunque con ella se me caiga el cielo encima: no es permitido que el soldado más flojo del Regimiento tenga la mujer mas bella.

Y firme en aquella resolucion espíó desde aquel día el momento de cumplirla sin que se apercibieran los jefes.

Y el momento no tardó en llegar.

*
* *

Una noche de farra en los salones del señor Tripailaf, Lucinda se retiraba del brazo de Mañanita.

No habían andado cuatro pasos, cuando se le cruzó en el camino el sargento Rivera diciéndole secamente:

—Amigo, entrégueme la compañera y retírese.

Mañanita relampagueó su ojo abierto y miró con él el rostro radiante de Lucinda.

Y apartó suavemente al sargento queriendo seguir su camino.

Pero Rivera, bravo y decidido, volvió á cerrarle el paso y le dijo: Suelte la compañera ó le rompo el alma.

Mañanita soltó el brazo de Luzlinda, sacó un puñal de la cintura y colocándose entre ella y Rivera, le dijo brevemente:—Vamos á ver como es eso.

El grupo de soldados que seguía á Rivera y que creían divertirse con el julepe y disparada de Mañanita, quedaron asombrados.

Rivera, calculando que aquella parada no duraría mucho, acometió á Mañanita de firme.

Pero Mañanita era mas muñeca de lo que se creía.

A pesar de la fuerza imponderable de Rivera, á pesar

de su destreza y de su valor, le dió tres puñaladas de mano maestra, una de ellas en el cuello.

Y sereno y tranquilo volvió á dar el brazo á Luzlinda, y siguió su camino, mientras Rivera quedaba allí tendido, en gravísimo estado.

*
* *

Desde aquel día Mañanita se hizo el soldado mas bravo y mas cumplido.

Era el primero en la lista, el primero en el combate y el primero en el servicio.

Y su transformacion fué tal, que llegó á ser tambien el soldado mas limpio y arreglado.

Le habían tocado la parte sensible.

Y á nadie se le ocurrió tentar de seducir á Luzlinda: habían escarmentado en cabeza agena.



JOAQUIN LORA

Yo soy la abnegacion desconocida
y la pena ignorada;
soy la sangre vertida
con todo el sacrificio de la vida,
y sin otra ambicion en mi carrera
que un giron de bandera
que sepulte mi frente destrozada.

R. GUTIERREZ.

Cuarenta y un años de constantes servicios, de sacrificios incruentos y de batalla, es el compendio de la vida militar del teniente coronel Joaquin Lora, uno de los oficiales mas aptos y bravos que haya tenido el ejército.

Su sangre generosa ha marcado cada uno de los campos de batalla donde ha flameado la bandera Argentina, llamando la atencion por su bizarría y desenvoltura, haciendo siempre mas bella figura mientras mayor fué el peligro.

En el cuartel como en la intimidad del hogar, su carácter generoso y leal descolló siempre como la prenda mas resaltante de su persona brava y buena, porque la familia y la patria constituyeron siempre la religion de su vida pura y abnegada.

Como soldado, como oficial y como jefe, fué siempre cumplido y bravo, tan activo y constante en la guarnicion como en la batalla.

El temple raro de su carácter no decayó nunca, mostrando la misma altivez y entereza en la defensa como en el ataque, en la adversidad como en la victoria.

En la batalla de Pavon, cuando el fuego de artilleria

arreciaba y diezmaba nuestras filas, el sargento mayor Lora se adelanta al frente de su compañía desplegada en guerrilla, y pone la mano sobre el primer cañon enemigo y la espada sobre la cabeza de su artillero.

Y con aquella misma espada graba su nombre sobre la boca del cañon, y lo trae en medio de los víctores de sus compañeros, que han presenciado el ataque.

*
* *

Durante la guerra del Paraguay, acude presuroso á ocupar su puesto de peligro y de sacrificio, bajo la bandera del 9 de línea, del que era entónces segundo jefe.

Y es en el asalto de Curupaytí, donde su figura se destaca de nuevo entre aquel millar de valientes que alzaban la frente erguida en aquel hervidero de balas, metralla y cohetes á la congréve.

Un casco de metralla le pega en los tendones de la pierna izquierda, llenando de sangre la caña de su bota granadera.

—El mayor Lora está herido!—esclama el ayudante que mandaba á su lado.

—Firme y cierren los claros!—manda Lora sonriente.

El fuego era terrible y la muerte recorría las filas y las columnas, postrando la mitad de las plazas y haciendo presagiar un sangriento rechazo.

Las descargas cada vez eran mas nutridas y el fuego de artillería mas frecuente, abriendo enormes claros entre aquellas filas de héroes.

Y los bravos marchaban al ataque, caminando sobre los cadáveres de los que los habían precedido.

Allí habían caído Charlone, Sarmiento, Romero, Rossetti, y tanto y tanto valiente que eran una verdadera esperanza para la patria argentina.

Y las legiones seguían hasta los compactos abaties, donde caían postrados por el bárbaro fuego.

Un nuevo casco de metralla sorprende en el camino al Mayor Lora, y le rompe el pie á la altura del empeine, llevándole los tres primeros dedos.

La sangre brota empapando aquella verdadera senda de gloria, mientras el ayudante grita de nuevo: El mayor Lora está herido!

—Cierren los claros! de frente!—vuelve á esclamar Lora, que empieza á perder el color por la pérdida de sangre y el dolor mismo de la nueva herida

Y con ademan magnífico, apunta con su espada las fortalezas delante de las cuales caen centenares de hombres.

Pero Lora no puede continuar mucho trecho mas—la pérdida de sangre es enorme, el cuerpo cede, no obedece ya al espíritu que quiere sostenerlo firme, y Lora cae del caballo, siendo sacado por sus compañeros de aquel campo de muerte, mas que campo de batalla.

Aquella herida le fué fatal: todavía siente sus consecuencias terribles.

*
* *

Cuando aun no sabia llevar un cigarro á la boca, Joaquín Lora cargaba ya un fusil al hombro, y se batía como un bravo, el año 42, en el sitio de Montevideo: apenas tenía 16 años.

Ingresó al ejército de soldado, en aquel año memorable, para ascender á cabo 1° el 1° de Mayo de 1843, debido á su bravura y servicios.

Durante aquel glorioso sitio de nueve años, el cabo, sargento y alférez á que ascendió Lora en aquellos nueve años, se batió decisivamente, haciendo el servicio de escucha, peligroso servicio que mas de una vez pudo costarle la vida.

Sin haber faltado un solo día al servicio, distinguióse en los combates de las *3 Cruces*, en el *Cristo*, en las *3 Cruces* (Abril 1844), *Paso de la Bayada*, *Cerro*, toma del *Buceo* y otros no menos significantes.

Terminado el sitio, vino á la batalla de Caseros, siendo condecorado con la medalla que ofreció el Gobierno de Montevideo á la division oriental.

Aun no había sonado la hora del reposo para el alférez Lora, pues pronto marchó á sofocar en Montevideo la revolucion de 1853, que terminó con la tenaz y provechosa persecucion al caudillo Lucas Moreno, permaneciendo en seguida nueve meses en el pueblo del Durazno, donde se hacía necesaria la presencia de tropas de confianza.

*
* *

En el mes de Mayo de 1855, el teniente Lora ingresaba al bizarro 1° de línea, donde debía dar nuevas pruebas de competencia y bravura.

En Diciembre de 1855, marchó con aquel batallon á sofocar la revolucion encabezada por el ex-general Flores, en Febrero del siguiente año, marchó con el mismo á sofocar la revolucion encabezada por el ex-coronel Costa; en Setiembre del mismo año marchó al Sud, é hizo durante esta campaña el servicio por dos años nueve meses en la expedicion á «Salinas Grandes» encontrándose en el combate del «Pigüe» por cuya campaña fué declarado el ejército «Benemérito de la Patria».

Es esta una de las campañas mas penosas é ingratas que haya hecho el ejército, pues á mas del enemigo, es necesario luchar con la miseria, el hambre y la sed.

El 24 de Julio de 1859 marchó con el batallon á Martín García, donde permaneció un mes y dias, pasando en seguida á San Nicolás de los Arroyos para incorporarse al ejército de operaciones que se hallaba en Cepeda.

Con la bravura de siempre tomó parte en aquella batalla, y en la famosa retirada que fué su consecuencia, retirándose á San Nicolás de los Arroyos, con el resto del ejército, en donde se embarcó para Buenos Aires en el vapor de guerra del Estado *Guardia Nacional*, cuyo buque se halló en el combate naval de 25 del mismo mes y año.

*
* *

En Marzo de 1860 marchó con el batallon á sofocar la revolucion encabezada por los coroneles Nadal y Lamela.

Hizo la campaña de Pavon y se encontró en la batalla de este nombre, marchando en primera línea con su compañía desplegada en guerrilla, hasta llegar á tomar los cañones que se hallaban en la casa del señor Palacios, hecho que hemos narrado al principio de esta silueta.

En seguida marchó con el batallon en la columna que despues de dicha batalla fué hasta el pueblo del Pergamino, y encontrando en esta marcha al enemigo, recibió orden de marchar á la vanguardia con su compañía desplegada en guerrilla.

Incorporado nuevamente al ejército, marchó en el primer cuerpo de éste, en el batallon «General Paz» hasta Córdoba, siendo ya sargento mayor efectivo en este cuerpo.

Disuelto este batallon al marchar á la pacificacion de varias provincias, fué como ayudante del coronel D. Marcos Paz, jefe de la fuerza espedicionaria, hasta la Provincia de Catamarca, de donde regresó á Córdoba por quedar tranquila aquella provincia.

Marchó despues en el primer cuerpo del ejército á la villa de «Villa-Nueva» donde desempeñó varias comisiones, siendo dos de estas, pasar hasta los «Monteros», á 40 leguas de dicha villa, á pagar las fuerzas que allí se encontraban de guarnicion, siendo la última jornada de este camino bastante peligrosa por los indios.

Habiendo sido atacado de una fuerte enfermedad, volvió á Buenos Aires para su curacion. Restablecido al poco tiempo, pasó con el comandante don Carlos Lezica á Corrientes á formar el batallon 7° de línea. Allí permaneció diez meses y volvió á Buenos Aires, para pasar poco despues al «Nueve de Julio», fronteras del Oeste, y desempeñó como interino el empleo de jefe del Detall de la division que allí se hallaba, y despues como efectivo, por renuncia del que lo desempeñaba en propiedad.

Estando en esta frontera se suscitó la guerra del Para-

guay, y queriendo tomar parte en ésta, marchó como segundo jefe del batallon 9 de línea.

*
* *

Es en la guerra del Paraguay donde Lora brilla entre los mas bravos por sus condiciones de valor y pericia militar.

En aquella ruda campaña, capaz de hacer desfallecer el espíritu mas bien templado, el Mayor Lora no faltó un solo día de los puestos de peligro.

Y en el *Paso de la Patria*, el *31 de Enero*, y demás combates hasta el 2 de Mayo y 24 del mismo, luce su valor heróico y su constancia inquebrantable.

El hambre, la miseria, las enfermedades y la muerte misma no lo arredran, y con el mismo entusiasmo se le vé batirse en el *Boqueron*, *18 de Julio* y *Curupaytí*, donde recibe las dos heridas de que ya hemos hecho mencion.

Larga y penosa fué la curacion de estas heridas, de las que sufre hoy mismo. ●

Así, el comandante Lora abandonó la cama para marchar nuevamente donde lo llevaba su ingrata y lucida carrera, marchando á la frontera Sud como segundo jefe, donde permanece hasta 1872, fecha en que baja á Buenos Aires, á reponer su salud bastante quebrantada.

*
* *

Desde aquella fecha hasta el presente, no ha dejado de servir un solo momento.

Teniente coronel desde 1869, no se ha quejado jamás de la ingratitud del Gobierno, que ha olvidado, postergándolo injustamente, los mas leales servicios y los hechos mas valientes.

Y humilde siempre y soportando con resignacion aquel olvido injustificable, ha prestado sus valiosos servicios en la Asuncion del Paraguay, en el Chaco, en Salta y última-

mente en Tucumán, donde está como jefe de la oficina de enganche.

Los jefes como Lora son acreedores al respeto de sus conciudadanos y del Gobierno, que nunca ha repartido sus grados entre los que mas los han merecido.

La justicia militar ha sido muy tardía entre nosotros.

Sin embargo, esperamos bien pronto poder saludar al benemérito coronel Joaquin Lora.

(Lora murió despues de escrita esta silueta).



EL TUERTO SARMIENTO

No hemos conocido un hombre mas feo, pero tampoco mas leal, en todos los días de la vida.

El tuerto Sarmiento era bravo hasta lo asombroso; no había peligro capaz de arredrarlo.

Pero el maldito tuerto era tan feo, tan ridículamente feo, que su cara descomunal hacía olvidar todas sus buenas cualidades.

Sarmiento era cabo del 2 de caballería y asistente del coronel Lagos, asistente tremendo, incapaz de dar una gota de agua á un moribundo, si aquella gota de agua era preciso sacarla de la caramañola del coronel.

El estado de miseria en que se hallaba entonces la oficialidad del Fuerte Paz, era solo comparable con la miseria de Gragera, el hombre de los perros.

El dueño de un paquete de cigarrillos era mirado como un Anchorena, aunque hay en Buenos Aires fortunas que bien valen mas que la del Anchorena mas rico.

El coronel Lagos era un potentado, un Creso, cuya insolente fortuna nos deslumbraba como una lámpara eléctrica.

Figúrense ustedes que el coronel Lagos tenía el cinismo de ser el único propietario de dos maletas que podrían contener un par de libras de yerba y otras tantas de azúcar, y media docena de cajas de sardinas que habían hecho toda la campaña, sin ver llegar el solemne momento de ser abiertas.

Aquello era inaguantable, pues mientras los oficiales

andaban mirando un mate en cada planta de pasto, Lagos sonreía con todo el aplomo y la insolencia que le daba la seguridad de poseer dos libras de yerba y azúcar.

Y no era lo malo que aquel hombre generoso tuviera yerba y azúcar cuando nadie la tenía, porque teniendo él tenían todos.

El caso es que el administrador, el gerente, el depositario de aquella yerba y azúcar, era el tuerto Sarmiento, era el feroz tuerto Sarmiento, quien por economizarla era capaz de negar un mate al mismo coronel, si éste se lo pedía fuera de horas.

Aquel Tantalismo impuesto por el terrible tuerto era ya inaguantable.

*
* *

A la hora del mate todos rodeaban el fogon del coronel, como esos perros que se estacionan á la puerta de reja de las carnicerías.

Empezaban á conversar sobre las diversas calidades de yerba de racion, para despertar el deseo del mate.

Y el coronel que comprendía donde iba á parar todo aquello, llamaba al monstruoso tuerto y lo mandaba sebar mate.

Nadie sabía donde guardaba los vicios aquel tuerto maldito, y mas de uno se había ya pelado la frente campeándolos.

El tuerto Sarmiento recibía la órden con un ademan formidable, ponía un gesto de vinagre, y se retiraba á cumplir la órden despues de perforarnos con su mirada terrible.

Sarmiento tenía que gastar yerba y azúcar de la del coronel en beneficio nuestro, y esto solo bastaba para que rabiase como siete condenados juntos.

El mate venía por fin, con grandes iras del tuerto, pero ¡qué mate, santo cielo, qué mate!

Despues de dar al coronel seis ó siete mates seguidos,

nos traía unas lavativas espantosas, unas tentativas de mate con yerba mezclada con paja, y con un simulacro de azúcar, insuficiente para alimentar á una mosca.

Y aquel tuerto bandido se gozaba en nuestra desesperacion, con una alegría diabólica.

Muchas veces el mas audaz de todos tuvo el coraje de reclamar contra aquel mate terrible, de manera que el coronel oyera, y la orden de sebar el mate con mas cuidado no había tardado en ser dada.

Pero Sarmiento alegaba en alta voz que se le había concluido la yerba, y no había que hacer.

*
* *

Más fácil hubiera sido robar al Banco de la Provincia, que robar al tuerto Sarmiento una sebadura de yerba.

Y con lo suyo, aquel soldado leal no era tacaño.

De su racion tomaban mate todos sus compañeros; era capaz de darla íntegra á un oficial necesitado.

Pero sacar de la yerba del coronel, eso no lo hubiera hecho ni por el ruego de un hijo.

Al coronel tenía que durarle la yerba todo lo que durara la campaña, y esto para él era un deber imperioso que tenía que cumplir á toda costa.

Y su rigidez llegaba al extremo de que no daba mate al Coronel sinó cuando se hallaba solo.

Estando con oficiales, aunque él mismo se lo pidiera, le decia secamente: no hay yerba, mi coronel.

—¿Y cómo me dijiste que no tenías yerba?—preguntaba el coronel, que ignoraba la táctica de su asistente, al verlo aparecer con mate despues de una de aquellas negativas.

—Hallé un puchito de yerba en el fondo de la bolsa,—contestaba el tuerto muy sério;—ó gané una sebadura á la baraja.

El resultado era que en el fogon del coronel nunca faltaba el mate.

Y la primera operacion de Sarmiento al llegar al campamento, antes de desensillar su caballo y desprenderse las armas, era llenar las maletitas de yerba y azúcar, para tenerlas listas aun en el caso de una sorpresa y una marcha precipitada.

Porque una necesidad sufrida por el coronel á causa suya, era cosa que no se hubiera perdonado en la vida.

Una noche los oficiales decidieron dar malón en las maletas de Sarmiento, y lo anduvieron espiondo toda la tarde para ver donde las ponía.

El tuerto que sospechó la cosa, cortó la paja con que había de hacer la cama al coronel, y con mucho disimulo, puso bajo el poncho enrollado que dragoneaba de almohada, la bolsa de la yerba.

Allí, una vez acostado el coronel, no se atreverían á irle á robar.

Y á pesar de esta seguridad y esta garantía, cuando el Coronel se acostó, el tuerto se sentó á su espalda y estuvo toda la noche velando la yerba.

*
* *

El tuerto Sarmiento tenía un genio espantoso, tan espantoso como su ojo mismo. Era el génio de un tuerto, con el alma de un genovés y puesto en boca de un marino catalan.

El menor contratiempo bastaba para hacerlo renegar como un condenado cuatro horas seguidas.

Para oir renegar á Sarmiento en todo su apogeo, con toda su boca formidable y su incomparable lenguaje de línea, bastaba despertarlo á media noche para pedirle un servicio, aunque este servicio importara la vida de quien lo pedía.

Y sin embargo, aquel génio formidable, aquel carácter irascible, aquel hombre para quién el mayor castigo era turbarle el sueño, se levantaba en la noche mas cruda del invierno, en medio del campo y bajo un aguacero formidable.

¿Qué acontecimiento fabuloso hacía que Sarmiento saliera debajo de su poncho voluntariamente y bajo aquel aguacero torrencial respirando una atmósfera de hielo?

Aquel hombre noble y abnegado, mas fiel que un perro mismo, se acercaba al monton de paja donde dormía el coronel y lo miraba atentamente.

Iba á ver si estaba bien tapado ó si el viento le había arrebatado los ponchos.

Si no hubiera cumplido este deber de conciencia y de cariño, no hubiera podido pegar en toda la noche su ojo espantable.

*
* *

Una vez habían repartido carpas á todo el campamento en marcha, acontecimiento fabuloso que fué festejado de una manera estrepitosa.

Los soldados, de pura alegría, deseaban que estallase alguna gran tempestad para estrenar sus carpas.

Se marchaba sobre los indios, y era la primera vez que lo hacía con tan famosa comodidad.

Ser dueño de una carpa! aquello era un sueño de hadas que no alcanzaba á explicarse la fantasía de los soldados.

Pero se marchaba por un campo sin leña y la falta del monte se hacía ya insoportable.

Nadie tomó mate una noche, pero el mate no faltó en el fogon del coronel.

Era uno de tantos milagros del tuerto Sarmiento; á la noche siguiente, cayó una helada de todos los diablos.

El Coronel paró su carpa, los oficiales pararon la suya, y los soldados, por primera vez de su vida, durmieron en media pampa y bajo techo.

Solo Sarmiento estaba de pié, chupándose aquella terrible helada.

¿Por qué no había parado su carpa como los demás?

Sarmiento había quemado los palos, la noche anterior, para darle mate al coronel.



EL COMANDANTE HEREDIA

Es bueno levantar del olvido de cuando en cuando, como ejemplo de abnegacion y patriotismo, la figura luminosa de aquellos que cayeron como buenos en cumplimiento de un deber y para quienes la patria no ha guardado el menor recuerdo.

Son figuras que se pierden detrás del sepulcro y nosotros cumplimos el grato deber de ir levantandolas una á una, para mostrarlas con todo el brillo, con todo el fulgor de que estuvieron rodeadas en su vida gloriosa.

Toca ahora su turno al comandante Heredia, jefe del 5° de caballería, cuya muerte trágica y desconocida nos conmueve todavía.

En el verano de 1871, un bizarro Regimiento cruzaba la inmensidad de la Pampa, bajo un sol abrasador y una atmósfera de fuego.

Era el 5° Regimiento de caballería de línea que con su comandante Heredia á la cabeza, marchaba á reconocer una invasion de indios, que había sido sentida á la izquierda del Fuerte General Paz.

Sobre la inmensa sábana de la Pampa no se veía ningun rastro humano: la tropa había marchado mas de dos leguas sin haber hallado el menor indicio de indios, y se había perdido ya la esperanza de hallarlos aquel dia.

—No ha de ser una invasion fuerte,—decía Heredia á su segundo jefe,—tal vez sea alguna punta de indios y entonces es inútil fatigar á todo el Regimiento; yo me voy á adelantar con algunos soldados, y si es necesario ó en-

cuentro algo, le mandaré avisar para que me alcance; usted puede esperar aquí ó seguir marchando al pasito.

El comandante Heredia había recibido orden de reconocer el campo, y no quería regresar al Fuerte Paz sin haberla cumplido escrupulosamente.

Tomó cincuenta hombres con sus correspondientes oficiales, y acompañado del fiel Peralta, baqueano de aquellos alrededores, emprendió su marcha al galope.

Peralta, con el caballo parejero de su jefe, galopaba á su lado para poder serle útil en el momento de apuro.

Una legua próximamente había galopado Heredia, cuando alcanzó á ver una punta de veinte ó treinta indios, que al verlo, empezaron á huir no muy rápidamente.

Heredia se puso en su seguimiento á gran galope con el deseo de darles alcance, suponiendo que era aquella la famosa invasion anunciada.

Los indios, á poca distancia del bravo Heredia, salieron de un médano, que descendieron rápidamente.

Heredia apuró la marcha y trepó al médano, suponiendo que del otro lado les daría alcance. Pero bien pronto se arrepintió de la confianza é impremeditacion con que había perseguido al pequeño grupo: detrás del médano y hábilmente emboscada, halló una columna de tres á cuatrocientos indios que lo esperaban, conociendo el poco número de sus soldados.

Aquello había sido una emboscada preparada con aquella intuicion diabólica de los indios.

Ellos habían desprendido la pequeña partida, para que algun grupo de soldados se encarnizara en su persecucion y cayeran, sin saberlo, entre el grueso de la indiada.

La mision de la partida era dejarse perseguir de cerca, huyendo hacia el médano donde esperaban los otros, que no darían tiempo á la tropa para huir en su sorpresa.

El comandante Heredia habia caído en la celada, y cuando creyó echar el guante á una veintena de indios, se encontró rodeado por mas de trescientas lanzas, mandadas por el terrible cacique Picen.

El momento era solemne, no había que perder un minuto, y Heredia comprendiéndolo así, mandó echar pié á tierra á sus soldados y formar cuadro, movimiento que fué ejecutado con rapidez.

Y mientras se disponía á rechazar el ataque que no tardarian en traerle, envió su ayudante para que ordenara al segundo jefe lo protegiese con el resto del regimiento.

El ayudante cumplió la orden, que fué mal dada ó mal comprendida, y regresó al lado de Heredia cuando el combate había principiado ya.

Los indios, formados en batalla y mostrando el valor que les daba su superioridad numérica, trajeron una carga vigorosa.

—Fuego! fuego por mitades!—gritó Heredia con su voz clara y serena, y los milicos se echaron la carabina á la cara y oprimieron los gatillos.

Pero de aquellas cincuenta carabinas solo dos dieron fuego—y los indios, que se habían parado y hecho un remolino al ademan de hacer fuego, ante aquel resultado volvieron á cargar con mas brío y mas encono.

—Fuego!—volvió á gritar Heredia sin inmutarse,—fuego por mitades!—y los milicos volvieron á montar las armas y apuntarles, pero solo tres ó cuatro detonaciones respondieron á la voz del jefe.

Los regimientos de línea usaban todavía las carabinas de fulminante, famosas carabinas que de cada diez tentativas hacían un disparo.

Los indios, perdido todo respeto, se vinieron sobre el cuadro con ímpetu vertiginoso y forzaban una de sus caras.

*
* *

La lucha se hizo entonces desesperante—los soldados privados del arma de fuego y pié á tierra, quedaban en condiciones desfavorables.

Sin tiempo para sacar el sable, habían tomado la cara-

bina por el cañon y se servían de ella como de una maza de armas.

Pero los indios, de un valor irresistible cuando luchan con enormes ventajas, los acosaban, abriendo con sus lanzas en sus filas, enormes claros.

El comandante Heredia, magníficamente bravo, exhortaba á los buenos soldados á mantenerse firmes, mientras llegaba el resto del Regimiento.

Pero el refuerzo no venía y se habían producido ya mas de veinte bajas.

Heredia mandó nuevamente á su ayudante para que reiterara la orden, agregando que apuraran la marcha tanto como fuera posible.

El comprendía que toda salvacion estaba en mantenerse un poco mas, y sonriente y bravo, alentaba á sus soldados con palabras entusiastas.

Pero esta vez, como la anterior, el ayudante volvió solo.

—He dicho al mayor que se apure porque nos están acabando,—dijo—y creo que no puede tardar en llegar.

Pero el tiempo pasaba, la tropa disminuía y el regimiento aun no estaba á la vista.

¿Le habían dado mal la orden ó ésta había sido mal interpretada?

Los soldados se batían con un valor y una desesperacion magnífica.

Ellos caían acosados por el número del enemigo y el encarnizamiento con que herían, pero tambien á golpes de carabina habían tendido algunos de sus crueles enemigos.

Llegó un momento en que de aquellos cincuenta hombres, solo veinte había en pié, y el regimiento aun no llegaba.

*
* *

Aquello era morir, morir de una manera desesperadamente estéril, pero no había mas remedio; la misma huida

hubiera sido contraproducente, pues solo habrían logrado el hacerse lanzear por la espalda, y á esto no estaban habituados los bravos del 5°.

Heredia recorría todos los puntos del combate, pues los soldados peleaban por grupos diseminados, siempre serenos y siempre bravos.

Los indios querían llegar hasta él, pero él los contenía con el cañon del revólver, sin hacerles fuego, porque quería economizar aquellos únicos seis tiros.

Dos ó tres veces que lo acosaron mucho hizo fuego, y otras tantas rodó un indio al suelo.

De modo que con la sola amenaza del arma lograba contener á los que estaban ansiosos por lancearlo.

Los veinte soldados que aun quedaban de pié se batían heróicamente: unos habían logrado sacar el sable, mientras otros, rota la carabina, habían sacado el cuchillo y peleaban á puñaladas.

Pero ya el desaliento había empezado á ganarles, porque habían perdido la esperanza de un pronto socorro.

Y caían unos en pos de otros, aturridos por la gritería de los indios y postrados por el golpe de las lanzas, que no daban descanso ni cuartel.

Un momento mas de lucha tan desapareja y no quedaba con vida uno solo de aquellos héroes.

El comandante Heredia llamó á su ayudante y por tercera vez reiteró la órden, agregando esta vez que hacía responsable al segundo jefe de aquel tremendo desastre.

El ayudante, único oficial que sobrevivía, partió rápido como una flecha, pero no halló al regimiento en el punto donde lo dejó.

¿Se había extraviado en el campo, ó había entendido mal la órden?

El digno oficial volvió al sitio de muerte, pero ya demasiado tarde: el comandante Heredia no estaba ya á caballo!

Cuando solo quedaban ocho ó diez soldados de pié, el valiente y leal Peralta se le acercó con su caballo parejero, diciéndole:

—Aun es tiempo, mi comandante, salte, que el torcillo es ligero, y huyamos.

Heredia sonrió con la espresion de un mártir, y mirando aquel puñado de héroes que aun luchaba uno contra cien, repuso á Peralta, rechazándole el caballo:

—Es inútil, pobre Peralta, yo no abandono esos leones que tan bizarramente se baten!

—¿Y qué va á sacar con hacerse matar?—dijo el soldado conmovido.

—Cumplir con mi deber! yo no puedo abandonar á ese último puñado de bravos que han obedecido mi voz hasta el último momento.

Iba el soldado á insistir, pero no tuvo tiempo: los indios, que ahullando ferozmente y galopando por aquel campo de cadáveres, acometieron de una manera salvaje, y en el torbellino de lanzas solo se vieron tres soldados en pie.

Heredia castigó su caballo y haciendo fuego con el revólver se puso al lado de aquellos tres leones. Dos minutos despues todo había concluido. Heredia recibia el último lanzaso y rodaba sonriente y valeroso entre aquellos ochenta cadáveres; los indios solo habian perdido treinta hombres.

Este es el espectáculo con que se encontro el ayudante á su regreso, siendo tal la impresion que recibió que perdió el juicio.

*
* *

Aprovechando la alegre confusion que entre los indios produjo la muerte de Heredia, y la precipitacion con que se lanzaron sobre él á desnudarlo, pudo el leal Peralta escapar, arrastrando tras sí al ayudante loco, cuyo nombre sentimos no recordar en este momento.

Fué Peralta quién llevó al Fuerte General Paz, el parte verbal de lo que había sucedido.

El regimiento estaba allí, y el mayor aseguraba que la orden que había recibido era la de retirarse.

En el acto se mandaron fuerzas que solo al día siguiente llegaron al campo de la acción.

Allí estaban los cadáveres de Heredia y sus cincuenta hombres, desnudos y horriblemente mutilados, rodeados de pedazos de carabina, de sables rotos y cuchillos tronchados, testigos mudos, pero elocuentes, de la bravura con que habían luchado.

•



PRESENTIMIENTOS DE MUERTE

La noche antes de aquel ataque legendario, el campamento argentino presentaba un aspecto de rara alegría.

Cada cual se preparaba al combate del día siguiente, que se sabía iba á ser sangriento, pues allí había aglomerado Lopez todos sus elementos.

El General Rivas, entónces coronel, había sido nombrado Jefe de la primera columna de ataque, que debía iniciar el combate.

El peligro de un rechazo era inminente, y Rivas, no contento con el jefe que se nombró á la columna que debía protegerlo, se fué á ver á su amigo el Coronel Arredondo, para que solicitara marchar en su proteccion.

—Yo no tengo confianza en el que han nombrado,—decía Rivas,—y como el peligro vá á ser duro, quisiera compartirlo con un jefe de su competencia y valor.

—Por mi parte no tengo inconveniente, pero otro es el nombrado ya para ir en la segunda columna de proteccion.

—No importa, yo quiero que usted vaya en proteccion mia, y si me lo permite, voy á pedirlo al General Mitre.

Aquellos dos valientes querían correr juntos aquel peligro, y para conseguirlo el Coronel Rivas fué á pedir permiso al General Mitre para que el Coronel Arredondo mandara la segunda columna de proteccion.

—Que vaya el coronel Arredondo,—dijo Mitre,—usted es el jefe que vá á atacar la posición, y justo es que lleve de reserva al jefe que mas confianza le merezca.

Pero el General Paunero se había encaprichado en que se obedeciese su primer nombramiento, y no había que hacer.

—No tenga cuidado, —dijo Arredondo condolido de la agitacion de Rivas, — yo le respondo bajo mi palabra que mi columna irá en apoyo de la suya.

Satisfecho con esta promesa, el Coronel Rivas, no se preocupó mas de la cosa, y se puso á hacer alegremente los preparativos del siguiente día.

La columna de reserva inmediata, iba al mando del jefe en quien mas confianza tenía Rivas, como valor y táctica, y el resultado del ataque tenía que ser brillante, no había que dudarle.

*
* *

Aquella noche el coronel Rivas invitó á comer en su compañía á los jefes que iban á tomar parte en el ataque.

El bizarro Roseti, el heróico Charlone, el soberbio Fraga, el intrépido Arredondo, Francisco Paz, Alejandro Diaz, Calibar y los demás jefes, eran los invitados á comer aquel churrasco, último que tal vez comieran juntos.

—Hombre, yo no puedo, —dijo Arredondo, — el General Mitre me ha invitado á comer en su carpa y yo le he ofrecido ir.

—Pero, hombre! —dijo Rivas, —con comer el churrasco con nosotros y tomar el café con él queda cumplido—él no ha de tomar á mal que comamos juntos los que vamos á compartir la muerte mañana.

—Hombre, tiene razon, —esclamó Arredondo, —tomando el café con él estoy cumplido: vamos á comer juntos.

Los asistentes arreglaron los churrascos y todos se sentaron delante de sus respectivas caronas, hablando de todo menos del sangriento combate que iba á tener lugar el siguiente día.

A la hora de tomar el café, Arredondo se levantó y pasó á la carpa del General Mitre.

—Arredondo rompe la atmósfera que nos une y respiramos juntos,—esclamó Charlone con una alegría que pocas veces manifestaba,—él vá á ser el único de nosotros que salga ileso mañana.

—Pero hombre ¿por qué tan desagradable pronóstico?—preguntaron á Charlone.

—Quién sabe! cosas del espíritu no mas: he dicho eso como hubiera dicho cualquier otra cosa.

Y la conversacion siguió alegre y risueña hasta el regreso de Arredondo, que vino á tomar parte en la jarana desus compañeros.

*
* *

Concluida la comida, cada cual empezó á hacer sus preparativos personales, revisando sus armas y las prendas de su uniforme.

El Coronel Charlone se acercó entónces á un ayudante que debía quedar en el campamento y le entregó varios papeles personales, su cartera y reloj, encargándole los entregara á una persona que le nombró, para el caso en que lo mataran.

Estrañando Arredondo aquella aprension de Charlone, cuyo valor personal lo había asombrado mas de una vez, se le acercó y le dijo:

—Pero, hombre! ¿cómo es posible que una persona tan escesivamente brava como usted, esté pensando en semejantes preocupaciones?

Charlone era un hombre á quien jamás un peligro había conmovido y que despertaba lo mismo en su cuarto que en medio de una sorpresa.

—Qué quiere, compañero, —repuso con la mayor tranquilidad:— tantas veces vá el cántaro al agua que al fin se rompe: no está demás el hallarse preparado para todas las cosas.

Usted en cambio que no ha tomado el café con nosotros, nada tiene que temer, vá á salir ileso, aunque como siempre se halle en lo mas récio del fuego.

Arredondo sonrió y se retiró, atribuyendo aquello á una rareza del Coronel Charlone.

*
* *

Un momento despues Arredondo se encontraba con el flemático Roseti, en momentos en que éste daba á un ayudante algunas órdenes tristes.

—En tal Escribanía de Buenos Aires está mi testamento; prevéngalo á mi familia, porque nadie lo sabe.

Y agregaba además algunos encargos íntimos, de aquellos que hacen los hombres que sienten su próximo fin.

—Pero hombre!—volvió á exclamar Arredondo,—¿tambien andas de presentimientos de muerte?

—Alguna vez hemos de caer,—contestó Roseti, con la mas bondadosa de sus sonrisas—y así no tendré nada que me preocupe, porque dejo mis cosas arregladas como yo quiero.

—Vaya una idea! si crees que te van á matar, no vayas tu reputacion está bien acreditada para que eso pueda lastimarla.

—No es que crea que me van á matar,—agregó Rosetti,—sinó que me preparo para el caso posible en que me suceda, porque no soy inmortal y mañana se va á pelear duro.

Y en seguida se ligó cuidadosamente el vientre con dos tiras que cortó á un poncho de vicuña.

—¿Y se puede saber porque te ligas así el vientre?

—Hombre, es muy sencillo;—no quiero que me hieran en el vientre, porque tengo horror á las peritonitis; es la única muerte que no me agrada: las demás me son indiferentes.

Y una vez que concluyó de fajarse, pasó á su carpa á preparar prolijamente sus armas.

*
* *

Mañana, y ya cerca de la diana, Arredondo se juntó con el coronel Fraga, aquel bravo y caballeresco tipo, que andaba buscando un oficial para hacerle unos encargos.

—¿Qué es eso?—le preguntó, —¿también crees que te van á matar?

—No lo creo, —contestó Fraga, —sino que estoy de ello profundamente convencido: alguna vez tenía que suceder esto, y yo creo que mi día será mañana.

Puedo equivocarme, pero es bueno arreglar las cosas para no dejar pendiente algo que pueda turbar el reposo del último momento.

Fraga se retiró y Arredondo encontró mañana en la carpa de Rivas á Francisco Paz, Alejandro Díaz, Nicolrich, Calibar y Sarmiento, que estaban seriamente convencidos que iban á morir en el ataque.

—Decididamente, —pensó Arredondo, —esta es una broma que me quieren dar, ó una epidemia endiablada.

Al diablo con estos locos, —concluyó en su pensamiento, y se retiró á tomar sus medidas para cumplir la palabra empeñada á su amigo el Coronel Rivas.

*
* *

Al otro día se hallaban formados y listos para marchar, las tres columnas que debían hacerlo, yendo la primera de ataque á órdenes del Coronel Rivas, y la última de reserva á la del Coronel Arredondo.

Cuando la columna de Rivas hubo pasado, Arredondo mandó por mitades en columna á la derecha y siguió detrás, viniendo así á ocupar, como lo había prometido, el puesto que Rivas deseaba.

—El otro reclamará, si le parece, —pensó Arredondo, —pero ya no habrá tiempo de hacerme retroceder.

Y tomó parte en el duro combate, apoyando al Coronel Rivas.

Todo el mundo sabe como combatió el ejército heroico frente á las trincheras de Curupaytí! donde cada soldado selló su muerte con un hecho intrépido.

La muerte se multiplicaba entre las filas de aquellos sublimes veteranos, que la recibían con la sonrisa en los labios al grito de ¡viva la pátria!

Aquello fué un volcan de fuego y una lluvia de metral-
llas, que terminó bien pronto con la primera columna de
ataque.

Coincidencia rara!

En aquella columna estaban tres de los jefes que habian
comido en la carpa de Rivas y los tres habían caído. Rivas
con una mano despedazada, Charlone con el cráneo vola-
do por una metralleta, y Nicoloriche con el corazon partido
por una bala de fusil, fuera de otras heridas leves.

*
* *

La segunda columna, la que mandaba Arredondo, entró
entonces de lleno en lo mas récio del fuego.

Allí iban Roseti, Fraga y Arredondo.

Al poco rato de batallar de una manera titánica verda-
deramente, Roseti recibió un metrallazo en el vientre, y
Fraga varios balazos que le produjeron la muerte en el
acto.

Mas tarde caian tambien y de una manera heróica,
Nicoloriche, Francisco Paz, Alejandro Diaz, Calibar y Do-
mingo Sarmiento.

El único que regresó ileso de la batalla, aunque con el
poncho acribillado á balazos, fué el coronel Arredondo.

Roseti pudo vivir hasta el otro día en que murió de lo
que tanto temía: una peritonitis aguda que lo hizo sufrir
horriblemente.

Así, de todos los que habian cenado en compañía de
Rivas, solo sobrevivió éste con aquella herida que lo dejó
manco, y Arredondo que tomó el café con el general
Mitre.



GREGORIO CARRIZO

Su brazo robusto y nervioso no se alzar a más en defensa de la patria, su mano «Crotoniana» no volver a más   empuñar el pesado sable, porque ha caido inerte, como la rama arrancada por la tormenta al tronco poderoso.

Aquella cara serena y riente que había cruzado tranquila por todas las tempestades de la vida, surcada por gloriosas cicatrices, no volver a   erguirse más sobre el soberbio y altivo cuello como una amenaza de muerte   una expresion de paternal afecto.

Ya no late en el pecho aquel corazon noble, que anidaba en su seno todas las virtudes y todo el valor de los caballeros antiguos: la muerte lo ha hollado todo y ha postrado su cuerpo de gigante, que asomaba siempre por sobre las cabezas de sus compañeros.

Bondadoso hasta parecer una nodriza con los hijos de su oficial, era bravo sobre toda exageracion frente al enemigo, á quien no vió nunca sin alcanzarlo con la punta de su sable.

Era todo un caballero de la edad media, con la humildad mansa y leal de un paisano.

Allí mismo, tendido en la cama de presos del hospital y asistido por el practicante Almada, sintiendo aproximarse su fin, lo mir  con sus ojos bondadosos y le dijo estas solas palabras:

—Un último esfuerzo, muchacho, hágame ver la luz del nuevo día para poder decirle adios   mi oficial y encargarle mis hijos.

Y se desplomó sobre la cama miserable, como esos árboles gigantes y seculares que troncha la tempestad.

Su vida fué consagrada á la patria y á los pocos seres que le eran queridos: sus hijos y su oficial, antiguo oficial á quien había cuidado como una madre, haciéndole todo lo dulce que le fué posible la dura y penosa vida militar.

Sus anécdotas se cuentan á docenas en las cuadras del heróico 2 de caballería; ellas son tristes ó risueñas, pero siempre dejando asomar la silueta de su espíritu noble.

*
* *

Carrizo fué arrancado de su hogar por fuerzas revolucionarias.

Batidas estas fuerzas, el gobierno castigó en él un delito que no existía y lo condenó á dos años de servicio en el regimiento Blandengues, años que se multiplicaron hasta el número de veinticinco, sin que este cuarto de siglo de martirio lograra apagar la sonrisa de sus labios gruesos y bondadosos.

—En cualquier parte se vive bien,—decía,—yo ya no tengo familia y todo me es igual.

El oficial á quien servía de asistente, le consiguió la baja, y él conmovido ante aquél suceso que no esperó ver realizado nunca, juró á su oficial una lealtad de perro, y siguió sirviendo en el regimiento y á su lado, voluntario y sinsueldo.

Fué entónces que Carrizo dió una prueba de su fuerza de carácter.

Bebedor insigne, no había existido castigo que le hiciera perder ese vicio.

Un dia lo llamó su oficial y le dijo:

—Es una vergüenza que un hombre tan completo como tú, sea un borrachon despreciable; si estimas en algo mi aprecio, no vuelvas á embriagarte mas.

—Mi teniente,—repuso despues de un violento esfuerzo —hoy me mamo por la última vez de mi vida.

Y despues de aquella tranca, que fué formidable, no volvió á llevar á los labios un vaso de bebida.

*
* *

El regimiento se batía desesperadamente en los campos de la *Picasa*.

Despues de un combate reñido y cuando el regimiento se retiraba, Carrizo vió al sargento Ortiz, su viejo amigo, que quedaba por muerto en el campo.

Salió de las filas y vino en su auxilio, pero no pudo subirlo sobre el caballo, Ortiz se estaba muriendo. En la lucha de ayudarlo á marchar á pié, fué acometido por un grupo de catorce indios: él podía saltar á caballo y salvarse, pero entónces tendría que abandonar á Ortiz y esto no había que pensarlo.

—Andate, hermano,—dijo el moribundo,—de todos modos yo voy á morir y si te quedas vamos á morir los dos.

—Ni yo ni vos,—respondió Carrizo,—vamos á llegar vivos al campamento.

Y ayudándolo á andar, cubriéndolo con su cuerpo de atleta y disparando su carabina cada vez que los indios se aproximaban mucho, anduvo las 21 cuadras que lo separaban del regimiento campado ya, donde llegó con su preciosa carga.

Había quemado diez y oho tiros y muerto cuatro indios.

*
* *

Había en el regimiento un soldado muy sin vergüenza y aporreado, que siempre estaba preso por pequeños robos de gallinas y otros animales domésticos y comísticos.

Una tarde este soldado se robó un pato de los vivanderos, y tomado infraganti delito de comérselo, fué metido por el coronel en el cuerpo de guardia.

Pasando Carrizo por allí, y viéndolo tan mústio y cabizbajo, le preguntó con su mas traviesa sonrisa:

—Y vos, hermano, ¿por qué estás aquí?

—Qué querés hacerle! desgracias de la vida—estaba comiendo un churrasco y han creído que era pato.

—Ah! por robar patos, decí de una vez —tomá tu torta; quien te mete á oficio de ricos! quién te mete á comisario pagador!

Y pasó riendo como si le hicieran cosquillas.

*
* *

Como sucedía siempre, en uno de los mas calurosos dias de Enero se repartía el vestuario de invierno.

A Carrizo le había tocado un poncho con una bayeta de larguísimo pelo, que él se lo había puesto por burla, con el pelo para afuera.

Otro de los milicos, que lo miraba estrañando aquella idea de abrigarse con tanto calor, le dijo:

—Hermanito, no estés en mangas de camisa que te vá á dar el chucho.

—Estoy pensando,—repuso Carrizo mirando la larga frisa de su poncho: —estoy pensando, hermano, que liendre que cae aquí, no la sacan ni con palabra de casamiento.

—¿Y si es casada?—preguntó el otro.

—Ah! si es casada, —contestó gravemente Carrizo,— no la sacan ni con promesa de divorcio.

*
* *

Cuando se sublevaron los indios de Catriel, Carrizo era peón del comandante Forest.

Su oficial, que era lo único que lo ligaba al regimiento, lo había convencido que debía hacer uso de su libertad y le había dado una carta para aquel jefe.

Forest se encontraba en el Azul y aquella noche debía pasar para la Blanca Grande, á cuyo efecto mandó á Carrizo atara la volante.

—Ni se le ponga, comandante,—dijo el leal soldado—he oído hoy á dos indios que hablaban en la lengua, que de esta noche á mañana se vá á alzar la indiada, y si lo toman en el camino lo matan.

—No seas loco, ensilla no más para salir ahora.

—Mi oficial me ha dicho que lo cuide, señor, yo cumplo diciéndole que no salga esta noche; mañana saldrá y vendrá á ser lo mismo.

—Ata y déjate de majaderias.

Carrizo que sabía como él lo había dicho, que los indios se iban á alzar, fué y rompió la lanza de la volanta.

—Comandante, —dijo, —no puedo atar hasta mañana porque se ha roto la lanza.

Aquella noche tuvo lugar la sublevacion, y fueron muertos por los indios todos los viajeros que se encontraron entre el Azul y la Blanca Grande.

Carrizo había salvado la vida al comandante Forest.

*
* *

Cuando el doctor Alsina hizo su primera marcha, necesitó hombres de toda confianza para tener á su lado, y Forest le mandó al sargento Carrizo con su recomendación más decidida.

Cuando regresaron á Buenos Aires, el doctor Alsina agradecido á los servicios cariñosos y bravos de Carrizo, le llamó y le dijo:

—Quiero hacerte un regalo para que tengas un recuerdo mio, pero como quiero darte la cosa que te sea mas útil la dejo á tu eleccion.

¿Quieres dinero, ó quieres caballos, ó quieres alguna prenda, ó un empleo en la Policia? Vamos á ver, pídemelo que quieras en la seguridad que lo tendrás.

—¿ Aunque sea muy gordo el pedido, mi Ministro?

—Aunque sea muy gordo, pide.

—Pues bien, —dijo Carrizo mostrando en sus ojos toda la alegría en que rebosaba su corazon.—Usted que todo lo puede, hágame dar de baja al sargento Ortiz, del 2 de caballería, que ha cumplido hace diez años el tiempo de su destino.

No quiso mas recompensa y Ortiz debió su baja á la amistad de Carrizo.

*
* *

Se había marchado tres días y tres noches sin comer y sin dormir. La fatiga era enorme y el sueño mayor que el hambre.

Se había campado detrás del enemigo para sorprenderlo á la diana, pero con todas las precauciones posibles para no ser sorprendidos, porque la division, aunque brava, era pequeña.

Se mandó permanecer con el caballo de la rienda y en la mayor atencion para poder saltar á caballo á la primera voz, porque el peligro era sério.

El oficial no pudo resistir á la fatiga y al sueño, y se durmió como se duerme á los veinte años, aunque sea sobre una mina encendida.

Cuando despertó, se encontró á caballo y listo para seguir el movimiento.

Carrizo, haciéndole servir de almohada su regazo, había velado el sueño del oficial, con las armas preparadas, robando aquel tiempo precioso á su propio descanso.

En cuanto se tocó á caballo, el oficial fué el primero que montó, subido por los brazos hercúleos de Carrizo.

*
* *

Jamás un peligro, por sério que fuera, logró apagar de sus labios su sonrisa mansa que imprimía á su semblante magnífico y bravo, una espresion de magnanimidad suprema.

Su generosidad y su bondad está pintada en un solo rasgo:

Un sargento de la Policía de Flores, porque no había querido prestarle un caballo, quiso llevarlo preso.

—No sea infeliz—le dijo Carrizo; y le pegó con una bolsa en la cara.

El sargento buscó ayuda y se vino sobre Carrizo acompañado de cuatro soldados.

Carrizo tenía cuchillo en la cintura, su cuchillo de trabajo, y temiendo sacarlo en algun momento de ira y hacer alguna tontera, lo arrojó á la calle y sacó el freno á su caballo.

—Para ustedes, —dijo, — basta el freno.

Y á frenazos ó azotes con las riendas llevó á sargento y soldados hasta el Juzgado de Paz, donde los entregó presos con estas palabras:

—Aquí traigo á estos presos, por el delito de inservibles y flojos—pónganles una carona.

El Juez de Paz, que era entónces el estimable señor Carballo, castigó su desacato con ocho días de arresto que Carrizo soportó con su eterna sonrisa.

*
* *

Cuando salió de baja, Carrizo se casó, despues de decir estas palabras que espresan esactamente lo que es la vida de línea:

—Ahora que soy dueño de mí, me caso, porque tendré el derecho de tener hijos.

Y se estableció en Flores como veterinario y domador, teniendo al poco tiempo una gran clientela.

Bravo como las armas, los compadres le temian y lo respetaban, convencidos de que era muy difícil llegarle al cuero con el facon.

El usaba entre las caronas un viejo sable, respeto de la casa y de la calle, como él lo llamaba.

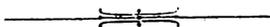
Una tarde se complotaron tres asesinos para deshacerse de él y del jabon que le tenían, y mientras dos le daban conversacion, el tercero le partía la noble espalda de una puñalada de muerte.

Asimismo y moribundo, Carrizo pudo sacar su viejo sable y partir la cara de su asesino con una marca eterna.

*
* *

Fué llevado al hospital, donde la ciencia hizo por salvarlo todo género de esfuerzos.

Pero la punta de la daga habia partido el hígado despues de interesar el diafragma, y quince días despues Carrizo espiraba como mueren los héroes, despues de recomendar sus hijos á su antiguo oficial.



EL CARRETON DE MATOSO

En aquellos buenos tiempos en que la juventud mas distinguida ingresaba al ejército, y los cuerpos de línea tenían oficiales como Arredondo, Martinez de Hoz, Borges, Campos, Arias, Romero y tantos otros, los cuarteles y los campamentos eran un centro de alegría constante, en que las bromas mas saladas, y pesadas á veces, brotaban de todas las bocas.

Viejos compañeros de Universidad y de Colegio, todos se conocían sus pequeñas aventuras de amor, y se daban al respecto cada bromazo que sonaba como un golpe de tohalla mojada.

Entónces la tropa de línea no incomodaba en la ciudad, con sus toques de corneta y ejercicios de guerrilla en nuestras calles mas concurridas, y la oficialidad paseaba las calles con la alegría mas franca pintada en el semblante y la travesura mas picaresca campeando en todo el cuerpo.

El batallon 2 de línea, que mandaba don Emilio Mitre, era uno de los que contaba con juventud mas traviesa y conocida, siendo por esta causa el rival del 6º, cuyos alferuchos han ocupado despues los puestos mas distinguidos del Ejército.

Habia en el 2 de línea un alférez Diaz, oriental, que era el tipo mas completo del militar rompe esquinas.

Pobre y despilchado hasta el extremo de ponerse el corbatin por toda camisa, muchas veces, el alférez Diaz tenía un capital inagotable de travesura estudiantil.

No andaba pensando sino en la broma que debía hacer á este ó á aquel camarada, y en los medios de proveerse de las prendas de uniforme que le eran mas necesarias.

Por este motivo cuanta broma pesada y anónima se daba en el cuartel, era atribuida al alférez Diaz, lo que le había valido buena cantidad de manteos y arrestos en el cuarto de banderas.

Esta alegría sempiterna del alférez Diaz, contrastaba notablemente con la seriedad majestuosa del teniente Borges, gravedad reposada y suave, que conservó hasta el apogeo de su bella carrera.

Sin bravatas y sin enojos, Borges había logrado que Diaz lo dejara un poco tranquilo, y decimos un poco, porque de cuando en cuando lo hacia víctima de alguna broma por el estilo de la que vamos á referir.

Servía entónces en el 2 de línea, el hoy Coronel Matoso, teniente tambien como Borges en aquel tiempo, y que estamos seguros leerá con gusto este recuerdo juvenil.

Matoso era poco amigo de bromas, sobre todo de las bromas del genero de las que solía dar el alférez Diaz.

Y como no las aguantaba, buen cuidado tenía el alférez Diaz de no dárselas sino cuando podía esquivar cierta responsabilidad peligrosa, no porque tuviera miedo á Matoso, porque no lo tenía á nadie ni á nada, sino porque en medio de su infinita travesura y aturdimiento, no le gustaba andar á hachazos con sus compañeros de cuerpo.

Esto hacia que las bromas que daba á Matoso lo hiciera con el cuidado de hacer caer la culpa sobre los mas amigos del teniente Matoso, para que el enojo de éste no fuera tan peligroso ni de malas cosecuencias.

Ustedes pueden formarse una idea de lo que era el alférez Diaz, sabiendo que un día formó con corbatin y capa por todo traje, porque no tenía más piezas de ropa; la espada se la había prendido sobre el pellejo.

Como aquel día era mártes de Carnaval, el estado de aquellas pobres piezas, á las 8 de la noche, bien se puede imaginar—el alférez Diaz no tuvo con qué formar á la siguiente diana.

El resto de su uniforme lo había empeñado para comprar útiles de jugar al Carnaval, que en aquellos tiempos se reducían á un millar de huevos y una geringa de lata.

El 2 de línea estaba de guarnición en Rojas, punto fronterizo entonces, donde los soldados vivían un poco peor que ahora, porque en la época á que nos referimos no tenían ni una carpa con qué abrigarse de la intemperie.

El teniente Matoso tenía un carreton que le había dado un amigo, un carretón antiguo de aquellos de enormes puertas donde uno podía encerrarse como en la mejor pieza.

Matoso había constituido en aquel carreton su domicilio, amueblándolo con un lujo asiático, pues á mas de un catre á la crimea tenía en él un roperito fabricado con cajones de fideos, vacíos.

En los días de servicio llevaba su carreton hasta el cuerpo de guardia, y allí establecía su residencia de veinte y cuatro horas, haciendo asumir á su carreton todos los honores de la oficina de un oficial de guardia.

Este gran carreton era envidiado por todos, menos por el teniente Borges, que tenía también una carretita que, con menos suntuosidad que el carretón de Matoso, le prestaba el mismo servicio.

Las dos carretas eran el tema principal de las bromas diarias, dando todos la supremacía á la de Borges, por hacer rabiar á Matoso.

Y era el alferez Diaz el que andaba siempre adornando la carreta de Borges, para que Matoso creyera que su camarada era el mas empeñado en ponderar su carreta.

—Confiesa que la carreta de Borges es mas paqueta que la tuya,—solían decirle.

—Qué me importa!—contestaba Matoso indiferentemente,—en cambio la mía es mas cómoda.

Pero no dejaba por esto de incomodarse por aquel desprestigio de su carreton, que era la prenda mas estimable y útil que poseía.

Un día de calor de fuego, de aquellos calores en que

la ropa, y sobre todo la ropa militar, asa el cuerpo, Matoso estaba de servicio, metido dentro de su carreton.

A causa del sol formidable que caía á plomo sobre el campamento, había entornado las puertas de la carreta, cuyas varas estaban apoyadas sobre un estacon, para mantenerlo á nivel.

El alférez Diaz cruzó por alli, muerto de calor, y se asomó al carreton del teniente para pedirle un poco de sombra.

En aquel momento, Matoso, que leía un libro poco interesante, se había quedado dormido profundamente, con ese sueño pesado de la siesta en un oficial mal dormido.

Ver á Matoso dormido y saltarle en la imaginacion una idea diabólica, fué obra de un momento.

Diaz no tardaba mucho en poner en práctica sus ideas mas infernales, y como aquella vez se trataba de ganar tiempo, tardó mucho menos aún.

Con gran cuidado de no hacer el menor ruido, Diaz tomó un caballo bellaco como pocos, que había en el campamento, á cuya cola ató un tarro de lata lleno de vidrios, estribos y todo objeto de hacer ruido.

En seguida trajo el caballo, con cuidado de no hacerle sentir lo que traía á la cola, cerró con llave la puerta del carreton y ató el potro á las varas, perfectamente bien amarrado.

Hecha esta operacion tomó un rebenque y castigó fuertemente al brioso animal:

A los rebencazos disparó este, y al sentir el ruido infernal de aquel tarro que se enredaba en sus patas, se agachó á bellaquear, sin cesar por esto en su vertiginosa carrera.

Diaz corrió entónces al otro lado del cuerpo de guardia, y se acostó á hacerse el que dormía profundamente.

Nadie lo había visto llegar, porque los otros oficiales dormían ó leían, y en cuanto á la tropa, no había de revelar el secreto que había sorprendido.

El carreton, tirado de aquella manera descomunal, se hizo un ovillo con caballo y todo, en la primer zanja que encontró al paso, haciendo dar al teniente Matoso los mas terribles tumbos.

A fuerza de patadas y golpes, logró abrir la puerta, y aunque magullado y dolorido se dirigió al campamento presa de las mayores iras, mientras los soldados se torcían de risa junto con otros oficiales que habian acudido á la bulla y algazara.

El primer viviente con quien tropezó Matoso era el alférez Diaz, pero éste dormía de una manera tan tranquila y apacible, que pasó de largo sin pensar que aquel era el causante de todo.

Matoso siguió adelante como un toro que entra á la pica, encontrándose con el teniente Borges que, tendido de espaldas en el suelo, leía plácidamente.

Matoso se paró delante de Borges y lo miró iracundo.

Al ver su facha descompuesta y furiosa, Borges no pudo contener una sonrisa, sonrisa que fué para Matoso la revelacion del autor de la broma.

Así, apostrofando duramente á Borges, le hizo volar el libro de una patada.

El teniente Borges, sonriendo con aquella majestad que le era característica, preguntó á Matoso por qué lo ofendía de aquella manera.

Pero éste, mas irritado que nunca, no solo lo apostrofó con mas dureza, sino que intentó alzarle la mano.

Entónces Borges lo contuvo duramente y lo reprendió con acritud, lo que dió lugar á un cambio de espresiones ofensivas, de aquellas que ningun oficial puede oir con calma y sin levantarlas con la espada.

*
* *

Esa misma noche y con todas las formalidades de estilo, los tenientes Borges y Matoso se batían, á media legua del campamento.

El alferez Diaz habia explicado la cosa, pero los tenientes habian cambiado ofensas que hacian la cuestion eminentemente personal y los hacia á ellos prescindir de la broma del carreton que la habia originado.

Ambos bravos, ambos serenos y ágiles, los dos tenientes se batieron por espacio de un cuarto de hora, haciendo esfuerzos para herirse.

Por fin la suerte protegió á Matoso que logró dar á su adversario una estocada en el pecho, estocada de que siempre padeció Borges.

Fué la única vez que el coronel Borges se batió en duelo.

Despues de esto, los coroneles Borges y Matoso, han sido buenos amigos y se han estimado siempre.



EL COMANDANTE KLEIN

Yo soy la abnegacion desconocida y
la pena ignorada.

Damos hoy un puesto de honor al comandante Klein, á quien se pueden aplicar con justicia esos dos versos del poeta.

Klein és uno de esos soldados bravos y austeros, para quien el cumplimiento del deber está arriba de todas las cosas.

Su foja de servicios es rica como ninguna y como ninguna ignorada—del 54 á la fecha no se ha disparado un solo tiro bajo la bandera argentina, sin que él haya estado presente, ofreciendo el contingente de su sangre y de su brazo.

El comandante Klein reúne á su despejo natural brillante, un valor frio y sereno, valor aleman, que contrasta con el de nuestra raza, pero que no por eso es menos hermoso.

Su espada ha brillado en las filas del glorioso 1° de caballeria en los tiempos de mayor lucha y sacrificio.

Siempre modesto y resignado, siempre batallando á la par del primero, ha sido el último en presentarse cuando el mas justo reconocimiento de la Nacion llamaba á sus leales hijos.

Sus treinta años de servicios no han sido empañados por una sola sombra, y en su mirada noble y bravía, luce la espresion serena y tranquila del que está satisfecho de sí mismo.

Klein no tiene una planta arrogante, no es un militar que llama la atención por su físico, pero en su cabeza hay algo que habla con la fuerza de lo bello y de lo verdadero; está pintado allí el valor sereno en su manifestación más grandiosa. .

*
* *

Klein es alemán, natural de Bremen, donde nació el año 34.

Con los conocimientos serios del deber militar y fuerzas infinitas para cumplirlo en su mayor rigidez, sentó plaza de soldado raso, en Mayo del 54, en el Escuadrón «Dragones de Mayo».

Solo tenía veinte años de edad; el entusiasmo de su corazón valeroso y el deseo de hacer una figura distinguida.

Klein se estrenó aquel mismo año, en el combate de la «Cabeza de Buey» á órdenes del mayor Valdebenitez.

Fué aquel un combate rudo y reñido: los indios eran muy superiores en número y las armas que usaba el ejército muy desventajosas.

El Escuadrón Dragones tuvo muchas bajas: el soldado Klein llamó sobre sí desde el primer momento la atención de sus jefes y de sus mismos compañeros, pues sable en mano y como la cosa más natural, entró al grueso de la indiana matando dos entre sus filas y defendiéndose con un valor verdaderamente arrogante.

Desde el 54 al 56, hizo las campañas del Sud, al Tala, distinguiéndose siempre como un soldado modelo, bajo todos respectos, lo que le valió un ascenso á cabo primero, y á sargento segundo enseguida.

La tropa no había visto nunca un sargento de aquella talla, que se les imponía como un jefe, y sin mostrar el menor encono ó envidia por sus dos ascensos, lo aceptaba como un superior en todo.

El año 57, siendo sargento 2º, vino el célebre combate

de la «Cruz de Guerra», combate que duró un día entero, contra las indiadadas de Calfucurá.

Aquel combate fué reñidísimo, y la division del coronel Diaz necesitó hacer verdaderos esfuerzos de valor para quedar triunfante.

Las bajas eran numerosas y la division empezaba á acobardarse: fué la compañía de Klein la que se condujo con mas bravura, y Klein mismo, que volvió á llamar sobre sí la atencion de su jefe.

Su brazo infatigable no se cansaba de herir, sin que por esto desatendiese el buen desempeño de la compañía á él confiada.

En la persecucion como en el combate no descansó un minuto.

Su conducta en este sangriento combate le valió el empleo de sargento 1° distinguido, y un pase al regimiento Blandengües, despues 1° de Caballería.

Durante los tres años que ocupó este empleo, su conducta fué siempre ejemplar, sin que jamás tuvieran sus superiores el menor reproche que dirigirle.

En esos tres años y en su empleo hizo la campaña que llevó á cabo don Emilio Mitre el año 58, asistiendo en seguida á los combates del Bragado, contra los indios de Calfucurá, y muchos otros librados contra el mismo cacique por el coronel Olivencia, mientras tenía lugar la batalla de Cepeda.

El año 1860 concluye Klein su carrera como *clase* para empezarla como oficial con el empleo de porta-estandarte en el mismo Regimiento.

*
* *

En Noviembre de 1860 era ascendido á porta y marchaba á ocupar su puesto de peligro en las filas de los que en Pavon salvaron el honor de la República.

En aquella gloriosa campaña, su conducta fué siempre brillante en la batalla, y cuando toda nuestra caballería se

había dispersado, se vió siempre flamear la bandera del 1° en lo mas récio del combate, y Klein vuelve á llamar la atencion por su bravura serena y decidida.

Despues de la batalla de Pavon asistió á la de «Cañada de Gomez» y hace la campaña de las Provincias hasta Mendoza, á órdenes del comandante Ruiz.

En vista de su conducta y aptitudes, es elevado al empleo de teniente 1° y con ese grado hace la campaña contra el Chacho, el valiente y soberbio Chacho.

Fué entónces que se produjo aquella sublevacion de mas de doscientos destinados que encabezó Pedro Perez, y que tanta sangre costó sofocar.

Fué allí donde quedó manco Marcelino Reyes y donde Klein tuvo una nueva oportunidad de mostrar sus buenas aptitudes y su valor.

Ayudante Mayor en 1863, partió con el valeroso coronel Sandes á seguir la campaña del Chacho, hallándose presente á la sangrienta batalla en la «Angostura» contra fuerzas del Chacho mandadas por Ontivero.

De allá marchó á contener la invasion que trajó el coronel Clavero, por el Sur de Mendoza, y repelido éste, pasó á hacer la penosa campaña á los *Llanos de La Rioja*, asistiendo en seguida al combate de las Playas como ayudante del Coronel Sandes.

Todos estos empleos le valieron un ascenso á capitan, que ocupó durante tres años.

En 1864, marchó á las órdenes del coronel Segovia á la Costa del Diamante, asistiendo en 1865 al combate del *Paso de los puntanos*, reñido combate contra los indios, durante el cual hizo una bella figura.

En esta época el capitan Klein es llamado á un teatro mas vasto.

La República Argentina ha roto sus hostilidades contra el ejército invasor del Paraguay.

El capitan Klein aprovecha el nuevo teatro, y lleno de entusiasmos asistió á la batalla del *Yatay*, donde la caballería argentina, al mando de Hornos, hizo verdaderos prodigios.

Aquí conquistó la medalla con que el Gobierno Oriental premió la abnegacion y valor de las fuerzas que combatieron.

Despues de pasar todo género de penurias y angustias, asistió á las memorables batallas del 2 y 24 de Mayo, gloriosos hechos de armas, donde el soldado argentino mostró una vez mas todo el brío entusiasta y todo el valor de que es susceptible.

El capitan Klein hizo una figura notable.

El 24 de Mayo fué una sorpresa, que tomó siesteando á nuestra caballería.

Klein hizo saltar *en pelos* su compañía y fué el primero que acudió á la línea de batalla.

El capitan Klein se batió todo aquel día memorable, y á la noche, cuando el ejército reposaba de las fatigas de la jornada, marchó á prestar con su valeroso escuadron, el servicio de avanzada.

Cuando el ejército estaba mas contraido á la terminacion de aquella cruda guerra, 1867, estalló en el Interior el alzamiento de Saa y fué necesario distraer un cuerpo de ejército para contenerlo.

Fué entresacada la flor del ejército, y entre ella marchó el 6° de infanteria y 1° de caballería á órdenes del general Paunero.

Klein marchó en este último, con el grado de sargento mayor, y asistió á la gloriosa batalla de San Ignacio, combates de Palermo, de San Rafael y de Aylon, haciendo las campañas del Interior y San Carlos.

En 1868 se le vé asistir al segundo San Rafael, reñido combate donde Pedro Perez presenta mas de mil indios de pelea, y se bate desesperadamente.

Klein se bate de una manera admirable y rechaza victoriosamente al enemigo que en vano quiere envolverlo.

En 1869 se bate con fuerzas del cacique Purran en *Las Ancas, Carrizal, Ureta, Carro, Diamante*, y efectua una persecucion tenaz de mas de cien leguas en dos dias y medio.

Klein recibe en premio la efectividad de sargento mayor.

En 1874, asiste á la batalla de Santa Rosa, formando parte de la primera brigada, y tiene una nueva oportunidad de mostrar su valor y pericia, recibiendo el grado de teniente coronel.

La inaccion del ejército lo sorprende, hasta 1878, en que hace la campaña al desierto hasta *Poitahué*, donde asiste al combate contra Baigorrita y su indiada.

*
* *

Así, en 26 años de brillantes servicios, el comandante Klein ha asistido á siete batallas, catorce combates y hace diez campañas, fuera de pequeños encuentros y escaramuzas que no se mencionan.

Modesto y bravo siempre, vejeta y se esteriliza hoy en una mesa de la Inspeccion de Armas, robándose así al ejército el esfuerzo de un corazon noble y el contingente de una buena inteligencia.

Como ésta hay en el ejército muchas fojas de servicios que permanecen ignoradas y que nosotros iremos mostrando á la luz de sus propios destellos.



UN BANQUETE EN LAS CARONAS

Qué calor espantoso hacía aquel día maldecido!

Se marchaba bajo los rayos de un sol de Enero y sobre unos caballos enloquecidos por los pinchazos de los tábanos, que no les daban un momento de alivio.

Las caras de los milicos parecían caras de otro mundo, surcadas por los chorros del sudor que dejaban una especie de zanja entre la mugre de aquellos semblantes que no se habían lavado desde que nacieron.

Los tábanos se prendían en los mancarrones desventurados, que se azotaban los flancos con una desesperación tremenda.

Y sus cueros manaban sangre por todas partes, haciendo imposible la marcha.

Los cardos secos espinaban las pantorrillas cubiertas apenas por una especie de pantalones, que dejaban asomar por entre sus roturas inmensas las peludas y ridículas canillas.

El doctor Cabello, que era un locazo de primera fuerza, sostenía seriamente que los tábanos lo iban á volver loco, mientras el Mayor Godoy se rascaba los matambres ferozmente lanceados por los tábanos que en su deseo de picotear, no distinguían ya entre la carne de caballo y la carne humana.

El sol y el calor, la agitación de la marcha y el espantar de los tábanos, nos habían dado una sed de todos los infiernos.

Hubiéramos cambiado nuestra parte de paraiso por un trago de agua.

El coronel Lagos engañaba la sed y se humedecía la boca chupando un pedacito de carona, mientras á los demás se les hacía agua contemplando la operacion.

El hambre era inmensa, porque no se comía desde por la mañana, pero la sed era diez mil veces mayor: no se podía ya pronunciar la ñ, que es el colmo de la sequedad de la boca.

Y todavía teníamos mucho que marchar: no podíamos hacer alto hasta no ponerse el sol, porque entonces se hubiera perdido el objeto principal de aquella marcha diabólica.

Pobres patrios! y ellos que en ancas de toda esta miseria tenían que sufrir el lancetazo sangriento de los tábanos, no se quejaban, y con su indiferencia de curtidos, soportaban las frecuentes caricias del rebenque de lonja.

Por fin llegó la tarde cuando ya toda marcha era imposible, cuando estábamos cortados por el filoso lomo de los mancarrones, y cuando la sed hacía imposible toda voz de mando.

Era necesario beber, beber antes que nada, y dar de beber á los pobres caballos, estenuados de fatiga.

*
* *

Y así, rendidos de fatiga y de calor, de sed y de hambre, fué preciso ampararse de las palas de puntear y abrir un jagüel para proveerse de agua.

Y con esta abnegacion suprema é imponderable del soldado argentino, á prueba de toda desventura y contra-tiempo, se pusieron á la obra jefes, oficiales y soldados.

Los epigramas mas graciosos se cruzaban de boca á boca levantando un trueno de risotadas, mientras cada nariz era un surtidor de sudor, pero de un sudor que parecía chocolate.

Y los cavadores eran renovados de cinco en cinco minutos, porque sino la fatiga los hubiera muerto.

Mientras unos cavaban con un ardor digno de semejante sed, otros prendian sus fogones y arreglaban las pabas para estar listos en cuanto apareciera el agua.

El uniforme había ido disminuyendo á medida que aumentaba la fatiga, de modo que á la hora de aquel trabajo, el Regimiento parecía una tribu de indios.

Por fin apareció en el pozo aquella capa de greda húmeda que anuncia la aproximacion del agua, y un clamoreo inmenso se levantó de entre aquel hervidero de sedientos.

El coronei Lagos, por conservar el respeto de sus inferiores, se contentó con echar á correr como un gamo, dando tres brincos y algunas volteretas; el doctor Cabello se paró de cabeza, y la tropa empezó á corretear, y darse vueltas de carnero, mientras los oficiales preparaban el kepí para hacerlo servir de vaso.

Un momento mas, y el agua brotaba de las paredes y el fondo del jagüel como una bendicion de Dios.

*
* *

A pesar de los cuarenta piés que en el agua chapaleaban, y que no se habían lavado desde que fueron dados de alta, las pabas, kepíes y cacerolas descendieron al jagüel, á los gritos de:

—A mí, hermanito! llename la mia! no me empujes la paba, por tu madrecita! á mí un poquito!

Y los adminiculos empezaron á salir en medio de formidable algazara.

Cuán poco iba á durar aquella alegría!

El primero que llevó el agua á los labios, lanzó una maldicion como un trueno y arrojó la paba por encima del jagüel.

—Ha visto una vivora en la paba!—esclamó otro y llevó el kepí á los labios con una ansiedad febril, y el gesto de su cara fué algo de monstruoso.

El agua era salada, pero salada de una manera impon-

derable, al extremo de no poder hacerse con ella el mas miserable buche.

Todo aquel trabajo había sido inútil y la sed, con la desesperacion, había aumentado de una manera enorme.

Y sin embargo, aquella gente brava y sufrida todavía tenía ánimo para embromar, habiendo quien aseguraba que si el agua estaba así, era porque el mayor había metido los piés entre el jagüel!

No había mas remedio que montar á caballo, é ir diez leguas mas afuera á cavar otro jagüel con la duda ya de si sería agua dulce ó agua salada.

*
* *

Cabizbajos y sombríos, cada cual se enorquetó en la cuchilla de su matungo y empezó la nueva peregrinacion en busca de agua dulce.

No había andado dos leguas aquella columna de sedientos, cuando se sintieron gritos descomunales á retaguardia, y como un condenado se vió venir al alférez Sandalio que venía á media rienda enarbolando una bota.

El alférez Sandalio era una cosa imponderable, como catadura y como mugre.

Figúrense ustedes, al atorrante Arauz en traje de alférez de caballería, pero un Arauz con el pelo hasta los hombros y una barba que parecía mata de cortaderas, estendida sobre el pecho.

Un Arauz fatigado, con la cara cubierta por un colchon de tierra donde el sudor había abierto blancos surcos, y una nariz matada por los rayos del sol y el frío de las heladas.

Un Arauz con chiripá, levita militar y kepi con barbijo de sombrero de campo, adornado con borlas, una boa de lana en el pescuezo y todas las miserias de la vida impresas en el semblante.

Un Arauz, con veinte años mas sobre los lomos, y veinte libras de mugre sobre las pilchas: Arauz, en fin,

revolvado en el suelo de un matadero y puesto á secar al sol.

Para mayor comodidad y mayor prontitud en el servicio, el alférez Sandalio no se desnudaba jamás ni se había sacado las botas desde que se las puso, hacia, por lo menos, un año.

*
* *

Con esta ligera pintura el lector podrá calcular lo que era aquella catadura, aquel cuerpo y aquella ropa que hacía apercibir la proximidad de Sandalio desde dos cuardras de distancia.

El alférez Sandalio era el jefe de la partida de baqueanos, y baqueano él mismo hasta el extremo de conocer la pampa mata por mata.

Y en su calidad de baqueano había prestado servicios estimables, que lo hacían acreedor á todo género de consideraciones.

¿Qué significaban aquellos gritos descomunales, aquel revoleo de la bota, y sobre todo, aquel suceso que había obligado al alférez Sandalio á quitarse una bota?

Era realmente un acontecimiento capaz, no solo de haberle hecho sacar una bota, sino las dos.

El alférez Sandalio había dado vueltas, hasta que descubrió un charco de agua, donde había bebido hasta saciar la sed.

Haberse vuelto con las manos vacías hubiera sido un egoísmo de que indudablemente no era susceptible su corazón magnánimo.

Como quien hace el más horrible de los sacrificios, Sandalio se sacó una bota y la llenó de agua, viniendo así al encuentro de sus compañeros, para que calmaran en su bota la sed devoradora.

*
* *

Como era natural, al coronel Lagos, que era su jefe y su amigo, fué al primero que alcanzó la bota llena de agua cristalina.

Y era tal la sed, que Lagos tomó aquella bota horrible y fué á llevarla á los labios, pero el tufo de la bota lo hizo mirar el pié desnudo del alférez Sandalio, y una arcada horrible fué el efecto inmediato.

La sed era espantosa, pocas las esperanzas de hallar agua, pero aquella bota espantosa se defendía con la amenaza de la ipecacuana, cuyos efectos se veían palpar en sus orejas, su taco y su suela formidable.

Y Sandalio la ofrecía con una inocencia incomparable y como quien brinda la felicidad suprema.

La bota pasó de mano en mano, desde las del coronel hasta las mismas de Sandalio, sin que ninguno se animara á llevar sus labios á aquella caña imponderable.

Muchos pidieron á Sandalio la direccion del charco y se lanzaron á media rienda, ávidos de beber, mientras la bota, por cuyas costuras se había salido la mitad del agua, seguía ofreciéndose al que la quisiera.

La proximidad del agua había aumentado la sed hasta el delirio y era imposible resistir por mas tiempo.

Con mano temblorosa y vacilante el teniente Arriola hoy mayor, tomó la bota de Sandalio, y como quien se resuelve á una accion heróica, cerró los ojos y bebió, bebió de una manera fabulosa, hasta saciar la sed que había convertido su lengua en una yesca.

Despues de Arriola bebió otro oficial, bebimos nosotros y bebió el mismo coronel Lagos, porque corrió la voz que el charco se había agotado y no quedaba mas agua que la que había en la bota del alférez Sandalio.

Calmada un poco la sed en el charco, fué ya mas fácil la escavacion del segundo jagüel, encontrándose el agua dulce á solo tres varas de profundidad.

Pero el agua de la bota de Sandalio se revolvía en todos los estómagos, y á la vista del pié, amenazaba una verdadera revolucion de tripas.

Calmada la sed se pensó en comer, pero no había carne ni cosa parecida.

Los tábanos, el sol y la sed no habían dado alce, y cosa rara, los milicos no habían ni siquiera boleado un avestruz.

La tropa necesitaba comer, y se dió entonces permiso para carnear tres ó cuatro mancarrones patrios, de aquellos que por vichocos, mancos ó lunancos, no pueden prestar el menor servicio, y pronto se vieron brillar los fogones adornados con su correspondiente cacho de carne.

Cerca del coronel Lagos se había improvisado una mesa de oficiales, con unas ocho ó diez caronas puestas del lado mas limpio, ó mejor dicho, menos sucio.

Al rededor de la mesa ó de las caronas, y á suelo limpio, tomaron asiento los oficiales, y los asistentes empezaron á llegar con la comida de cada uno, es decir, el pedazo de caballo que le había caído en suerte.

Quién traía la picana, quién un pedazo de grano de pecho, quién un pedazo de costillas ó de chorizo, todo perfectamente asado y revolcado en la ceniza á falta de sal.

Con la fuerza del hambre que tenía, cada cual se le durmió á su pedazo como el manjar mas esquisito, con tanta avidez que poco despues, y en medio de la mayor alegría, solo quedaban blanqueando los huesos sobre las caronas, como un matadero visitado por zorros.

No recordamos á quién se le ocurrió, en aquel momento de plácida digestión, acordarse de las botas del alférez Sandalio y describir asombrado, el pié que de ellas había surgido.

Aquello fué como el bálsamo de *Fier-à-bras* que tomó Sancho Panza.

No quedaba en los estómagos ni un solo bocado de comida, ni un solo trago de agua.

El recuerdo había producido mas efectos que la droga misma.



EL TENIENTE BORZONE

El que no ha oído reír al teniente Borzone, no puede tener una idea de lo que es la locura de la risa, si es posible definir así aquella inmensa cosquilla que ríe desde la cara hasta el movimiento especialmente risueño del pié.

La risa de Borzone se comunica sin parecerlo, se ríe con él sin saber por qué, y se ríe estruendosamente y sacudiendo el cuerpo con movimientos nerviosos, como si la risa que ha inspirado la suya le hiciera una gracia infinita.

Pero aquella risa vá cambiando gradualmente su espresion, se va ahuecando, ensordeciendo, se vuelve sollozante y nerviosa, hasta que cae á un sonido que no tiene de risa mas que la contraccion del semblante.

Parece un quejido, pero un quejido que llora y conmueve, porque se vé claramente que él tiene su origen en algun recuerdo que, como un relámpago, alumbrara á veces la eterna noche de su cabeza demente.

Cuando Borzone ríe de esta manera, mira hácia arriba haciendo una guiñada indefinible, se mete las manos al bolsillo del pantalon, y se pone á pasear á grandes trancos con esa ondulacion propia del que pasea sobre la cubierta de un buque.

De pronto se para, mira con sus grandes y espresivos ojos celestes, se encoge de hombros, y prorumpe otra vez en su primer carcajada que vuelve á declinar hasta el sollozo.

Y siempre paseándose y siempre riendo, mira á los demás locos con una indiferencia suprema y los aparta con la mano para pasar.

Hay veces en que toda su fisonomía se contrae en la espresion de la ira: alza entonces al cielo los puños cerrados y amenazantes con la blasfemia que arranca el dolor mas acerbo.

Parece que fuera á estallar en alguna imprecacion terrible, pero sus puños se bajan mansamente, hasta que desaparecen en los bolsillos del pantalon; su fisonomía se ablanda y disipa la espresion dura que lo animara poco antes, encoge nuevamente los hombros y vuelve á su eterna risa y á su eterno paseo.

Hay momentos en que se sienta en los largos bancos tendidos bajo la parra, y acariciando suavemente el ondulado y fino bigote, mira con una mansedumbre infinita y una tristeza profunda.

*
* *

El teniente Borzone llama la atencion desde el primer momento que se le mira.

Es un jóven alto y musculoso, que acusa una salud in-conmovible y un vigor poco comun.

Es más que interesante, hermoso: su fisonomía acusa una inteligencia distinguida, y su cabeza adornada por un cabello rubio corto y sedoso, empieza á mostrar una calva poco comun en los hombres de su edad, pues Borzone no demuestra mas de treinta años.

Cuando lo vimos, ofrecía un espectáculo por demás curioso.

Vestía un pantalon sumamente limpio y de rico género que caía sobre un par de botines de cabritilla y recorte; ambas piezas acusan la proligidad que ha usado siempre en su traje el pobre demente.

Tentía un jaquet nuevo y limpio, pero ese jaquet estaba puesto sobre las carnes desnudas, dejando ver por la

abertura de las solapas su pecho verdaderamente atlético.

—¿Por qué no tiene ropa blanca?—preguntamos, cediendo á un sentimiento de conmiseracion.

—Porque hoy, como algunos otros dias,—se nos dijo,— se ha entretenido en romperse la camisa y el chacaleco, hasta que ha hecho desaparecer ambas piezas á pedazos.

Suele tener unos momentos en que le dá por destruirse la ropa y no se tranquiliza hasta que, como hoy, no se ha hecho pedazos la camisa.

Y se golpeaba el musculoso pecho, con la mano abierta, como si aquella desnudez de ropa blanca le causara un bienestar infinito.

Durante el tiempo que lo observamos, no le oimos pronunciar la menor palabra.

En vano tratamos de hacerle hablar, todo esfuerzo fué inútil: reía siempre, y reía esta vez como si nuestras palabras le hicieran una gracia profunda.

—Es inútil,—nos dijo un loquito que tomaba el fresco sentado sobre los bancos—primero le vas á sacar la levita que una palabra.

*
* *

—La causa que ha llevado á Borzone á aquel estado mísero y desesperante, es dolorosa y conmovedora.

El teniente Borzone era uno de los oficiales mas bravos y aventajados de nuestra marina.

Jamás su conducta había merecido de sus superiores otra cosa que justos elogios y palabras de estímulo, pues todo le auguraba un porvenir brillante.

Con ese grado á su edad, en que recién se sale de la niñez, puede decirse, y sus naturales aptitudes, Borzone prometía ocupar los mas elevados rangos.

Su carácter está pintado en este solo rasgo:

Cuando se incendió el vapor *Fulminante*, que él mandaba, y todos pensaron en su propia conservacion, porque el peligro era inminente, Borzone, con una serenidad

magnífica, miró á los pocos compañeros que tenía cerca y les dijo:

—Pero es preciso salvar la enseña del buque; qué diablo! cómo vamos á dejar perder la bandera que se nos ha confiado.

Y sereno y majestuoso, con el convencimiento de que cumplía uno de sus deberes mas estrictos, se echó al agua, desapareciendo tras de la bandera y bajo las olas que había levantado la esplosion.

Pocos momentos despues y cuando todos creían no volver á verlo mas, apareció sobre la agitada superficie, medio asfixiado, pero conservando entre sus manos la bandera del *Fulminante*.

Si no hubiera sido por la presteza con que maniobraron las pequeñas embarcaciones que por allí andaban y la lealtad de dos marineros, Borzone se habría vuelto á sumergir para siempre, con los últimos pedazos de su buque.

*
* *

Esta accion abnegada y distinguida le valió la felicitacion de sus compañeros de armas, y una nota del Ministerio de la Guerra en que se elogiaba merecidamente su comportamiento.

Desaparecido el buque que mandaba, fué pasado á prestar sus servicios á bordo de uno de nuestros encorazados.

Poco tiempo despues, la prensa se ocupaba de una tragedia que había tenido por teatro la cubierta de aquel encorazado.

Se decía que por un altercado habido entre el comandante del encorazado y el teniente Borzone, aquel había reprendido á éste de tal manera, que se había visto obligado á protestar con toda la soberbia de su amor propio y delicadeza ultrajados.

Entónces el comandante del buque lo había hecho agarrar con los marineros, lo había colgado en los palos del

buque, como el marinero mas indigno, teniéndolo asi durante dos días.

Y como Borzone protestara con toda la indignacion de su alma, ante castigo tan salvaje y brutal, contra todo derecho y toda razon, fué en seguida hecho víctima de castigos de los mas brutales é inconcebibles.

El pobre jóven no pudo soportar tanto dolor y tanta vergüenza, é impotente para verse libre de aquella saña cobarde, su pobre cabeza estalló perdiendo el juicio.

*
* *

A consecuencia de estas publicaciones se mandó levantar un sumario, pero no conocemos la resolucion que en él haya recaido, ni es del caso averiguarla.

Borzone, presa de una locura furiosa, fué llevado al instituto frenopático del doctor Perez, donde se asistió durante algun tiempo.

Parecía que su locura se modificaba: tenía el delirio de las persecuciones, y andaba huyendo de castigos imaginarios.

Hace poco que había cedido la enfermedad y parecía se curaba, pero tuvo un recrudecimiento que hizo perder toda esperanza y entonces fué pasado á la Convalecencia.

Su locura ha cedido y ha vuelto á modificarse, pareciendo que irá á terminar en el idiotismo.

Es inofensivo é indiferente á todo.

Es la segunda tragedia militar que termina en la Residencia: el teniente Borzone y el coronel Charras.



UN CORAZON BRAVO

El sargento Liendo es uno de tantos tipos de infinita bravura que cruzan por las filas de nuestro ejército dejando en todas partes el rastro de su sangre y de su carne, y la leyenda de sus hechos heroicos que solo conocen y comentan los compañeros de cuadra.

Liendo es uno de tantos tipos heroicos que marchan por el mundo á impulsos del propio corazon, y sin pensar un momento en los beneficios remotos que sus hazañas pueden traerles.

El sargento Flores, borrachon insigne, que salvó á Julio Dantas arrancando su cuerpo exámine de entre los paraguayos, cuando había sido abandonado por sus compañeros, no obró por cálculo.

Con el cariño que le inspiraba su oficial se lanza al centro del peligro porque le parece una cobardía abandonar su cadáver: es ésta la única fuerza que lo impulsa.

Y así cruzan, pasan y mueren estos héroes silenciosos, sin aspirar á mas recompensa que á la satisfaccion del deber cumplido.

El sargento Liendo es uno de tantos: hay un rasgo de su corazon que lo levanta al nivel del caballero mas rígido y cumplido.

*
* *

El sargento Liendo se hallaba herido en la sala de presos del Hospital General.

buque, como el marinero mas indigno, teniéndolo así durante dos días.

Y como Borzone protestara con toda la indignacion de su alma, ante castigo tan salvaje y brutal, contra todo derecho y toda razon, fué en seguida hecho víctima de castigos de los mas brutales é inconcebibles.

El pobre jóven no pudo soportar tanto dolor y tanta vergüenza, é impotente para verse libre de aquella saña cobarde, su pobre cabeza estalló perdiendo el juicio.

*
* *

A consecuencia de estas publicaciones se mandó levantar un sumario, pero no conocemos la resolucion que en él haya recaido, ni es del caso averiguarla.

Borzone, presa de una locura furiosa, fué llevado al instituto frenopático del doctor Perez, donde se asistió durante algun tiempo.

Parecía que su locura se modificaba: tenía el delirio de las persecuciones, y andaba huyendo de castigos imaginarios.

Hace poco que había cedido la enfermedad y parecía se curaba, pero tuvo un recrudecimiento que hizo perder toda esperanza y entonces fué pasado á la Convalecencia.

Su locura ha cedido y ha vuelto á modificarse, pareciendo que irá á terminar en el idiotismo.

Es inofensivo é indiferente á todo.

Es la segunda tragedia militar que termina en la Residencia: el teniente Borzone y el coronel Charras.



UN CORAZON BRAVO

El sargento Liendo es uno de tantos tipos de infinita bravura que cruzan por las filas de nuestro ejército dejando en todas partes el rastro de su sangre y de su carne, y la leyenda de sus hechos heróicos que solo conocen y comentan los compañeros de cuadra.

Liendo es uno de tantos tipos heróicos que marchan por el mundo á impulsos del propio corazon, y sin pensar un momento en los beneficios remotos que sus hazañas pueden traerles.

El sargento Flores, borrachon insigne, que salvó á Julio Dantas arrancando su cuerpo exámine de entre los paraguayos, cuando había sido abandonado por sus compañeros, no obró por cálculo.

Con el cariño que le inspiraba su oficial se lanza al centro del peligro porque le parece una cobardía abandonar su cadáver: es ésta la única fuerza que lo impulsa.

Y así cruzan, pasan y mueren estos héroes silenciosos, sin aspirar á mas recompensa que á la satisfaccion del deber cumplido.

El sargento Liendo es uno de tantos: hay un rasgo de su corazon que lo levanta al nivel del caballero mas rígido y cumplido.

*
* *

El sargento Liendo se hallaba herido en la sala de presos del Hospital General.

Se había batido con un compañero y habían cambiado un tajo.

Por su calidad de preso, no podía salir de aquella sala guardada por un centinela.

Pero llegó un día en que Liendo tuvo necesidad de salir: se casaba un compañero y él quería asistir al casamiento y al baile, para que había sido invitado.

Pero no había forma de realizar su deseo—estaba preso y el centinela no lo dejaría pasar.

Liendo llamó al cabo de cuarto, viejo compañero de armas, y le comunicó su deseo.

—Es preciso que me dejes salir—le dijo—tengo que salir y solo tú puedes hacerme este servicio..

—Y ¿cómo voy yo á hacer esto? si me pillan pierdo la gineta y me rompen el alma á palos—ya ves que esto no se arriesga así no más.

—Es que no te pillarán porque yo vuelvo ántes de la diana, te lo juro.

—Ese es tu propósito, pero nadie sabe lo que puede sucederle: en los bailes todos son compromisos, una copa de mas hace olvidar los mejores propósitos, y por una pelea interviene la policía, se sabe que Liendo ha andado de parranda, y quien paga el pato somos mi gineta y yo.

—Yo te juro que no te he de comprometer y que he de volver antes de diana; ya sabes que lo que Liendo ofrece, lo cumple hasta la muerte.

El cabo pensó un momento, se rascó la pelada y concluyó por conceder el permiso.

—Está bien,—le dijo,—ya sabes que si te pillan afuera, ó me comprometes, habré perdido la gineta, y de yapa recibido una paliza de mi flor.

★
★ ★

El sargento Liendo se acicaló aquella tarde como para una recepcion diplomática.

Se metió en el pelo del mismo bálsamo tranquilo que se

ponía en la herida, se perfumó el pañuelo con aguardiente de quemar, y se untó sebo en la barba y los botines, quedando hecho un soberbio mozo.

Así acicalado y llevando la bayoneta en la cintura, por todo evento, salió de la sala de presos, bajo la responsabilidad del cabo de cuarto.

—Ya sabes, hermanito, —le dijo éste, —cuidado con perderme.

—No tengas cuidado, ya sabes que Liendo no ha faltado nunca á su palabra.

Y así acicalado se trasladó á lo de su amigo el cabo Lobo, que era el del casamiento.

A pesar de su fuerte tufo á bálsamo tranquilo, las mozas recibieron á Liendo con mil agasajos y demostraciones de cariño.

Es que Liendo era una pierna famosa para este género de diversiones, pues sumamente alegre y travieso, era capaz de hacer reir á la concurrencia durante toda la noche.

En cuanto entró se puso en baile y ya no se volvió á sentar mas.

Todas se lo disputaban, todas lo llamaban, y él, sudando la gota gorda y despidiendo su tufo á bálsamo tranquilo, á todas atendía con igual solicitud.

Llegó la hora de las tortas fritas y del cordero al asador, pero Liendo anunció gravemente su retirada: no quería que la diana lo sorprendiera fuera del hospital.

*
* *

Un inmenso clamoreo se levantó entonces de entre las muchachas pidiendo á Liendo que se quedara un momento mas.

—Eso sí que nó,—respondió el sargento,—si yo me quedo, le hago perder las ginetas al cabo Sosa y sabe Dios que mas le sucede.

Cuando salga en libertad será otra cosa; entonces me

comprometo hasta engancharme con ustedes, ahora es imposible.

Y en vano fueron todos los pedidos y ruegos: Liendo, con gran dolor de su ánima, se despidió de sus compañeros y echó á andar hácia el hospital á paso de trote.

*
* *

Pero era en la calle donde lo esperaba la prueba mas dura.

Allí lo esperaba Flores, un tal Flores con quien había tenido antiguos resentimientos, y á quien la tranca le había dado esa noche por pelear á Liendo.

—Párese, maula!—le gritó, unas cuatro cuabras antes de llegar al hospital,—vengo á pelearlo.

—Lo que es ahora no peleo ni por un queso,—contestó Liendo,—mañana será otro dia.

—Es que ha de ser hoy mismo,—contestó Flores,—ahora mismo, porque usted es un puerco y un cobarde: saque, maula, sus armas.

—Hoy no puedo,—contestó Liendo,—otro día no se irá sin que le haga el gusto.

—Es que tiene miedo, y el miedo yo se lo voy á hacer pasar á azotes, para que no sea flojo.

—Mire amigo,—contestó Liendo gravemente—yo estoy preso en el hospital y he salido esta noche, porque el cabo Sosa me lo ha permitido.

Si yo lo peleo á usted y le doy de puñaladas, porque usted no es hombre para mí, se mezclará la Policía, se sabrá que yo he andado en la calle, y el cabo Sosa por mi causa perderá la gineta y sabe Dios que mas.

Déjeme salir en libertad y no se quedará con las ganas.

—Ahora mismo ha de ser, ó te he sacar las caronas á tajos! —contestó Flores.

Liendo vió que ya venía clareando el día, y temiendo faltar á su compromiso, quiso pasar y seguir apresuradamente su camino.

Liendo era capaz de pelear con veinte Flores, que al fin y al cabo no valía gran cosa; pero ¿y Sosa? ¿cómo le evitaba el castigo y la vergüenza?

Al ver que quería seguir marchando, Flores sacó una daga y se le fué encima:—O peleas,—le dijo en el colmo de la irritación,—ó te mato como á un perro,—y le dió un sopapo.

Liendo sintió agotada su paciencia ante la injuria y el golpe, no vió delante mas que aquel enemigo fácil de vencer y echó mano á la bayoneta.

Pero en aquel momento se acordó de su compromiso, vió al cabo Sosa apaleado y sin gineta por su causa, y se contuvo.

—He dicho que hoy no peleo,—esclamó,—mañana no será lo mismo,—y dando un empujon á Flores siguió adelante.

Pero el milico lo corrió y le dió alcance—no había mas remedio que pelear y comprometer á Sosa, ó dejarse apuñalar y tratar de llegar al cuartel antes del dia.

Liendo optó por lo segundo sin vacilar, y empezó á huir saltando hácia retaguardia y evitando con los brazos las puñaladas que le dirigían.

Flores, ciego por el deseo de matarlo, no cesaba un momento de tirarle terribles puñaladas.

—No seas cobarde,—esclamaba Liendo, retirándose siempre,—¿no ves que no te puedo pelear?

—Pues morirás á mis manos, que al fin es lo mismo para mí.

Liendo podía sacar el machete y matarlo, pero entonces se sabría que fue él quien lo mató ó lo hirió, y Sosa quedaba colgado.

Solo le faltaba media cuadra para llegar al hospital, pero ya había recibido muchas heridas y aquel trayecto le hubiera sido imposible salvarlo.

Ya vacilaba debilitado por la pérdida de sangre, cuando alcanzó á ser visto por la guardia del hospital que corrió en su socorro.

Al ver esto, Flores se puso en fuga sin haber logrado su objeto, pero dejando á Liendo muy mal herido.

*
* *

Conducido al hospital y á su cama, sus compañeros recién se dieron cuenta de lo sucedido.

Liendo tenía tres puñaladas en el pecho y diez ó doce en los brazos.

—Pero ¿cómo te has dejado poner así por Flores, que no vale nada?—le preguntó Sosa.

—Qué quieres! si lo peleo y lo lastimo mal, él hubiera dicho quién lo lastimó y hubieras perdido tu gineta.

Yo juré no comprometerte, y ya ves que he cumplido.

*
* *

Andando el tiempo, Liendo era sargento de policía, á órdenes de su antiguo oficial el comisario Dantas.

Una noche llevaron á la comisaría un borracho que apenas podía tenerse en pié.

Era Flores, el mismo que apuñaleó á Liendo de la manera que hemos referido.

Cuando Liendo supo el nombre de aquel borracho, se fué al calabozo y mirándolo, exclamó:—Es verdad, es el mismo Flores.

Y dándole con el pié dijo á sus compañeros:

—Esta basura es el mismo que me dió de puñaladas valido de la ocasion.

Y sonrió con una espresion magnánima.



EL NEGRO SANTOS

Pocos serán los que no hayan conocido al negro Santos, viejo veterano mas curtido que un par de botas de potro.

La sangre del negro Santos ha corrido en todos nuestros campos de batalla, y se había habituado de tal manera al estruendo del cañon, que sus ojos mismos parecían un fogonazo.

El negro Santos tenia un grito que le era peculiar, que parecía el silbido de una bala: este grito lo lanzaba siempre en las grandes solemnidades de su vida.

Identificado en el servicio y la vida militar, se manejaba en la calle como en el propio cuartel, campando donde quiera que lo tomaba la noche.

Las heridas habían deformado su semblante de ébano, que no era otra cosa que un conjunto de horribles cicatrices, y su troya roja como un tizon, parecía los labios de una inmensa herida.

Y aquella cara espantosa, iluminada por el fogonazo de sus ojos, adquiría una espresion de sátiro, capaz de imponer miedo al corazon mas sereno.

A pesar de esta apariencia feroz, el negro Santos era un ser inofensivo.

Así como en el campo de batalla era un leon, era en la calle de una mansedumbre infinita.

Era capaz de sacarse su chapona, para darla á otro mas necesitado que él.

Cuando reunía diez ó veinte pesos, entraba á un almacén y bebía y convidaba á los presentes hasta dar fondo con su último centavo.

Una vez borracho, salía á la calle amenazando al cielo y á la tierra y haciendo ademán de sacar el cuchillo: pero se entregaba mansamente al primer vigilante que se lo intimaba, y se iba á pasar una semana á su casa vieja, como llamaba él á la fonda del gallo.

El negro Santos no conocía su edad, y la medía por los frascos de ginebra que había consumido: así cuando alguien le preguntaba los años que tenía, respondía estimando su troya de tizon:

—Tengo como tres mil frascos de ginebra.

—¿Y has tomado mucha ginebra en tu vida, Santos?

—Calcule usted; en los días que no llueve, tomo ginebra —cuando llueve, solo tomo caña.

*
* *

Insensible para todo, solo la vista de un vaso de ginebra podía conmoverlo.

Estiraba entónces la mano, la trompa adquiría una espresion jadeante, y sus ojos no parecían ya un fogonazo sino un fogon.

Por un vaso de ginebra, el negro Santos era capaz de todo, menos de una cosa, y esta cosa era gritar muera Mitre.

Los días abrasadores de calor, cuando el negro Santos lloraba por una copa de ginebra, alguno que quería ver hasta donde llevaba su amor por el General, le alcanzaba un medio frasco diciéndole:

—Grita muera Mitre y te lo doy.

—Viva Mitre!—respondía el negro relampagueando los ojos.

—Mira que Mitre no te ha de dar ginebra ni vá á saber que le has dado un muera—toma el medio frasco y grita.

—Viva Mitre!—respondía el negro, y devolviendo el me-

dio frasco envuelto en una mirada mas angustiosa, lanzaba su grito de silbido de bala, y como quien está convencido de que no puede hacerse otra cosa, repetia:—viva Mitre!

Y se alejaba de allí enviando un beso al medio frasco y diciéndole: sos muy caro, hermanito; no te puedo llevar á la espongita de mis labios.

*
* *

Santos dormía sus trancas al rayo del sol, como en su mejor cama.

—Te vas á morir,—le decían,—te va á dar un tabardillo.

—No hay miedo, á los tabardillos como á las enfermedades no les conviene campar en mi cuerpo, porque se maman y no saben lo que hacen.

Una vez el cólera se me metió en las tripas, y fué tal el peludo que agarró, que tuvieron que llevarlo preso.

Yo tengo gualicho como los indios!

Así en los dias mas rajantes de Enero, se le veía tendido al sol como un camaleon y dormir á sus rayos ardientes, sin que la alianza del sol y la ginebra hubieran podido nunca derretir aquellos sesos de cal y canto.

*
* *

El negro Santos, por su medio siglo de servicios, por sus heridas y su bravura incomparable, había adquirido ciertos derechos y prerogativas, que él hacía elásticos hasta lo infinito.

Despues del sangriento rechazo de Curupaity, el Brigadier Mitre observaba con el anteojo aquellos abaties donde tanto héroe había vendido la vida.

El negro Santos, con su cara de sátiro y limpiando la sangre de una ancha herida que se veía en su frente de ébano, observaba los movimientos del brigadier con una travesura infinita.

Aburrido de verlo observar siempre el campo enemigo, el negro Santos se le puso por delante y con infinita picardía, le dijo:

—Mi general, haga el favor de mirar á retaguardia.

—¿Y para qué quieres que mire á retaguardia? preguntó el General esperando ya una salida traviesa.

—Para ver si viene el Comisario pagador que tanta falta nos hace!

Y lanzando un grito poderoso, se dió en el suelo una vuelta de carnero.

*
* *

Hacia dos meses que el ejército no fumaba, es decir, que la tropa no fumaba, y los milicos andaban sin sombra.

Una tarde el general Mitre pasó delante del negro fumando un cigarro habano.

El negro no pudo contenerse, y cuadrándosele por delante, le dijo:

—Ah! hijito! dame una chupadita, aunque despues me sacudan mil azotes!

El General pasó, y tres varas mas adelante arrojó un cigarro de manera que Santos pudiera verlo.

El negro se precipitó sobre el cigarro y poniéndoselo en la boca, gritó á la escolta:

—Vista á la derecha! (el lado opuesto al suyo) que el General está fumando.

*
* *

El juego en el ejército era rigurosamente prohibido. prohibicion que no rezaba con los jefes.

Una noche los jefes principales se habian reunido en la carpa del General Flores, donde jugaban alegremente.

Una imaginaria habia en la puerta para privar la entrada.

El negro Santos, que sintió el ruido de las libras, se metió por debajo de la carpa, y cayendo como un halcon

sobre plata y cartas, gritó, imitando al oficial que sorprende una jugada:

—Jugando, no? decomiso y quedan ustedes presos en su alojamiento.

Un sopapo inesperado apagó en la trompa del negro su sonrisa de sátiro, pero en el barullo siempre escamoteó tres libras esterlinas.

*
* *

Preguntándole de donde le nacía aquel amor que profesaba al General Mitre, el negro Santos nos decía, con la mirada húmeda y el semblante conmovido:

—Y cómo no he de quererlo! cuando el 2 de Mayo me abrieron este boquete en el pecho, él me dió un pañuelo de manos para que estancara la sangre, y él mismo ayudó á sacarme del campo de batalla.

Sin embargo, añadía, otra vez me echó un reto que me dejó frito: yo no me acuerdo cuál de las dos cosas me hizo llorar mas fuerte.

*
* *

Cuando lo dieron de baja, el negro Santos se fué al Rosario, y campó en la plaza principal: era entónces Jefe Politico don Pascual Rosas.

Una tarde, el negro Santos que hacía dos dias que no comía y que estaba aburrido de dormir en la vereda, se fué á la Policía y dijo al oficial de guardia:

—Haga el favor, mi oficial, de tenerme aquí unos días, yo barreré las cuadras con tal que me den de comer y una tarima para estirar los huesos.

—Esto no es posada, negro loco,—respondió el oficial,—trabaja y tendrás lo que te haga falta.

—No me quiere alojar? respondió el negro—pues aunque no quiera lo hará—yo tengo banca con Pascual y haré que él dé órden que me reciban.

Aquella misma noche tenía lugar un grande escándalo en la plaza.

A dos varas del banco donde se hallaba sentado don Pascual Rosas, y entre la concurrencia de damas que todas las noches llenaba la Plaza, el negro Santos lanzaba su grito de locomotora, diciendo:

—Pascual Rosas es un ladron! se roba las multas y el rancho de los vigilantes! ladron! ladron! hijo de ladrones y padre de lo mismo, ya contaréyo todo lo que sé y te conocerán en el Rosario.

Cinco minutos despues el oficial de guardia recibia al negro Santos por órden del Jefe de Policía.

Y cada vez que el hambre lo acosaba, el negro Santos repetía aquella escena.

*
* *

El negro Santos murió en Martin García, donde lo habia llevado una travesura que no se puede relatar.

En su última noche, los oficiales que lo visitaban con frecuencia, para entretenerse con sus cuentos, lo oyeron esclamar de la manera mas cómica:

—Qué lástima morirme! qué sentimiento morirme!

—¿Y por qué sientes tanto morirte?

—Cómo no he de sentir morirme cuando queda en los almacenes tantísimo frasco de ginebra que no tomarán mis labios!



UN BAILE MÓNSTRUO

(RECIBO EN CASA DEL SEÑOR DE TRIPAILAF)

El día no podía ser mas espléndido, aunque algo caloroso, y los salones del señor de Tripailaf, abiertos desde la víspera, esperaban la gran concurrencia que debía invadirlos.

Tripailaf abría sus salones con motivo de su duodécimo enlace, que seguramente no había de ser el último.

El high-life de los toldos estaba en un movimiento febril: los capitanejos pintaban sus caras feroces con colores estraidos de diferentes plantas, mientras los guerreros se ponían su traje de baile, que consistía éste en un taparabos de piel curtida y unas plumas de color atadas en la cabeza por medio de la vincha que sujetaba las clines.

Las mujeres y la chusma se ocupaban de la preparacion del ambigú, famoso ambigú, cuya lista daría vuelta como una media al estómago mas fuerte.

Los diversos manjares se componían de picanas de caballo, fiambres, pero cocidos en una agua espantosa, varios matambres de potro al asador, sangre de yegua, cortada en pancitos como gelatina, alones de avestruz churrasqueados y ocho costillares de potro, asados con cuero.

Un manantial de *Chateau laguna* estaba al alcance de los invitados.

En medio de los toldos, se había levantado un trono de tierra cubierto de magníficas pieles de tigre, cuyo trono

lo ocupaban desde el toque de diana el señor de Tripailaf y sus once consortes.

Al rededor de este trono había un gran espacio destinado para la danza y despues la inmensa sábana de la pampa, donde cada cual tenía el derecho de tender su poncho y echarse de barriga, siendo de mal tono cualquiera otra posicion.

Frente al trono de Tripailaf había un viejito, abuelo de éste, cuya edad fabulosa era incalculable.

Este indio era tan viejo, que no conservaba ya ni señales de dientes, por cuya razon no podía alimentarse mas que de potrillitos nonatos.

Para proveerlo de este delicado alimento, cada tantos días apaleaban las yeguas preñadas para hacerlas abortar.

Por este sistema se habían conseguido aquel día dos potrillitos del tamaño de un cuzco, que el viejito miraba con una infinita espresion de gula.

Aquel viejo no pensaba mas que en el final del baile para lanzarse sobre los dos potrillos.

En un toldo de cueros de vaca, herméticamente cerrado, estaba la duodécima esposa destinada al señor de Tripailaf, esperando la hora de su feliz casamiento.

Nadie podía verla hasta que éste no se efectuara, y ella no podía tomar más alimento que tres bocados de carne y tres tragos de agua, que por debajo del toldo y de tiempo en tiempo le alcanzaba la última mujer del horrible cacique.

Esta era la disposicion de los grandes salones del señor de Tripailaf cuando llegaron los invitados á la fiesta, que lo era toda la guarnicion del Fuerte General Paz.

El coronel Lagos, el mayor Godoy, el comandante Freyre, los oficiales del 2º y 7º y la tropa misma, se apresuraba á acudir al galante *rendez vous*.

Y Tripailaf hacía una espresiva cortesía á la concurrencia, conforme iba llegando, en prueba del profundo refocilamiento que su presencia le causaba.

Los soldados que tenían mujer acudían con ella á la

gran fiesta, y la misma negra Cármen llevó su entusiasmo hasta trasladarse acompañada de las terribles caronas de amasar tortas fritas.

La banda del batallón 7º había concurrido á hacer los honores, á cuya vista Tripailaf no pudo contenerse y se paró sobre el trono lanzando una especie de gruñido, expresión en la que quería significar el colmo de su alegría.

Las mujeres de los milicos habían llevado su lujo hasta lavarse la cara y ponerse un poco de grasa de potro en las greñas de sus incomparables cabezas.

Y los maridos las miraban estasiados, deseando ardentemente el momento de entregarse á la danza.

La concurrencia, después de saludar con toda finura al feliz cacique, tomó asiento, ó mejor dicho, tomó barriga, porque fué esta la posición adoptada por todos.

La banda tocó una polka como para animar la fiesta, empezando en seguida un baile desesperado y salvaje, del que no hay la más remota idea.

Unos ocho ó diez indios ocuparon el espacio que rodeaba el trono: eran los bailarines de primer cuarto.

Vestidos con el traje que hemos indicado más arriba, se lanzan en un baile salvaje; es una especie de cancan furioso, pero de un cancan horrible, lleno de contorsiones grotescas y desesperantes.

Cada uno de ellos imita los movimientos de algún animal: el primero va tirando cornadas y corcobos, como un toro indómito; el otro manotea y se encabrita como un potro; el que lo sigue se empaca y tira coces como una mula; el otro hace de zorro; el otro de venado, y así sucesivamente.

Y jadeando y pudiendo apenas respirar, con las cines pegadas á la frente por el sudor y el rostro encendido, siguen bailando vertiginosamente al compás de una tambora, que no es otra cosa que una piel de liebre curtida y estirada en dos maderos.

La concurrencia lanza alaridos terribles: es su manera de aplaudir.

Si nadie grita es porque los bailarines no gustan y entónces termina el baile.

Cuando la fatiga postra á los bailarines, se retiran chorreando agua como un paraguas que se cierra durante la lluvia, y otros diez, el segundo cuarto, vienen á reemplazarlos, con las mismas contorsiones, imitando los mismos animales y haciendo todo género de horribles visajes.

Los que han bailado antes se echan en el suelo á reposar hasta que vuelve á tocarles el turno.

Y esto se repite incesantemente durante tres días, que es el tiempo fijado para tales ceremonias.

Al fin de los tres días el marido baja del trono, deposita en el toldo del suegro las pilchas en que se ha fijado el valor de la china, y vá á sacar del cerrado toldo á su nueva consorte.

*
* *

Cuando empezó á caer la noche, el señor de Tripailaf se levantó del trono, acompañado de sus consortes: era la señal de entrar al ambigú.

Los indios y los milicos se lanzaron sobre aquellos manjares potrunos, mientras el indio viejo se hacía alcanzar los dos potrillitos y la negra Cármen se entregaba á la fabricacion de sus tortas.

Y los invitados comieron de aquellos manjares, por necesidad y por no desairar al galante anfitrión.

El mayor Godoy no pudo resistir al tufo y repitió ante la real persona la inmortal escena del bálsamo de *Fierábras*.

Concluido el banquete, los indios se entregaron á beber aguardiente, mientras la tropa y sus pilchas se lanzaban en pleno y voluptuoso gato, con y sin relacion.

La escena cambió aquí por completo.

*
* *

Las criollas, al remolino de la danza y el repiqueteo de los talones, levantaban nubes de polvo que hacían gruñir

sordamente al viejo de los potrillos—y los milicos cantaban alegremente siguiendo la música de la banda.

Aquel era un paréntesis á la tremenda vida de abnegacion y fatiga de que es sinónimo el servicio de frontera, y los pobres milicos querían exprimirle hasta la última gota de jugo.

Sabe Dios cuando volverían á dar á su espíritu igual día de refocilamiento!

Así, mientras los indios se mamaban como indios, es decir, hasta no poder llevar el jarro á los labios, ellos bailaban con las indias mismas, que se mostraban felices de tomar parte en tan soberbia farra.

La fiesta de aquel día terminó cuando ya no quedó un solo indio en pié.

El Regimiento tocó lista de 8, y los milicos, mohinos y pesarosos, tuvieron que regresar al cuartel, dando por terminada la fiesta.

A la mañana siguiente volvió á empezar la jarana que duró repitiéndose el mismo programa, tres días, al fin de los cuales Tripailaf entregó las prendas estipuladas y recibió su duodécima consorte.

*
* *

La tranca fué entonces descomunal—era preciso dar fin al aguardiente y los indios bebían hasta no poder mover un dedo.

Era tal el olor á aguardiente que había en el campo, que no sabemos como pudimos volver por nuestros propios piés; el tufo emborrachaba.

Este es el modo de casarse los indios, y esta es, aunque pálida y reasumida la crónica del gran recibo en la casa del señor de Tripailaf.



EL SOLDADO DE LINEA

Es nuestro soldado de línea, el modelo de la abnegacion militar, llevado á su último límite.

El soldado argentino, tan bravo, tan abnegado, tan sufrido, ha venido á ocupar hoy la primera línea en los ejércitos americanos, y podrá ocuparla fácilmente en los europeos, si á las prendas naturales que posee, se agregan la instruccion militar y cívica que se da al soldado europeo.

Nuestro soldado de línea es general en cualquier arma en que se quiera utilizar sus servicios.

En caballería es un consumado ginete, como es un hábil marinero á bordo de cualquier buque de guerra.

En infantería como en artillería, se penetra bien pronto de la táctica de cada arma, y opera como si fuese la suya propia.

Nadie se ha preocupado en estudiar este tipo de inmensa bravura, y nadie, sin embargo, mas digno de estudio que él.

Privado de todo goce de guarnicion, si sirve en la caballería, pasa su vida miserable con el arma al brazo eternamente, combatiendo siempre contra el salvaje, y siendo el guardian constante de la inmensa fortuna que encierra nuestra campaña.

Su vida no puede ser mas aperreada, ni mayor la indiferencia con que lo trata el Gobierno.

Sin embargo, sus labios no se entreabren nunca para

quejarse, guardando una sonrisa de resignacion suprema para soportar todas las miserias.

Para él, todo es lo mismo, porque de todos modos sufre, en la paz como en la guerra, en la frontera como en la ciudad.

Alegre siempre y siempre dispuesto, nunca tiene pereza para nada, siendo su única distraccion el día de la pelea.

En la fortuna como en la adversidad, en el triunfo como en la derrota, siempre es el mismo, y siempre impasible y bravo, se retira á paso lento frente á las fortificaciones de Curupayti, ó avanza gallardo y ligero sobre los campos de Ituzaingó.

El sabe que las penas corporales están suprimidas, pero sufre las estacas, el cepo colombiano y los palos, con la misma resignacion con que ha sufrido el hambre y la miseria.

El motin militar es desconocido en nuestro ejército de línea, que no ha dado jamás un espectáculo vergonzoso.

*
* *

El soldado de línea ingresa á nuestro ejército por dos caminos: enganchado ó condenado al servicio de las armas.

En uno ú otro caso, ve espirar el término de su servicio, sin que el Gobierno ó su jefe inmediato se acuerden de darlo de bajo.

Y pasan los años, y los dos porque fué condenado ó enganchado se convierten en seis, ocho ó mas, que le han hecho perder la esperanza de recobrar la libertad perdida.

El Gobierno le debe sus cuotas de enganche y veinte ó mas meses de sueldo, pero ya se ha habituado á aquel proceder monstruoso, y espera tranquilo el dia en que la muerte salde todas sus cuentas.

El cepo y las estacas, el colombiano y los palos han levantado el grito de la venganza en su corazon hidalgo, haciéndole esperar el día de la batalla para tomar un desquite que lo deje satisfecho.

Pero el día de la batalla llega, la bandera azul y blanca flamea entre el humo del combate, y el soldado olvida entónces todos sus rencores y todas sus venganzas.

Es preciso vender cara la vida en honor de aquellos colores gloriosos, jamás abatidos, y pelea y pelea hasta caer, siendo feliz si la muerte le ha dejado tiempo para gritar ; viva la Patria!

Es que el soldado se ha sobrepuesto al hombre ; la voz de la patria habla á su corazon mas alto que la de todo otro sentimiento, y su espíritu abnegado lo lleva hasta salvar á San Martin en San Lorenzo, ó arrancar á Dantas de las trincheras de Curupaytí, no porque fuera Dantas, sinó porque llevaba la bandera del 2 de línea.

Y el soldado de línea lleva aquella vida desesperante y heróica, hasta que la vejez ó las heridas obligan al Gobierno á darlo de baja, para que vague nuestras calles muriendo de hambre y en la mas monstruosas de las miserias.

Atajen á cualquiera de esos soldados, cubiertos de cicatrices, y pregúntenle cuantos meses les debe el gobierno—solo ellos son capaces de haber llevado la cuenta!

*
* *

La llegada de un comisario pagador, es en la frontera un acontecimiento fabuloso, aunque de veinte ó mas meses no lleva sinó el sueldo de uno ó dos.

Pero el soldado lo recibe lleno de regocijo, aunque debe diez veces mas al pulpero, y al Gobierno mismo por descuentos que le ha hecho la contaduría y que, aunque él no entienda, tiene que pagar.

La cama es un mueble que no conoce desde que entró al servicio, como no conoce el pan, ni mas alimento que el pedazo de carne que recibe de cada ocho, cuatro días.

Primero, mira con un placer supremo el duro suelo donde le es permitido descansar su osamenta, y concluye por mirar como el pináculo de la felicidad, el poder dormir montado sobre su mancarron marchero.

La galleta del proveedor, es como hecha con harina de piedra, la leña no enciende, el tabaco es *lengua de vaca* mal secada al sol, y el azúcar, es tierra greda.

Pero ¿qué le importa? ya se ha acostumbrado á aquella alimentacion imposible, y solo teme una cosa: que llegue á faltarle.

El dia que bolea algun avestruz ó agarra una mulita, arroja con desprecio la racion del proveedor.

Pero cuando no tiene más, se le vé cocinar alegremente su pedazo de carne lívida y azulada, y comerlo con un placer increíble—cualquiera que lo viera en ese acto, creería que saboreaba un manjar.

El Gobierno ha llegado hasta cambiar para ellos las estaciones del año, mandándoles ropa de brin en el mes de Julio, y ponchos de bayeta en Enero.

Pero todo es lo mismo—él se ha habituado á todo, á pesar de las mil pulmonías y otras mil congestiones que e han salido al camino.

*
* *

En campaña, al soldado de línea no se le ve triste un solo momento.

Todo en él es un motivo de alegría y de chacota, si campan á descansar, porque han campado, y si se pierden dormidos sobre el caballo, porque se han perdido.

Un charquito de agua inmundo donde aplacar ó engañar la sed, es un motivo de alegría, y el permiso de carnear y comer un patrio viejo, es el colmo de toda felicidad sobre la tierra.

El veterano lo sufre todo con la misma resignacion, hasta el castigo injusto, del que no puede reclamar, sinó despues de haberlo cumplido.

Pero échese generala ó tóquese á degüello!

El soldado se transforma—el mas viejo se vuelve un muchacho, y el mas inválido se endereza como un atleta.

Y pelea con una bravura imponderable, sin haber peligro

capaz de arredrarlo, porque al mayor peligro responde siempre con esta frase :

—Y qué me importa! ¿tengo acaso el cuero para negocio?

Su familia, su orgullo, su porvenir y vergüenza misma, están en el número de su kepi, llegando hasta esta sublimidad que oímos á un soldado del 2 de caballería, en un momento de inmensa desventura:—Una gran perra! si yo no fuera del 2 de caballería, me desertaba!

Un soldado del 2 no podía cometer un delito tan vergonzoso, y el solo respeto á su número lo había contenido.

Comprendía el delito bajo cualquier otro número, pero jamás bajo el número 2.



LA VIDA DE FRONTERA

Ustedes que creen que el militar en la frontera pasa una vida napolitana, tendido panza abajo ó panza arriba, rascándose la punta de la nariz, no tendrían para desengañarse mas que asomar la nariz por la frontera en una de esas madrugadas afeitadoras.

Allí verían que el soldado como el oficial son dignos de todo cariño y respeto, y apreciarían la diferencia que hay en dejar la buena cama abrigada y limpia á las 9 de la mañana, y salir de entre los pobres ponchos á la primer vizlumbre del día, sobre una escarcha tremenda y bajo un rocío glacial.

Allí no hay placeres, no hay dulzuras, no hay nada que pueda halagar el corazon ó el espíritu.

Se vive lejos de toda caricia, como un parásito, sin mas mañana que la lanza de un indio, ni mas ayer que el hambre pasada ó continuada.

El perro mismo del campamento es mas feliz que el hombre; él duerme siquiera tranquilo cuando el cuerpo necesita reposo, y no hay quien le arranque el bocado de la boca, para enviarlo al combate.

Sin enemigo al frente, parece que su vida fuera lo mas descansada de este mundo, y sin embargo, vive siempre como si tuviera á su frente el ejercito mas respetable.

Se levanta á la diana, haga el tiempo que haga, limpia sus armas y sus correajes, hace su ejercicio, pasa sus revistas y hace el servicio mas penoso y completo.

La alimentacion es poca y mala, la leña escasea, el proveedor especula con los estómagos de la tropa, y el sueldo no lo recibe el soldado, sinó el pulpero que le fia con vale del oficial y á veinte veces el precio de cada cosa.

En las noches tremendas de Junio y Julio, cuando el frío hiela los huesos, el servicio de imaginarias y guardias es necesario hacerlo con relevos de cuarto en cuarto de hora, y muchas veces de cada diez miuutos.

Estando mas tiempo, los centinelas morirían de frío.

Esto sin contar que el traje de invierno es de brin, porque la comisaría ha demorado el envío del uniforme, ó porque éste se ha quedado en los lodazales del camino.

*
* *

Parece que no hubiera nada mas penoso ni nada mas ingrato que el servicio de fronteras, y sin embargo hay algo mas terrible aún.

Y este algo es el servicio de fortines, donde hay momentos en que la vida se hace positivamente inaguantable.

Allí vá un oficial con cuatro ó mas soldados, segun la importancia del fortin que ha de guarnecer, y pasa un mes ó sus dos meses en aquel verdadero presidio, donde no vé más cara humana que la de sus cuatro soldados.

Aquel ranchito mezquino, con un foso por toda defensa y un cañon de señales por todo aparato, es la cárcel en aquel quinteto de séres humanos, condenados por tiempo fijo á pasar una vida completamente animal y peligrosa.

Como los cuerpos de línea son remontados con pampas y vagos, cuando no con criminales, el oficial no tiene confianza en sus cuatro ó seis soldados, porque teme que lo asesinen para desertar, y no se atreve á dormir sino á intervalos irregulares y llenos de sobresaltos.

Cuántos desventurados como el Ayudante Petit del 3 de caballería, no han sido asesinados durante el sueño por la guarnicion del fortín!

Y el mismo sargento ó cabo que lo acompaña se alter-

na para dormir, porque tampoco tiene confianza en su tropa y él sería responsable de la vida de su oficial.

La racion no la recibe durante su estadía en el fortín, porque no se la mandan, en razon del mal estado de los caminos ó de que no han habido reses.

Y el oficial se vé en la alternativa durísima de morir de hambre con sus soldados, ó enviar á éstos para que marchen á bolear algo en el campo, á riesgo de que se le deserten y lo dejen con la responsabilidad mas dura.

Y tiene que velar dia y noche por la seguridad de su fortín y sus alrededores, enviando las descubiertas necesarias, porque una sorpresa ó un golpe de manos de los indios, importaría para él no solo la pérdida de la vida, sino de su honor y su reputacion.

Y hace personalmente el servicio mas penoso para estar bien á cubierto de todo peligro.

*
* *

Las marchas se hacen en la frontera á cuerpo gentil y bajo la inclemencia del tiempo, sea cual fuese.

El soldado de caballería no conoce lo que es el sibirismo de una carpa, ni ha experimentado nunca el placer infinito de pasar bajo techo un aguacero.

El sol del dia siguiente, secará la ropa sobre su cuerpo y estamos del otro lado, aunque una pulmonía se encargue bien pronto de secar la carne sobre los huesos.

Para eso están en la brecha, y como ellos dicen pintorescamente, ninguno tiene el cuero para negocio.

Todo su equipaje, tanto del oficial como del soldado, está en el *recao* donde va montado.

Esa es su cama, que tiende indistintamente sobre la laguna ó sobre el pajonal; esa es su mesa, en las caronas pica tabaco, con las mantas improvisa un capote, y el freno acomodado sobre los bastos ó el lomillo, le sirve de la mejor almohada.

Y duerme así bajo la lluvia mas torrencial y cubierto

solo por el poncho patrio, como duerme sobre el caballo durante la marcha y, apoyado en el cañon de la carabina cuando queda á pié firme.

La cuestion es disminuir un poco la deuda contraida con el sueño y todas las posiciones, son para él igualmente plácidas.

Hace fuego sobre los cañadones, haciendo nadar un pedazo de palo ó sosteniendo cualquier pedazo de piedra, y es capaz de hacer un churrasco bajo el mismo diluvio universal.

Si se trata de pelear, sonrío alegremente, porque saldrá por un momento de aquella monotonía espantosa.

Atrás del Regimiento ó escuadron que marcha, viene la caballada de refresco, que es rodeada en el acto de avis-tarse el enemigo.

Allí cada soldado y cada oficial toma un caballo sin averiguar las condiciones y sin tener derecho de elec-cion, ensilla ó salta en él en pelos, y forma atento á la primera voz de mando.

El caballo puede corcobear ó hacer lo que quiera por desembarazarse del jinete.

Pero éste, siempre firme y siempre atento, lo domina, lo guía y lo lleva al combate, porque el caballo no ha sido nunca para nuestro soldado el menor inconveniente.

*
* *

Recordamos entre mil otros, uno de los episodios mas curiosos de la vida de frontera.

El Regimiento 2 de Caballería, á órdenes del coronel Lagos, había hecho una persecucion al enemigo al estre-mo de postrar sus caballos.

Y era una lástima que llevando aquel sus caballos igual-mente postrados, no pudiera alcanzársele por esta misma causa.

Al pasar por los toldos de Coliqueo, en la Tapera de Díaz, el coronel pidió á este cacique le facilitara caballos para que mudase el Regimiento.

Coliqueo no tuvo inconveniente, é hizo acercar una caballada magnífica y gorda como pocas veces la habían tenido.

Alborozados los milicos con aquellos fletes, desensillaron, dejaron allí sus patrios estenuados y empezaron á ensillar los de los indios.

Estos no se prestaban muy gustosos á la operacion; pero ¿qué caballo, por brioso que sea, puede resistirse á un soldado de línea?

Una vez que con mas ó menos trabajo hubieron ensillado milicos y oficiales, atribuyendo los bríos á la gordura de los caballos, se tocó á caballo y en seguida marcha y á galope.

Nunca se hubiera escuchado semejante toque!

Apurados por el rebenque de los soldados, salieron los mancarrones como una manada de diablos, corcobeando el uno, dándose contra el suelo otro, y queriéndose empujar los demás.

Cada pingo salió por un lado como si llevara una gruesa de cohetes á la cola, sin poder guardar la menor formacion. El indio maldito les habia hecho ensillar potros, de los cuales los mas mansos eran redomones de rienda!

No era posible recambiar los caballos porque hubiera sido perder todo el éxito de la operacion y se mandó seguir adelante.

Y aquel Regimiento, domando, y sin que hubiera caido un solo soldado, al otro día alcanzaba al enemigo, llevando caballos hechos, de los que la tarde anterior eran potros.

Esto es un ligero bosquejo de la vida militar en la frontera, que recomendamos á los que creen que aquellos milicos son unos rascapanzas.



UN CARNAVAL EN LA PAMPA

Hacía un calor de todos los infiernos, era preciso andar con tohalla en vez de pañuelo, y como no había tohallas ni pañuelos, los oficiales usaban la chaquetilla de brin, y en su defecto, el dedo pelado.

Era el Domingo de Carnaval y cada cual se hallaba entregado á los recuerdos de tiempos felices.

El campamento ofrecía el aspecto de la mayor tristeza, pues el Carnaval retozaba en todos los corazones. Jóvenes todos, oficiales y jefes, con mas calor en la sangre que un tifoideo y con mas ganas de divertirse que de otra cosa, no nos podíamos conformar con aquel Carnaval pasado entre los indios.

En vez de ir al Progreso, el coronel Lagos disponía lo necesario para recorrer los fortines al día siguiente.

El comandante Freyre pensaba en la interesante María Fraga, el mayor Acevedo leía el Quijote, mientras Godoy echaba una partida al billar en la pulpería de Bastos, con el mayor Martínez.

Los oficiales andaban dados al diablo; quien recordaba aventuras amorosas pasadas en el café de Pancho, quien pegaba un relincho pensando en el Skating-Ring, quien se había vestido de parada para hacerse la ilusión de que iba al baile, y quien bailaba en medio del campamento y con un almohadon de pareja, la mas desenfrenada polka que hayan bailado piés humanos.

El entusiasmo de los unos se comunicaba á los otros, y

todos caminaban á paso de can-can y riendo de una manera vertiginosa. El capitán Camilo García y el alférez Ricardo Gimenez, en traje de mujer, corrían de carpa en carpa de los oficiales amigos, cuidando que el coronel no los fuere á ver á la pasada, y daban cada broma mas risueña que un par de cosquillas al descuido.

De cuando en cuando se escuchaba un alarido sofocado por algun tohallazo.

Era un manteo carnavalesco dado á algun oficial novaton, al compás de una zambra bailada y silbada por el travieso porta-zarza. Pero el pensamiento no se apartaba del Club del Progreso y de las muchachas lindísimas que en aquellos momentos estarían dando su última mano á su traje.

—Ah!—pensábamos:—la vida por un par de alas.

*
* *

Había entre los novatones del Regimiento, un jóven Sagastizabal, que recién ingresaba al Regimiento 2 y que aun no había recibido el manteo de ordenanza.

Fué pues Sagastizabal, alférez á guerra, el elegido para distraer aquel día de tristes recuerdos.

—Alférez Sagastizabal,—dijo el porta-zarza,—ordena el Coronel que se apronte con diez hombres para perseguir una punta de indios.

Sagastizabal saltó de placer y de orgullo ante aquella noticia.

El Coronel lo distinguía con aquella prueba de confianza y era preciso portarse á la altura de la comision.

Pero Sagastizabal no sabia como se prepararía y éste era el conflicto.

Como comandantes de la compañía á nosotros acudió en busca de consejos para hacerlo mejor.

El teniente Arriola lo había provisto de un lazo trenzado y una larga lanza, prendas indispensables, segun le dijo, para perseguir indios.

En el secreto de la cosa, aprobamos lo del lazo y la anza, pero manifestamos que á esta última le faltaba la banderola, y una tohalla suplió admirablemente la falta.

El ayudante Blanco le puso un par de nazarenas, diciéndole que aquellos eran los espolines que correspondían á su grado, y el alférez Gimenez le dió un puñal y un par de pistolas que le acomodó en el cinturon de la espada.

—Al Coronel le gusta que sus oficiales vayan provistos de todo,—le dijo;—cuando lo vea así va á quedar sumamente agradado.

El pobre Sagastizabal sudaba á mares bajo el peso de sus pertrechos, pero creía de buena fé que aquello era necesario.

El Mayor Godoy no se atrevía á tomar parte directa en la farra por su carácter de segundo jefe del cuerpo, pero desde su rancho reía famosamente de aquella magnífica travesura.

Se ataron á la cintura de Sagastizabal un par de boleadoras, prenda que se le dijo ser de primera necesidad, una botella de agua porque iba á sufrir sed, y un paquete con yerba y azúcar para que tomara mate.

Fué en este traje curioso que se le mandó presentarse al Coronel Lagos á recibir ódenes.

*
* *

Lanza en ristre con banderola de tohalla y arrastrando las piernas bajo el peso enorme de las nazarenas, el alférez Sagastizabal se presentó en el alojamiento del coronel Lagos á recibir órdenes.

El coronel comía plácidamente un pedazo de charque, rociado con vino *chateau jahuel*; en lo que menos pensaba era en aquella broma formidable.

La oficialidad del campamento espiaba por las rendijas de la puerta y los buracos de aquellas paredes imposibles, el resultado de aquella mascarada improvisada.

Y cada cual se prometía la noche mas risueña de su vida.

Agobiado bajo el peso de sus pertrechos, Sagastizabal entró al alojamiento del Coronel, pronunciando la frase enseñada:

—A las eminentes órdenes de Usia.

Al oír el coronel semejante saludo, dió vuelta y se encontró con aquella figura carnavalesca é impasible.

Y Sagastizabal blandió la lanza, haciendo sonar la banderola.

—¿Qué quiere usted?—preguntó el Coronel no pudiendo contener la risa que retozaba hasta entre su saco.

—Vengo á recibir órdenes para la expedicion, previniéndole que derramaré hasta mi última gota de sangre para quedar digno de la honrosa confianza que V. S. ha depositado en mí.

Aquello era demasiado; al ver aquel arsenal y almacén de la cintura, aquellas espuelas y aquella lanza, sobre todo aquella lanza, el coronel no pudo contenerse, y soltó el hilo de su mas franca risa.

El alférez comprendió tarde que había sido víctima de una broma, pues á la risa del Coronel habia sonado afuera algo como un trueno de carcajadas.

—Retírese, alférez, y vuelva despues de sacarse esas mojigangas.

El pobre Sagastizabal salió de allí muerto de vergüenza, pero le esperaba el trago mas amargo.

*
* *

Apenas quiso enojarse con el primer oficial que halló al paso, el teniente Arriola le echa encima un enorme jarro de agua que llevaba preparado al efecto.

Da vuelta aturdido para librarse de un nuevo jarro, pero allí estaba el ayudante Blanco, que le echa encima un balde.

Corre hácia atrás, y allí lo ataja el alférez Gimenez con un balde de cuero lleno de agua.

Aturdido y medio ahogado, dispara Sagastizabal, en-

redándose en las espuelas y blandiendo su lanza, pero todo el campamento se lanza detrás de él, lloviéndole de un modo desaforado.

Mama Cármen por un lado, la negra Juana por otro, la trenzadora mas atrás, la Siete Ojos por otro y Mamboretá por el suyo, todas con su correspondiente vasija de agua, convierten á Sagastizabal en una laguna.

El pobre se enreda en las espuelas, tropieza en la lanza, se bolea en la espada y cae á lo largo.

Una verdadera cascada caida sobre sus matambres saludó el golpe formidable.

Y el coronel Lagos tuvo que acudir en su auxilio, pues ya Sagastizabal apenas podía balbucear las palabras.

*
* *

Media hora despues estábamos todos presos en el cuarto de bandera, donde jugamos el carnaval mas gracioso de que tengamos memoria, quedando verdaderamente hechos sopas.

Al otro dia el alférez Sagastizabal pedía su baja y se apretaba el gorro á Buenos Aires, completamente curado del deseo de ser oficial de caballería; la broma había sido pesada como un diablo.



